Fuckowski
Memorias de un ingeniero

Alfredo de Hoces García-Galán

Fuckowski
Memorias de un ingeniero

Premio de Novela
YoEscribo.com
2005

Segunda edición

YoEscribo.com

YoEscribo.com - Fundación Cabana
Camí de Jesús, 77 (ctra. Puigpunyent, km 3,5)
07011 Palma de Mallorca
yoescribo@yoescribo.com
www.yoescribo.com

Segunda edición del primer Premio de Novela, 2005
Autor: Alfredo de Hoces García-Galán
Título: Fuckowski, memorias de un ingeniero

La reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento, incluyendo la reprografía y el tratamiento informático, o la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo sin la autorización escrita del editor están rigurosamente prohibidas y sometidas a las sanciones establecidas por la ley.

Ilustración:
Rocío Galindo www.rociogalindo.com
Diseño Portada:
José Antonio Santiago www.mdkdesign.com
Composición y compaginación:
Alfredo de Hoces www.despacho101.com
Producción editorial:
YoEscribo www.yoescribo.com
Impresión:
Cargraphics

D.L.: B-35889-05
ISBN: 84-933893-8-2
Acabado de imprimir en Junio de 2007

PRÓLOGO
Alejandro Párraga

La escritura de un prólogo conlleva serias dificultades para aquel que ha de llevarla a cabo puesto que, si bien es cierto que a priori el efecto cardinal que debiera perseguirse es orientar al posible comprador e impulsarlo a su lectura, con frecuencia también lo es que el prologuista desatienda este aspecto y aproveche la parcelita de papel que le han cedido para darse lustre y acreditarse a sí mismo, rememorando sus propios inicios en el difícil y amazónico mundo de las letras, extendiéndose en cómo consiguió abrirse camino en él a golpe de machete, para finalmente dedicarse, en las últimas líneas, a decir, con paternales palmaditas de tinta, que el autor "promete" y algún que otro elogio más, dejado caer casi al descuido...

Sin embargo éste no va a ser el caso, se lo aseguro; el motivo de que así no suceda no se debe tanto a mi modestia (confieso que, muy de cuando en cuando, tam-

bién yo tengo de mis deslices de vanidad), como a la sencilla razón de que el libro que tiene ahora usted entre las manos es un auténtico torbellino, pura innovación, fractura e incendio de las anquilosadas normas literarias y que, cada uno de sus párrafos, está dotado de una anárquica expresividad lingüística altamente significativa pero, sobre todo, propia y original, de tal grandeza que, para mí, lo difícil sería irme por otros derroteros que no fuesen los de limitarme a escribir, escribir y seguir escribiendo acerca de las múltiples virtudes de *"Fuckowski, memorias de un ingeniero"* y, por ende, de su autor, Alfredo de Hoces García-Galán...

Desde que descubrí buceando entre las turbias aguas de Internet esta novela, por entonces aún condenada a ese incómodo formato *pedeefe* que cruelmente impedía su impresión y, por tanto, obligaba al lector a padecer la agonía de englutir el texto directamente desde la pantalla del monitor (modalidad que, en cambio, no me cabe duda, habrá supuesto las delicias de más de un oftalmólogo ávido de córneas chamuscadas), hasta el día de hoy, en que ya son numerosas las veces que he podido saborearla directamente del papel, siempre se me ha an-

tojado que De Hoces debió dejarse llevar por el impulso onírico de su propia obra, consciente (y nunca más erróneamente) de que nadie iba a dar demasiada importancia a lo que estaba contando. De otro modo, no he sabido explicarme como puede haber un escritor, que sólo por tal condición debería estar condenado a ahogarse en sus oportunos y dolorosos engreimientos formales, sea capaz de burlarse tan descaradamente de las formas, etimologías, y hasta de la misma función lingüística de *expresar*, para acabar inventando una especie de *neodadaísmo*, tan disparatado en ocasiones como, a su vez, revelador en otras.

Alfredo, con una técnica que engaña por su aparente elementalidad, una técnica independiente y libre de cualquier ardid literario, dibuja un soberbio mapa de la vida dentro de las multinacionales (mundo que es innegable que conoce a la perfección, y por medio del cual impregna de una alta tensión biográfica cada una de sus páginas), ejecutándolo con una sobriedad y precisión inigualables, indagando en las profundidades del sistema social que le ha tocado en suerte vivir, descubriendo y expresando las razones más soterradas del comportamiento del ser humano contemporáneo... Nada

menos que eso, y todo ello sin necesidad de organizar grandes dramas centelleantes ni proponer finales de acomodamiento claro y preciso.

No me cuesta imaginar que a sus primeros lectores apresurados, aquellos que alentados por el título llamativo y sugerente de la obra, optaron por descargársela, debió de parecerles un texto trivial y que muchos no acertarían a descubrir que la tal *trivialidad* no era sino una rica y vital selección de datos humanos, cuya suma sirve a la rápida e infatigable construcción de ese humor tierno y poético que ya caracterizaba, y daba representatividad máxima, al realismo sucio de finales del siglo pasado, y que ahora renace, aún más fresco, de la pluma de De Hoces...

¿Cómo se explica entonces el tremendo éxito de la misma, primero entre *navegantes* y, más tarde, entre los denominados críticos y entendidos?

Existen una amalgama de motivos que justifican esta pregunta sobradamente... Por una parte, la lectura de *"Fuckowski, memorias de un ingeniero"*, posee una fuerza hipnotizante sin parangón, obtenida precisamente por medio de ese estilo breve, rápido y recortado (con el que se ahorra hojarasca literaria y, de paso, bostezos al

lector), en el que se conjugan con maestría múltiples secuencias embadurnadas todas de un humor disparatado, y con lo que consigue, sobre todo, el milagro de engañar al leyente hasta el punto de generarle, poco a poco, un extraño sentimiento, una especie de reconocer en ese mundo experiencias que él también ha vivido. Y es que De Hoces acude a resortes secretos del lector, al cual apenas si le describe las situaciones, insinuándolas en pocos trazos, para que sea éste, sin embargo, el que las reconozca inmediatamente, más por instinto que por intelecto.

Por otra parte, ese gran interés que despierta *"Fuckowski..."* no estriba sólo en su caricatura social, sino además, y muy especialmente, en la actitud refrescante y liberadora del mismo Fuckowski (como personaje) frente al mundo incomprensible e irracional que le rodea. Porque si la novela es ya de por sí interesante por el retrato que hace de las enjundias de las grandes empresas informáticas, lo que de veras despierta el morbo de la narración- lo que proporciona su enorme interés y emoción- reside en la implicación del novelista en la propia trama de la obra, a través de un *alter ego* apenas maquillado con el sutil cambio de nombre, ya que,

desde el mismo inicio de la novela, nadie duda que el autor está contándonos un episodio de su vida o, mejor dicho, de la vida que lo rodea, pero, en cualquier caso, algo que incide de forma dramática en su existencia: un anhelo inconformista que reivindica los múltiples aspectos constitutivos del creador artesano y artista que dialoga con los espacios de lo inventado, mostrando la formulación de una experiencia personal en términos de creatividad literaria... Para Alfredo, el único elemento de salvación en un mundo sin sentido.

Puedo, pues, asegurar que es éste un libro que sobresale dentro del aluvión de un género tan prolífico últimamente, una novela llamada a ser icono de un cambio generacional y jubilación anticipada para carcamales literarios que (incapaces de entender su valor) osen tacharla de vulgar, absurda y soez, y a los que, desde aquí, aprovecho para recordarles lo que ya dijese el inmortal Óscar Wilde:

"Solo hay un tipo de inmoralidad en la ficción literaria y es la de escribir mal".

ALEJANDRO PÁRRAGA

Septiembre de 2006

Fuckowski
Memorias de un ingeniero

A mi padre, que me empujó a buscar la libertad
a mi madre, que me enseñó qué hacer con ella
a mi hermana, que me presta su inocencia
y a mi perro, al que todo esto le da igual

La delgada línea marrón

1

Existe una línea marrón que divide la humanidad en dos grandes grupos: aquellos que nacen por encima de la línea de flotación y tienen una vida, y los que nacemos hundidos en la mierda y tenemos que darnos de hostias por salir a respirar.

Hay varios factores que determinan en qué lado de la línea se nace. El primer factor es el apellido: no es lo mismo llamarse Fuckowski a secas que Borja Pijoski Sáez de la Minglanilla. Eso marca mucho, confiere estilo. *Vende*.

Luego también cuenta el nacer en la capital de capitales, en una casa totalmente pagada, zona residencial *Verde que te quiero verde* (verde dólar, verdes prados) e ir en autobús privado al *Colegio Mayor Santísimos Hermanos Pomposos* en lugar de nacer en una capital de provincias, entre cuatro paredes con doble hipoteca en la *Barriada del Perro Muerto* e ir andandito al *Instituto de Bachillerato Sálvese quien Pueda*.

Pijoski y yo nos conocimos en verano. Su familia había comprado un chalet en mi ciudad, en primera línea de playa, para pasar allí quince días al año.

Yo había aprobado la selectividad con buena nota y me había matriculado en Ingeniería Técnica en Pito del Sereno, aunque no estaba precisamente de vacaciones. Por las mañanas cogía la bici y me iba a un curso intensivo de inglés (en el Sálvese Quien Pueda el nivel estaba muy por debajo de la línea de flotación), y luego le daba clases particulares de matemáticas a un enano violento e hiperactivo por cien duros la hora para poder pagarme las cervecitas. Después me iba a la playa. Pijoski había suspendido todo el COU, pero se había sacado el carné de conducir y le habían comprado un Golf. Cada vez que me invitaba a un café pagaba con un billete de cinco mil, nuevecito. Luego metía la vuelta en la cartera de piel, que dejaba junto al teléfono móvil y las llaves del Golf.

-El Golf viene con aire acondicionado de serie -decía.

Solíamos pasar las tardes cerveza en mano, charlando sobre el futuro.

-No quiero que se acabe el verano, pero el enano me tiene hasta los cojones, tío. ¡Qué ganas de perderlo de vista! Además estoy deseando empezar la facultad. Tiene que ser alucinante... Se acabó empaparse de teoría absurda; ahora todo el día entre ordenadores, dando las clases con proyectores en 3D... ¡Seguro que hay androides experimentales andando por los pasillos!

Pero qué gilipollas se puede llegar a ser. Si me hubiesen contado el atracón de tiza y fotocopias que me esperaba, no me lo hubiera creído.

-Yo me voy a cambiar de colegio, en éste no me va bien. No me gusta como dan las clases, ¿*sabes*? Mi padre me ha metido en el San Cipriano. Me ha dicho que me relaje este verano, pero que el curso que viene no puedo fallar. Le ha costado la matrícula cuatrocientas mil pelas.

El verano siguiente yo sufría el desgarro esfinteriano típico del primer año de carrera, y Pijoski había aprobado COU con sobresaliente. Ya estaba

matriculado de Economía en la Universidad de Fausto. Yo no me explicaba cómo había ocurrido el milagro. Parecía efectivo eso de prenderle cuatrocientas mil velas a San Cipriano.

2

Aquel verano no fue muy diferente para Pijoski. Iba y venía con su Golf estrenando billetes de cinco mil. Yo seguía yendo en bici a clases intensivas de inglés y enseñando trigonometría a otro enano, exactamente igual de insoportable que el anterior. Por las tardes me ahogaba entre circuitos de alterna e integración en dos variables.

Un día, un amigo que curraba en un almacén me contó que el sábado siguiente tenía que hacer un extra, pero que no podía. Necesitaba un sustituto así que había pensado en mí. El trabajo era fácil: venía un camión de cervezas y había que descargarlo. Mil pelas por hora, cinco horas, y sólo le tenía que dar a mi amigo cien duros por la consultoría. Eso eran casi dos semanas menos aguan-

tando al enano.

Así que allí estaba yo, el sábado a las seis de la mañana, en la puerta del almacén. A la media hora llegó el camión, que resultó ser de largo como un tren. Las cajas de cerveza eran enormes. En total habría unas ochocientas mil, y parecían estar soldadas unas a otras formando una especie de gran muralla china. Intenté levantar la primera pero no quería moverse. Lo intenté de nuevo y empecé a sudar. De pronto me acordé del enano. Me parecía una adorable criatura. ¿Estaría bien? ¿Tendría alguna duda sobre trigonometría? ¿Y si me echaba de menos?

Cuando llevaba veinte cajas me di cuenta de que en realidad toda mi vida había querido dedicarme a la enseñanza. Pensé que lo mejor que podía hacer era salir corriendo de allí en ese mismo instante e ir a matricularme en magisterio.

A las doce había acabado con las cervezas. Mil botellas. Estaba tan exhausto que podía sentir perfectamente el peso de mis cojones y me parecía insoportable. Pensaba en amputármelos cuando el

jefe de almacén me dijo:

-Bueno, vamos a lo de la promoción.

Resulta que había una promoción veraniega: *Encuentra tu Chipiklander*. Cada botella de cerveza tenía que llevar una anilla de plástico al cuello con un número y, para cada número, había una tarjeta con un premio. Me dieron una bolsa enorme con mil tarjetas y otra con mil anillas. Tenía que coger una tarjeta, comprobar el premio, contabilizarlo en una lista, buscar la anilla correspondiente y acoplarla a una botella con unos alicates especiales. Al menos ese trabajo podía hacerlo sentado; no tendría que amputarme los cojones.

A las tres de la tarde había terminado. Contabilicé novecientos *sigue buscando*, cincuenta *cerveza gratis*, cuarenta y ocho *rasca para ganar una gorra con ventilador* y un Chipiklander. Faltaba un par tarjeta/anilla. Pensaba que iba a cobrar nueve horas, pero el jefe me dijo: *ahí van tus cinco mil* y me regaló la cerveza que se había quedado sin anilla. No me quedaban fuerzas para protestar así que me callé, cogí la bici y me fui a la playa, dejé

la cerveza en la arena y me morí en la toalla.

Pijoski apareció al rato.

-Chaval, que se te va a calentar la *Nuremberg*.

Joder. Hasta ahora no había reparado en la marca. Parece que cuando se manejan las cosas de cerca se le pasan a uno ciertos aspectos superficiales.

-Ahora vienen con una anilla, ¿no? Dicen que te puede tocar un reproductor de DVD.

-No, no *vienen* con ellas, lo cierto es que *hay que ponérselas*. Creo que de DVD nada: de cada mil cervezas, novecientas no tienen premio, cincuenta tienen cerveza gratis, cuarenta y ocho rascas a ver si te toca una gorra, y una tiene un Chipiklander. La que sobra siempre se la regalan a algún gilipollas.

-Hala chaval, qué control, ¿no? ¿Estás estudiando marketing?

Era un buen tío, sólo que no tenía ni idea de dónde salían las cosas ni de lo qué costaban. Para él los coches nuevos venían con aire acondicionado, no se lo instalaban individuos de manos ca-

llosas y grasientas en alguna oscura cadena de producción, y los billetes de cinco mil venían con la cartera, no significaban cien cajas de cerveza bajo el abrasador sol de agosto un sábado al mediodía. La Nuremberg ahora *venía con anilla*. Para él las cosas nacían en los escaparates. Siempre solía hablar de todo con la misma ligereza: no sabía lo que pesaba una caja de cerveza.

-¿Sabes? El último año de carrera lo hago en Londres, y salgo licenciado y con máster en dirección de empresas -me contó.

-¿Y luego qué vas a hacer?

-Pues buscar un puesto de director...

Ea, así de fácil.

Desde niño me había resultado intrigante el concepto de director. Recordaba haber ido con mis padres a algún concierto clásico. Unos doscientos tipos sudaban la gota gorda con sus violines, contrabajos y trombones mientras un tío sonriente con un traje impoluto meneaba un palo. No entendía qué clase de instrumento era ése. Una vez le pregunté a mi padre:

-Papá, ¿el palo suena como la flauta?

-El palo no suena, hijo. Se llama batuta y es para dirigir. Indica a los demás lo que tienen que hacer -me contestó.

Yo no podía entenderlo. A mí me parecía que los demás estaban pendientes cada uno de sus papeles. ¿Y qué pasaba si al del palo le daba un yuyu y se caía al suelo? Intentaba imaginarme a los músicos de pronto mirándose unos a otros confusos, preocupados, sin saber muy bien qué hacer, sufriendo la ausencia del palo de dirigir. Veinte años después aún me sigo haciendo la misma pregunta. Pero he aprendido que, a veces, el palo sí que suena como la flauta: por casualidad.

3

Pasó el tiempo y ya no nos vimos tanto. Yo compaginaba mi carrera con un puesto de programador en una empresa líder en el sector, donde me mataba a currar y cobraba una mierda. Nos pagaban bastante menos que a los que trabajaban en la

gran capital exactamente en el mismo puesto. Los gerentes siempre nos recordaban que *nosotros teníamos la playa*. Parece ser que la playa la pagaba la empresa y nos la deducían del salario. Mis veranos solían *venir* con segundas y terceras matrículas, así que la playa la tenía de fondo de pantalla.

Un día de Navidad Pijoski me llamó desde Londres.

-¡Feliz Navidad, chaval!

-Igualmente, ¿qué tal por allí?

-Alucinante, tío. ¡Te tienes que venir! ¿Por qué no te escapas una semanita?

-Estaría bien... si sobrevivo a los exámenes de febrero intentaré tomarme unas vacaciones.

4

Con kilos de vaselina conseguí sobrevivir, así que me fui una semana a Londres. Me quedaba en la habitación de Pijoski en la Saint Posh Students Residence al lado de la Royal Monkey Business School. Pijoski no tenía vacaciones, simplemente

no iba a ir a clase en toda la semana. Luego tenía exámenes.

-¿Y cuándo vas a prepararte los exámenes? -le pregunté.

-Bueno, en realidad casi todo son *trabajos de investigación*. Nos vamos al aula de Internet, nos bajamos cualquier cosa, lo cambiamos un poco y lo presentamos.

Vaya, ¿y eso era un máster en dirección de empresas? No quería ni imaginarme cuántas velas había tenido que poner esta vez.

Lo primero que hicimos fue emborracharnos. Como cada viernes, la Royal Monkey organizaba una fiesta en uno de los amplios locales de la facultad, y allí que nos fuimos. Aquello estaba lleno de Pijoskis: niños muy ricos que hablaban un inglés muy pobre y que acabarían moviendo la batuta en alguna parte.

Estábamos tomando unas pintas en una gran mesa de madera. Pijoski le enseñaba su portátil nuevo a un chaval que lucía un reloj de oro más o menos del tamaño de un donut.

-Me lo compré la semana pasada cuando me llegó la transferencia. Viene con *BlueTooth* de serie.

-Pues yo ahora al mío le he comprado el Windows XP, que viene con mp3.

El del donut tampoco había descargado nunca un camión. Y el caso es que le mirabas y no parecía tonto; yo creo que debía de ser por el reloj.

-Este año tengo una asignatura de informática, ¿sabes? -me dijo Pijoski.

-¡Vaya! ¿Y qué os enseñan?

-Un poco de todo.

-Yo ahora estoy liado con Java -le comenté.

-Ah, Java está muy bien, ahora viene con correo electrónico de serie.

-¿Qué? Ah, ¿te refieres a JavaMail? Bueno, ahora es que lo han integrado en la API del J2EE, pero hace mucho que está disponible como paquete que puedes descargar.

-Hala chaval, qué control, ¿no?

Normal. Me había descargado ya varios camiones de JavaMail.

Apareció una alemana rubia, una preciosidad que más que andar parecía deslizarse sobre el suelo, saludó y se sentó con nosotros. Se dirigió a mí:

-*You are new here, aren't you?*

-*Yep, just visiting. I'll be gone in one week.*

-Hala chaval, qué control, ¿no?- empezaba a cansarme de la misma cantilena.

-Tú has estado en Estados Unidos, ¿verdad? -me preguntó el del donut.

-Sí, muchas veces. Iba en bici.

En fin. Desconecté un poco del chaval del donut de oro y me dediqué a charlar con la alemana. Reímos y bebimos y charlamos largo rato. Me gustaba la chavala. Era guapa e inteligente, y conectábamos bien. Pijoski me soltó:

-Chaval, esta piba me mola hace tiempo, ¿sabes? ¿Por qué no la convences para que se venga a la habitación esta noche?

-Pero tío, ¿quieres que te haga de mamporrero, o qué?

-Venga chaval, es que tú controlas más inglés...

Seguí conversando con la rubia y acabamos los tres en la habitación. Pijoski encendió unas velas e intentó poner música en el portátil, pero no pudo.

-¿Le puedes echar un ojo a lo del mp3, tú que controlas?

Realmente me estaba cansando del tema del control. Parece que en el mundo es mejor ser inútil, te queda más tiempo libre. Cogí el portátil, que tenía uno de esos temas de escritorio de letra gótica amarilla sobre fondo psicotrópico diseñado para fundir la retina. Hice doble clic sobre un mp3 y, en vez del típico reloj de arena, el puntero del ratón mostró una animación de la batalla de Troya. Luego se abrió el Notepad y me enseñó las tripas del fichero mp3.

Ya casi lo tenía arreglado cuando me cayó encima un calcetín. Pijoski y la alemana se revolcaban sobre la cama.

-Eso ya está -dije- me voy a dar una vuelta, ¿vale?

Pijoski me guiñó un ojo.

-Me ha tocado premio, chaval...

Sí, y yo a rascarme la polla a ver si me tocaba

una gorra con ventilador. Me preguntaba por qué. ¿Así de sencillo? Yo controlaba. Otro se llevaba el revolcón. Pero claro, aquel revolcón a mí no me pertenecía. Yo era un visitante, un intruso. Él siempre había estado allí, pertenecía a aquel sitio y aquel sitio le pertenecía a él. Había nacido por encima de la línea.

Salí en silencio de la habitación, cerrando tras de mí la puerta marrón, y me hundí de nuevo en la mierda. Al menos ya sabía lo que era un Chipiklander.

5

Volví a mi carrera y a mi cubículo en la empresa líder en el sector que compraba playas para sus empleados. Me subieron muy poco el sueldo y muy mucho la responsabilidad. Me dedicaba a proyectos internacionales, así que viajaba continuamente. Fumaba mucho, me administraba café por vía intravenosa y una Navidad la empresa me regaló un paraguas. En agosto quedó una vacante de

Gerente de Cuentas Internacionales; alguien había tenido una crisis de stress y había decidido dedicarse a la cría del berberecho. Me fui de vacaciones, sabiendo que a la vuelta me darían el puesto. Me pasé una semana tirado en la playa. Lo había conseguido. Se había acabado el bucear en la mierda.

El uno de septiembre volví al trabajo. Revisé el correo electrónico atrasado: casi todo consultas del consultor. Tenía sentido. ¿Qué versión de JavaMail estamos usando? Joder, no me acuerdo. Me conozco el paquete clase por clase y método por método, pero se me ha vuelto a olvidar la marca de la cerveza.

El último correo era una grata sorpresa:

Hoy se incorpora a la compañía, en el puesto de Gerente de Cuentas Internacionales, Borja Pijoski Sáez de la Minglanilla. Cuenta con amplia experiencia en dirección, está especializado en consultoría de Java y es bilingüe. Su despacho es el 101, no dudéis en pasar a darle la bienvenida.

Cielos. ¿Habría vuelto a obrar San Cipriano? Me

encaminé a su despacho. En la puerta había una placa dorada: *Señor Pijoski*, subrayado con una línea marrón.

Respiré hondo y golpeé tres veces sobre la puerta. Me iba a alegrar de verle pero sabía lo que me esperaba:

-Hala chaval, ¿¡pero qué haces tú aquí!?

-Pues lo de siempre: descargar camiones y hacer de mamporrero para que tú te lleves el Chipiklander.

Proyecto bicicleta

¿Cómo es posible que un individuo absolutamente lego en materia de software sea capaz de dirigir un proyecto sin que se le vea el plumero? ¿No debería hacerse evidente su incompetencia? ¿No debería fracasar el proyecto estrepitosamente? Sin embargo, estos individuos conservan sus puestos durante largos años (normalmente hasta la quiebra de la empresa).

La clave de este misterio está en el *proyecto bicicleta*. *Grosso modo*, las fases de un proyecto bicicleta son: análisis de requisitos, fase de diseño, implementación, fase de pruebas, entrega, revisión. En la fase de análisis de requisitos el cliente informa de lo que desea, en la fase de diseño se da forma al producto, en la fase de implementación se construye, en la fase de pruebas se comprueba que todo haya ido bien. Las cuatro primeras fases pueden parecer las más importantes, pero en un proyecto bicicleta resultan ser del todo prescindibles. Se deja todo a la fase de revisión, que le suele

tocar a uno.

En estas primeras fases nuestro amigo mánager no trabaja, porque simplemente es incapaz. Tan sólo sale del paso. Hasta la fase de entrega no hay nada de que preocuparse; se trata de disimular. Pero claro, algo tangible hay que tener, algo que enseñar a la directiva en las reuniones de seguimiento. ¿De dónde se saca? Simplemente se baja de Internet o se compra. Digamos que el cliente necesita un sistema de *workflow*, accesible por web y que sea escalable. Pues bien, se va uno a un buscador de Internet e introduce *cheap web based workflow system java source code download*. Se navega un poco, se busca un producto con colorido futurista, se saca la tarjeta de crédito, y *voila*. El proyecto bicicleta ya tiene forma.

A continuación nuestro amigo mánager designa un equipo de desarrollo para las fases dos, tres y cuatro. La experiencia le ha enseñado que para proyectos bicicleta se deben escoger desarrolladores cuanto más lerdos mejor, para que no se den cuenta del pastel (aquí se sigue el principio del *traje del emperador*).

Podemos empezar a sospechar que en la mesa de al lado se está cociendo un proyecto bicicleta cuando el equipo de lerdo-desarrollo juega al 69 profesional. Se intercambian comentarios-perla muy pomposos, tales como *los canales de intercambio de información son muy limpios*, *el factor usabilidad es determinante en el diseño de los javabeans*, *ya he incrementado el número de parámetros del constructor, te mando el punto class por mail*, o *este JSP tiene tres mil líneas porque he aplicado un patrón FACADE de acceso concentrado*. Puras gilipolleces, pero suenan bien.

Dos meses después llegamos a la fase de pruebas. Obviamente el producto es una mierda, pero las pruebas corren a cargo del mismo equipo y los niños de uno nunca son feos. Así que con la cabeza bien alta, se prepara un *zip*, un manual de instalación y entrega tú, Carlitos, que a mí me da la risa.

¿Estado del proyecto? Entregado. Viernes noche. Cena de empresa. Aplausos, risas, más 69. El Lunes llegarán las sorpresas.

Escenifiquemos la fase de revisión:

PROYECTO PORSCHE
Simpático despropósito en seis actos
Personajes: Fuckowski, Manager, Ivon, Director, Consultor

ESCENA 1: EL DESPACHO

Llega el lunes y uno abre el correo. *Asunto: Incidencias en el proyecto Porsche*. Te requieren *un par de días* para *echar una mano* con unas *pequeñas incidencias*. Reunión en quince minutos.

Entras al despacho. Ahí esta nuestro amigo mánager. Te explica la historia: el proyecto Porsche es uno de los más punteros de la empresa (uno sospecha que es puntero a *null*). Se han aplicado novedosas técnicas de diseño e implementación y se ha conseguido entregar un producto perfectamente acorde a los requisitos del cliente: un Porsche descapotable, seguro, ligero, veloz, de bajo consumo y de bajo coste. Se ha hecho rápido y bien. Un éxito. En la fase de revisión han surgido

unas pequeñas incidencias que hay que revisar.

Bien. Vamos a ver la maravilla.

ESCENA 2: EL HANGAR

Entramos al hangar del proyecto Porsche y ahí está la criatura: *una bicicleta*. De paseo. Sin cambio de piñón ni nada. Lleva una pegatina detrás del sillín con el logo de la empresa y la palabra *Porsche*. En la cesta va un certificado de AENOR.

Aquí uno monta en cólera y empieza a gritar que quiere ir a hablar con el director, los socios fundadores, los clientes, los accionistas, el Papa de Roma. Uno quiere ver a alguien colgado en la plaza pública.

ESCENA 3: RRHH

Lo que sucede acto seguido es que a uno le llevan a un despacho de recursos humanos y le aplican el método de control mental combinado *Ludovico/Despacho 101*. La chavala de RRHH, que se suele llamar Maika o Ivon y va vestida con

ese traje pantalón negro y tacones estilo mujer corporativa con máster en dirección de empresas, nos interroga con voz de Valium 500:

IVON: Señor Fuckowski, ¿cuáles son sus quejas respecto al proyecto Porsche?

FUCKOWSKI: ¿¡PERO QUÉ PORSCHE!?

IVON: El proyecto Porsche, uno de los más punteros en...

FUCKOWSKI: ¡Qué sí, qué sí, que me sé la película! ¡Pero es que eso es una bicicleta y se supone que tengo que convertirla en un Porsche en dos días, y me han dado un destornillador y un bote de pintura!

IVON: Señor Fuckowski, es cierto que *el Porsche* presenta algunas incidencias, pero...

FUCKOWSKI: ¡BICICLETA! ¡BICICLETA!

IVON: Señor Fuckowski, ¿está atravesando una crisis personal? Debe de haber una razón para su postura negativa acerca *del Porsche*.

FUCKOWSKI: No. Estoy perfectamente. O lo estaba, hasta que vi la bicicleta.

IVON: Despacho 101, señor Fuckowski.

ESCENA 4: LA TORTURA

Despacho 101. Silla con correas. Camisa de fuerzas. Logos de la corporación. Certificaciones de calidad. Proyector XGA. Pantalla panorámica que muestra una enorme bicicleta de paseo. Allí nos espera el director.

DIRECTOR: Señor Fuckowski, describa usted *este Porsche*.

Me ahorraré los detalles de la tortura pero implica disertaciones sobre la actitud positiva, la creencia en la visión de la empresa, la auto motivación, la letra pequeña del contrato. En definitiva, que si no ves el Porsche vas a la calle.

ESCENA 5: CONFERENCE CALL

Después del almuerzo ya está uno perfectamente motivado, asistiendo a una *conference call* entre la empresa, representada por el mánager, y el cliente, representado por un consultor con traje negro y corbata chillona, contratado ayer, que

cobra 100 euros la hora mas dietas y al que no le interesa decir *meteos la bicicleta por donde os quepa* y cobrar 25 euros.

CONSULTOR: Bien, vamos a *clarificar* las incidencias respecto al Porsche. Lo primero que hemos notado es que le faltan dos ruedas.

MANAGER: Sí, hemos optado por el diseño minimalista que va con nuestra visión de empresa: práctico, funcional, óptimo.

CONSULTOR: Ya veo. Pero un Porsche con dos ruedas no casa con nuestro modelo de negocio. Lo necesitamos de cuatro ruedas.

MANAGER: Creo que podremos *refactorizar* el Porsche y hacer un *clone* para añadir dos ruedas extras, ¿cierto? -me mira a mí

FUCKOWSKI: ¡Sí, ja, ja, ja! ¡Chupado! Dame una hora.

CONSULTOR: Perfecto. Bien, la segunda incidencia. No encontramos la capota.

MANAGER: Sí. Lo querías descapotable, ¿no? Pues hemos simplificado mucho la *usabilidad* retirando la capota.

CONSULTOR: Bien, pero no sólo la queremos quitar, también la queremos poner.

MANAGER: Ah. Eso no está especificado en los requisitos iniciales, así que lo consideraremos *funcionalidad extra* y lo cobraremos por separado. ¿Qué *impacto* tiene este *nuevo requerimiento* en el sistema? -me vuelve a mirar.

FUCKOWSKI: Afortunadamente los *interfaces* están muy limpios, así que podremos modificar la capa externa sin impacto en el *kernel*, ja, ja, ja.

CONSULTOR: Perfecto. Otra cuestión, ¿dónde están el contacto y la llave? Cualquiera podría robarnos el Porsche.

MANAGER: Hemos optado por el *modelo multiusuario* para la implementación inicial pero podemos añadir un módulo de seguridad al sistema, ¿no?

FUCKOWSKI: ¡Siiiiiiií! ¡Precisamente tengo aquí un módulo de *encriptación SSL* para Porsche!

CONSULTOR: Brillante. Sólo dos incidencias más. Se requiere demasiado esfuerzo al usuario para completar tareas con el sistema. ¿Podríais cambiar los pedales por un motor?

MANAGER: En principio queríamos dar la máxima libertad de acción al usuario, por lo que hemos optado por un modelo de *cliente pesado*.

CONSULTOR: Bien, pero consideramos excesiva la cantidad de trabajo que se deja al usuario.

MANAGER: Podemos llegar a un *compromiso razonable* entre la libertad del usuario y la automatización de procesos, ¿no es cierto?

FUCKOWSKI: Sin duda. Sustituiremos el motor de giro asistido por pedales por uno compatible asistido por pistones. Quizá requiera añadir un módulo de almacenamiento externo para combustible, pero siempre lo podríamos poner en la cesta, ja, ja, ja...

CONSULTOR: Estoy contigo al cien por cien. La última: el sistema no ha superado las pruebas de rendimiento. En los requisitos consta que el sistema debe alcanzar los doscientos por hora.

MANAGER: El rendimiento siempre puede variar dependiendo de la plataforma. Las especificaciones de este sistema son *"carretera de hielo con un 70% de pendiente descendiente"*.

CONSULTOR: Bien, verificaré qué plataforma

estamos utilizando en explotación. Pero creo que vamos a necesitar más velocidad.

MANAGER: Siempre podemos afinar el kernel, ¿no es cierto?

FUCKOWSKI: Cierto como que me llamo Fuckowski.

CONSULTOR: Muy bien, caballeros. Ha sido un placer.

ESCENA 6: DE VUELTA AL HANGAR

Tres de la mañana. Un termo de café. Un cubo de pintura, un destornillador. Y una bicic... un Porsche.

Teddybear Consulting

Volvía del trabajo en tren, meditando sobre diferentes aspectos trascendentales de mi existencia (en qué me he equivocado, de dónde sale tanto inútil, a qué huele un recurso humano…) cuando intercepté una conversación mantenida en los asientos contiguos:

-Entonces, ¿cómo *os ha ido* el año fiscal?

-Nada mal, *hemos facturado* casi un 15% más que el año pasado.

-Pues nosotros *hemos mantenido* el nivel de crecimiento.

Las voces venían de detrás de dos ejemplares de revistas de economía. *Vaya*, -pensé- *ahí tenemos a dos grandes directivos. De esos que hablan de millones de euros como el que habla de irse de tapas, de los que deciden hoy las tendencias de los mercados de mañana, de esos que…*

-Bueno, hasta luego Javi, yo me bajo aquí que voy a clase de bádminton.

-Venga, nos vemos Fran…

Eran dos chavales enfundados en trajes que les quedaban grandes. Aún presentaban restos de acné. Sus tarjetas identificativas rezaban: *Javier Maneras, Bibiandersen Consulting, Junior Consultant; Francisco Minglanillas, Teddybear Point, Junior Consultant*.

Javi salió del tren. En una mano su revista financiera, en la otra una bolsa con un yogur líquido y una pera. Se perdió entre la gente caminando con esa rectitud característica del empleado satisfecho de gran multinacional, tal si llevara una escoba metida por el culo. Minglanillas volvió la mirada a su panfleto con una media sonrisa tipo *psé, a ver que pone aquí... pero vamos, que ya me lo sé*.

Hemos facturado. Nosotros. La corporación. Ya no hay más yo, ahora sólo hay nosotros. El plural corporativo. Yo curro, tu curras, él cobra, nosotros facturamos, vosotros facturáis, ellos viven de puta madre. Y todos tan contentos.

¿Cómo se las apañan estas grandes compañías para tener a la mayoría de sus empleados trabajando sin hora de salida, muchas veces de lunes a

domingo, con salarios inicialmente míseros que crecen bastante más despacio que el stress y, aún así, autosatisfechos, corporativizados y mineralizados? ¿Drogas, hipnosis? ¿Método Ludovico, Habitación 101?

No. No es necesario. Sólo se necesita aplicar el principio de la corporación americana: tratar al empleado como si fuese un cliente. ¿Y cómo se trata al cliente? Encendamos un momento el televisor: *con tu móvil Cadena hoy ya eres un poco más libre... Hostias padre Benito ¿A ti cuántas te daban?... Mecheros Inmolator, la chispa de la vida...*

Efectivamente. Al cliente se le trata como si fuese gilipollas; al empleado también. Y funciona. Funciona de maravilla.

Viernes, 8:45 AM, Oficinas de Teddybear.

Director técnico al teléfono con un cliente:

-¿¡MESAS!? No, no, de mesas nada. Si lo que queréis son mesas, las compráis en Ikea. Nosotros lo que os ofrecemos son *superficies cuadrúpedas*

de despliegue y explotación compatibles dot NET y J2EE, con sistema de sincronización de filostros y derivación de forlayos. ¿Que no necesitáis tanta tecnología? Bueno, no es eso lo que piensa vuestra competencia. No sabes la que se avecina en el sector... créeme, nuestros últimos análisis indican que en tres meses todo modelo de negocio que no contemple la derivación de forlayos en sus superficies cuadrúpedas va a quedar *obsoleto*. No querréis quedaros fuera, no... Sí, sí, exactamente... considéralo una inversión a medio plazo. Invertir en forlayos es posicionarse en el mercado del mañana. ¿Para el lunes? Sí, no te preocupes, te mando a nuestro mejor analista... Okey. Hasta pronto.

Colgó el teléfono y accionó el intercomunicador:

-Maika, buenos días, hazme un favor: llámame al despacho a algún Junior con la hora de overtime a menos de 15 euros. Sí, ahora mismo. Gracias.

-Señor Francisco Minglanillas, Francisco Minglanillas, acuda a dirección -sonó por megafonía.

Fran salió de su cubículo, se apretó el nudo de la

corbata y se introdujo su mejor escoba. A los cinco minutos estaba entrando al despacho del director, que le esperaba con los brazos abiertos y una enorme sonrisa de dientes puntiagudos.

-¡Señor Minglanillas! Póngase cómodo... Ha surgido una gran oportunidad e inmediatamente *hemos* pensado en usted. Se trata de un proyecto de superficies cuadrúpedas.

-¿Filostros y forlayos?

-Excelente. *Sabíamos* que era usted el candidato ideal. Le vamos a pedir un pequeño sacrificio, señor Minglanillas. El proyecto tiene que estar listo para el lunes.

-Cuente con ello.

-Excelente. *Sabíamos* que estaría usted a la altura. Considérelo una inversión a medio plazo: los expertos en filostros de hoy son los analistas de mañana.

-Una cuestión: todo proyecto de superficies cuadrúpedas requiere de una *logística inicial*. ¿Está ya preparada?

-Ah, sí. Las mesas. Cómprelas esta misma tarde en Ikea.

Minglanillas salió del despacho repitiéndose mentalmente: *Analista, analista, analista*... Tenía una erección. Buscó un rato por internet y descargó dos archivos pdf: *Guía práctica de filostros*, y *A qué huele un forlayo*.

La importancia de llamarse Monchito

1

MAIL FROM: Marketing
TO: Staff
Estimados todos,
Recordaros que el día 8 se cierra la convocatoria de presentación de eslóganes para el proyecto XNetCitizens, que será lanzado el día 15 del mes en curso (presenta tu propuesta pulsando [aquí]).
Sin más, daros las gracias por la masiva participación en el concurso y desearos suerte.
Maika.

Gilipolleces. Un portal con perfiles personales, chat y mil y una chorradas para que cada freaky pudiera tener su alter ego tolkiano y una o más novias virtuales, además de amigos de baja resolución. Pulsé el enlace.

Concurso eslogan XNetCitizens.

Introduce tu propuesta:
ENVIAR.

Pues no sé. ¿Qué tal *sal a la calle a que te dé el sol, coño*? O quizá *XNetCitizens, donde no te quitarán el bocadillo*. Estaba a punto de enviar la última frase cuando apareció mi obeso y sudoroso mánager con un Empleado Sonriente No Identificado.

El mánager me lo presentó. Se incorporaba a la fase de pruebas. No recuerdo cómo se llamaba el menda. Andrés, Román, qué más da. El caso es que era un capullo. Al principio casi me cayó bien, cuando él pensaba que yo le convertiría en desarrollador. No tardó en irse todo al traste.

Era bajito, delgado, de piel blanca y mofletes rosados y siempre tenía una sonrisa infantil muy forzada. Parecía un muñeco ventrílocuo, así que lo bauticé mentalmente como Monchito y aquí paz y allí gloria.

Por lo visto era licenciado en matemáticas. Había dado clases en un par de colegios y luego había asistido a un curso de ofimática avanzada.

No mucho después entró en la empresa de Junior Tester. Y era bueno, muy bueno. No se le escapaba una. Tras sólo dos días en mi proyecto presentó un informe que me sacó una sonrisa. Daba gusto ver a alguien preocupándose por lo que hacía. *La tercera pantalla tiene mal ordenada la tabulación de cajas de texto, inconsistencia estética en la pantalla de log out, el menú no se visualiza correctamente con Mozilla, tipo de letra incorrecto en dos opciones de la barra de navegación*... en total sesenta y dos incidencias. El tío trabajaba a conciencia.

Él repasaba y yo parcheaba. Escudriñaba el producto de forma inmisericorde. Me tenía machacado, pero era mejor que tener a algún inútil mareando la perdiz y que las incidencias te las acabara indicando el cliente, cabreado y con prisas.

Bajamos a la cantina a tomar un café. Él me preguntó:

-¿Cuál es exactamente tu puesto? Parece que te encargas de todo: desarrollo, sistemas, soporte...

-Sí, mi puesto es *Pito del Sereno*. Pero en mi

contrato pone *Desarrollador Senior*, si es lo que quieres saber -respondí.

-Eso. Yo quiero ser desarrollador.

Bueno, a un matemático le resultaría fácil manejar la algoritmia, las funciones, los objetos. Un poco de lenguajes formales, otro poco de OOP y ya podría empezar. El TCP/IP era otra historia; a alguien que había hecho un simple curso de ofimática no le iba a resultar fácil asimilar todo el tinglado. Código *Java* que se ejecuta en un servidor, con objeto de crear *HTLM* que se envía a un cliente, normalmente incluyendo código *javascript* que se ejecutaría finalmente en el cliente quizá con referencias al servidor...

-¿Estás seguro? Mira que si no es una verdadera vocación, resulta igual de agradable que clavarte astillas debajo de las uñas...

-Ya será menos, con ese sueldo.

Ah. El sueldo. Sí, yo cobraba más que él. Pero no estaba seguro de que compensara.

Esa tarde le envié unos cuantos ficheros pdf de iniciación a la OOP, al TCP/IP, al J2EE. Si tienes alguna duda, no dudes en preguntar, le indiqué.

2

A los cuatro días ya me estaba tocando los cojones. Tuvimos una reunión de diseño el mánager y yo. Monchito vino por si podía dar alguna sugerencia, y lo que dio fue un coñazo espantoso. Empezó a soltar improperios sobre robustez, dinamismo, flexibilidad, servidores, clientes, *clusters*... parecía que en vez de leerse mis documentos se los hubiera metido por el culo.

Pero siempre que el gordo soltaba alguna de las suyas (montar un *cluster* en un solo PC, compartir carpetas del servidor a todo Internet), Monchito asentía sonriente. *Sí, sí, es una gran idea, oh, genial...* Me tocaba las narices, pero de pronto me imaginé a Monchito sentado en una mesa alta de una sola pata, con un traje rojo y los pies colgando, y al gordo engominado y vestido de frac metiéndole una mano por detrás de la cabeza para moverle la mandíbula.

-Un cluster en una sola máquina es robusto, ¿verdad Monchito?

-¡Claro jefe! ¡Robusto como mis piernas de for-

mica!

Tuve que ir al servicio porque no me podía aguantar la risa. Quince minutos estuve allí dentro. Me relajaba, pensaba que se me había pasado y, cuando estaba a punto de entrar a la sala de reuniones, me volvía a dar el ataque y tenía que volver al cuarto de baño. Cuatro veces tuve que repetir el proceso y, al entrar de nuevo a la reunión, me forcé a pensar en la muerte de Chanquete para no descojonarme.

Cada vez que yo sacaba el destornillador lingüístico y desmontaba alguna de las subnormalidades del gordo, Monchito me miraba raro. Normal. Otro que pensaba que leyendo revistas de decoración de interiores ya podía codearse con arquitectos. Entendía que Monchito se lo estuviese pasando bien jugando a los programadores; yo me lo pasaba bien de niño jugando a detectives. Pero joder, ahora iba en serio, cobrábamos por ello. Además, fijo que la mierda que él generase (y tal y como había empezado, iba a ser mucha), la acabaría limpiando yo. Total, que me fastidiaba ser una

vez más el aguafiestas pero, como dice el dicho, *aquí o follamos todos o pinchamos la muñeca*. Si yo tenía que programar de verdad, él también. Para payasadas ya teníamos el circo.

La reunión aún duro dos horas. Tuvo de todo: payasos, elefantes, trapecistas, un mago que de su sombrero sacaba mierda tras mierda y, como actuación estelar, el domador de Fuckowskis. Eso fue al final, cuando el gordo empezó a aplicarme sus correctivos de actitud: los viejos *todo es posible para un buen programador, hay que llegar a un compromiso entre calidad y valor, la técnica XP de desarrollo afirma que sólo hay que desarrollar lo que el cliente pide*. En resumen, hagamos una gran chapuza para salir del paso, rapidito y no me digas que no lo puedes tener para ayer. Y yo que bueno, que sí, pero que el análisis funcional lo hace Rita, que para eso le pagan.

Cuando acabó el número del domador, Monchito ya no me miraba raro: me miraba por encima del hombro. Yo sé lo que pensaba: *el listillo éste, que se cree que yo no tengo ni puta idea*. Salimos

de allí. Yo me fui directo a limpiar las cagadas de los elefantes; Monchito y el gordo fueron a comprar algodón dulce para irse dando pedacitos el uno al otro disfrutando de su reciente idilio.

A la hora del almuerzo coincidimos en la cantina. Yo tenía algo que decirle a Monchito. Sabía que era un error, pero me sentía en la obligación.

-Te recomiendo, en esto de la programación, empezar desde abajo. Está bien leer, mantenerse al día, pero hay que picar mucho código para dominar ciertos conceptos, los problemas que pueden plantear uno u otro diseño, etc... Ah, y no le prestes demasiada atención al mánager, *habla desde una perspectiva demasiado general* -qué bonito eufemismo para afirmar que en vez de cerebro, el gordo tenía una piedra pómez.

-Oh, no seas tan negativo; ahora estamos trabajando en el análisis de la versión 2.4 y él se va a encargar de codificar, así que no creo que sólo tenga una perspectiva general...

Espera. Demasiadas puñaladas para una sola frase. Primero, otro que me venía con el rollo del

negativo; luego, ¿*estamos trabajando* en el análisis? ¿Así de fácil? De tester a analista del tirón, sin picar una línea. Tan sólo tomando carrerilla y usando mi páncreas como potro de salto. Pues qué bien. Otro jefe más. Y encima el gordo iba a codificar. Hala, cachondeo. Mañana llamamos a Curro Romero, que venga vestido de luces a hacer las *css*.

Terminé de comer y me dispuse a volver a mi puesto de trabajo. La sobremesa siempre me la saltaba, prefería llevarme el café a mi mesa. Total, para quedarme en el gallinero cacareando prefería salir del trabajo media hora antes y hacer algo constructivo como sacar a mi perro por la playa, leer un libro o visitar a algún amigo. Yo no había sustituido a mis amigos antiguos por amigos nuevos de dentro de la empresa: igual resultaba práctico pero no dejaba de ser una infidelidad. Además, me empeñaba en que mi vínculo con la empresa se limitase al salario; todo lo demás podía ser utilizado en mi contra.

Dejé a Monchito solo en la mesa. Él era de esas personas que preferían estar antes muertas que solas, así que se levantó y se llevó consigo su taza

de café. Se acercó a la mesa de dos chavalas con las que yo nunca había hablado. Sabía que trabajaban en la sección de SAP. Eran de esas que habían estudiado informática para hacerse las intelectuales preocupadas por la nanotecnología y el derretimiento de los polos y justificar así el hecho de no tener novio. Que eran feas, vaya.

Monchito hizo ademán de coger una de las sillas libres y dijo:

-Hola, guapísimas, ¿os importa tomar café *con un analista*? -lo dijo con retintín, como queriendo decir *os tengo que contar esto*.

-¡Oh, por supuesto que no, *analista*! -le sonrieron- ¿En qué estás trabajando ahora?

Aquello era superior a mis fuerzas, así que me apresuré a salir de allí antes de que el analista empezase a cacarear. ¿Por qué coño era tan fácil para algunos conseguir el reconocimiento social? Llegas, te auto proclamas y listo. Yo llevaba allí un año partiéndome los cuernos para salvar proyectos y normalmente me miraban como diciendo *a ver qué le pica ahora a éste*. Me estaba equivocando

en algo.

3

Salía de la cantina dispuesto a conseguir reconocimiento social. Abrí la puerta. Tres consultores estaban a punto de entrar.

-Por favor, dejad paso a un escritor -dije, y les guiñé un ojo.

-Yo no veo ninguno -dijo uno de ellos, y entró mientras yo sostenía la puerta. Los otros dos le siguieron.

Mal. Así no. Faltaba algo. Recordé a Monchito: *hola guapísimas*... Joder, claro. Había que dar algo a cambio.

Por el pasillo venía Ivon dando taconazos. Al cruzarnos le dije:

-Ivon, guapa...

-No tengo tiempo para crisis, Fuckowski.

Cojones. Claro, Ivon no era fea. Había que averiguar dónde le picaba al otro y rascarle ahí. Llamé al ascensor. Cuando se abrieron las puertas,

Juanma estaba dentro. Era un tío que no llegaba al metro sesenta y se había metido en un gimnasio para crecer, al menos, a lo ancho. Siempre iba con camisas de manga corta para lucir sus bíceps, que tampoco eran gran cosa. El tío era una piltrafa. Entonces lo vi claro. Entré al ascensor y dije:

-Aleja esos músculos, no vayas a quebrar mi frágil espíritu de escritor.

-¡Ja, ja, ja! -rió estrepitosamente- Vaya, no sabía que fueras escritor ¿y sobre qué escribes?

-Más que nada chorradas de ascensor.

-Seguro que lo haces muy bien.

Lo había conseguido. ¡Soy un ser social, soy un ser social!, pensé.

Pues vaya mierda. Aquello era como hacer el sesenta y nueve con un travesti. Por una parte no se podía negar que daba cierto placer, pero por otra te comías una polla.

Se abrieron las puertas y ante mí quedó la enorme oficina. Éramos doscientos. En ese momento me pareció, más que nunca, una granja. Los que habían vuelto del almuerzo charlaban en sus

cubículos. *Yo esto, yo lo otro, mi nuevo tal, mi nuevo cual*... Cacareaban y de vez en cuando ponían un huevo que se llevaba la empresa. Y seguían allí, rascándose los unos a los a los otros, dándose con los picos, quitándose insectos de debajo de las plumas.

Eso hacía la gente. Poner huevos y darle al pico. Rascarse el ego, hablar de ellos mismos, distorsionar su imagen en el espejo de los demás para gustarse a sí mismos. Por alguna razón a mí nunca me había picado el ego. Tenía mis defectos y mis virtudes, pero yo me gustaba sin necesidad de distorsión. De hecho, cuando me distorsionaban, era cuando más horroroso me veía.

Un momento. ¿Y si muchas de las parejas de las que se dicen súper enamoradas que te cagas o sea te lo juro, en realidad se aman a sí mismos a través del otro? No quise profundizar en aquello. Aún conservaba la esperanza de formar, algún día, una familia mentalmente sana.

Me senté a mi mesa, me puse los auriculares, y el *Shine on your crazy diamond* de Pink Floyd se

elevó por encima del cacareo. Empecé a cerrar ventanas del navegador y quedó al descubierto la Intranet.

Concurso eslogan XNetCitizens. Introduce tu propuesta.

Escribí:

Dichoso aquel al que sólo le pica la curiosidad, porque podrá rascarse él solo.

Enviar. Pink Floyd seguía cantando. Yo seguía siendo un ser antisocial.

Esa noche tuve un sueño espantoso. Iba al despacho del gordo a que me aclarase por qué me había mandado el análisis funcional en formato mp3. Al llegar a la puerta, oí voces. *Llámame otra vez analista, por favor. Claro, pero tú llámame mánager. ¡Mánager, que estás hecho un mánager! ¡Eso tú, pedazo de analista!* Abrí la puerta de golpe y allí estaban el gordo y Monchito, en pelo-

tas, cada uno sobándole la erecta polla al otro.

-¿¡PERO, QUÉ MARICONADA ES ÉSTA!? -grité desesperado.

El gordo le metió la mano a Monchito en el agujero de la cabeza y le hizo decir:

-Oh, no seas tan negativo; sólo nos estamos masturbando. Tú también lo haces.

Entonces me desperté, pensando: *no es lo mismo, no es lo mismo...*

4

Gané el segundo premio de eslóganes y me tocó mucho las pelotas. No sería el eslogan principal, pero aparecería en banners publicitarios. A la empresa le había parecido un ingenioso juego de palabras. Por una parte, mencionar el picor y la curiosidad atraería visitantes. Por otra, suavizaba el posible prejuicio acerca de los adictos al chat, dándole un toque intelectual en lugar de marginal, convirtiendo soledad en individualidad con el juego de palabras *sólo/solo*.

Hostia puta. Suelto una frase inspirada en la agradable sensación de la libertad y se convierte en un reclamo para freakies.

Camuflar soledad marginal con individualidad intelectual. ¿Era eso lo que yo hacía? ¿Me había estado justificando todo el tiempo? ¿Qué diferencia hay entre emigrar y ser desterrado? Ante los ojos de los demás, quizás ninguna. Los motivos del emigrante son excusas para el desterrado.

Me levanté de mi asiento y miré a mi alrededor. No, yo no había sido desterrado. Yo lo había elegido. Pasar media hora más en la cantina hablando de bíceps y de análisis de orina no me parecía una buena idea. Podía hacerlo, sólo era cuestión de averiguar qué le picaba a cada uno. En el ascensor lo había conseguido. Pero no me satisfacía, simplemente. Yo quería ganarme mis títulos con exámenes, no con chantajes ni intercambios de favores.

Me quedé allí, conmigo mismo y con mi música. Y puede que todo aquello no fuesen más que pajas mentales, pero bueno; me las hacía con mi propia polla.

No me relacionaba mucho con los demás. Pero

yo, al menos, cuando tenía una relación, era para hacer el amor, no para hacerme pajas.

Fuckowski y el sexo

1

Fui despertando poco a poco. La luz del atardecer se derramaba roja por entre las cortinas. Eché una mirada a mi alrededor. Mi apartamento, tal y como a mí me gustaba verlo: toda nuestra ropa desperdigada por el suelo, su minúsculo tanga al pie de la cama, varias latas de cerveza vacías; en la papelera tres preservativos usados, cada uno con su nudo al extremo. La verdad es que al tercero no le habría hecho falta el nudito.

Ella desnuda a mi lado. Luz de mis días, calor de mis noches, metro setenta de dulzura recubierto de rubia sedosa. Tenía un poco el chocho de oro, pero yo la quería; y ella a mí también. Estábamos muy compenetrados. Después de casi un año juntos ella conocía hasta la última de mis inquietudes, mis más profundos pensamientos, mis más íntimos deseos. Y viceversa: yo nunca tenía la más puta idea de por dónde me iba a salir ella al minuto

siguiente.

Al principio me había esforzado en entenderla, buscar patrones, reglas, no sé, algo. A los tres meses decidí buscar retos más factibles, como averiguar el último decimal de PI.

Iba a ser un domingo de puta madre. Teníamos todo el día por delante y yo no podía encontrarme más relajado. La noche había sido larga, íntima y sudorosa, una de esas noches de verano en las que al final, después de mucho amor, mucho sexo y mucha cerveza, el universo parecía ser como un flujo constante de alguna cálida sustancia en la que podías nadar eternamente.

Me levanté de la cama sigilosamente para no despertarla y fui al baño. Me miré al espejo, me guiñé un ojo y me dije: *chaval, estás hecho un toro*... luego mi ego y yo intentamos meternos en la ducha pero mi ego no cabía, así que entré yo solo.

Justo había acabado de ducharme cuando la oí llamar.

-¿¡Amor...!?

Su voz sonaba como un concierto de arpas ce-

lestiales.

-¡Dime, preciosa! -dije.

-Creo que se me ha adelantado el periodo.

Ya la jodimos. Artillería, guarden las arpas, saquen los morteros, todos a sus trincheras. Pasamos de plácido domingo directamente a DEFCON2. Nuestra relación se encuentra bajo amenaza nuclear.

Mi simple y dicotómico cerebro de programador, cuyas variables podían encontrarse únicamente en los estados *sí* o *no*, se iba a enfrentar a un complejo sistema cuántico que soportaba los estados *sí*, *no*, *no sé*, *tú no lo entiendes*, *te odio* y *no quiero verte más*, o cualquier combinación de ellos. Además se aplicaba el principio de incertidumbre: el intento de medición influye en lo que se pretende medir. O sea que como preguntes, peor.

Salí de la ducha, pero mi ego ya no estaba allí. Se había ido acojonado. Pues nada hombre, vamos a ver cómo capeamos el temporal.

Me afeité, me vestí y volví a la cama. Ella seguía tumbada.

-¿Cómo te encuentras? ¿Necesitas algo de la farmacia? -pregunté.

-No, lo tengo todo en el bolso. Estoy regular... -parecía triste.

-Vale preciosa, hacemos una cosa. Tú relájate, descansa, ponte música o la tele o lo que quieras, y yo te preparo de comer lo que te dé la gana, ¿qué te parece?

-¡Quiero pollo al curry!

Una sonrisa asomó a su rostro. Vamos bien. Un par de días mordiéndome la lengua y siendo especialmente atento y todo habrá terminado.

Me metí en la cocina a preparar el menú. A conciencia, cuidando de que todo estuviese como a ella le gustaba. Las cebollas fritas con mantequilla y vino blanco, el pollo con poca sal, curry del picante, nuez moscada, y bien dorado. A la salsa le eché un poco de mozarella y un poco de miel, la pasé al microondas y luego a la batidora. El famoso *pollo frito a la Fuckowski*. De primero, una ensalada con aliño francés. Le podía enseñar yo un par de truquitos al Arguiñano.

Hora y media estuve liado entre una cosa y otra. Salí de allí con una enorme bandeja tan bien presentada que me daba pena que nos la fuésemos a comer.

2

Puse música *chill out*, nos sentamos cómodamente en el sofá ante la mesa perfectamente puesta, cogí una botella de cerveza y, como se me había olvidado el abridor, la abrí contra el filo de la mesa y la cagué con todo el equipo.

-¿Puedes intentar no volver a hacer eso en mi presencia? ¡Es lo peor! -me soltó, en plan borde.

-¿Lo peor por qué, reina? -pregunté con tacto.

-¡Porque alguien le ha puesto amor y esfuerzo a esa mesa y tú no lo estás respetando!- me miraba como si yo acabase de escupir en la foto de boda de sus padres o algo así.

-Amor, resulta que esta mesa la he pagado yo y, además, venía desmontada y me pegué media hora apretando tornillos.

-Pero alguien la habrá fabricado, ¿no?

-Pues a mí me da que está hecha a máquina. Por los cuarenta euros que me costó, dudo que hubiesen contratado al padre de Pinocho -sí, ya sé, me tendría que haber ahorrado la coñita.

-¿Te crees muy gracioso, no? -se estaba poniendo de mala lechecilla.

-No, amor, lo siento... -se me escapaba un poco la risa de imaginarme al viejo Gepetto todo amoroso cortando maderas para hacer una mesa mierdosa de contrachapado.

-Bueno, pues no lo hagas más, ¿VALE?

-Que sí, lo intentaré.

Tenía narices que no pudiese uno hacer con su propia mesa lo que le diera la gana. Vale que ella estuviese susceptible, pero la mesa era mía. El sillón también y me tenía arrinconado en una esquina. Comer me estaba resultando difícil.

-Preciosa, ¿te importa dejarme un poquito más de espacio? -sonreí y le guiñé un ojo.

-¿Qué pasa, que *te molesto*?

-No... Es que apenas tengo espacio, cabemos los

dos perfectamente...

-Ya te vale... ¡Me estás echando!

Ay. Qué dificilito.

-No te estoy echando, amor. ¿Por qué no nos comemos el pollo al curry pacíficamente, que se está enfriando?

-¡Pues no se para qué tanto cocinar, tanto cocinar, SI AHORA VAS Y ME ECHAS!

-Pero vamos a ver. Echar es una cosa, apartar un poco es otra. Dime la definición exacta de echar, y luego me dices si te he echado. Sí o no, verdadero o falso.

-¡Tú y tu puta manía de verlo todo blanco o negro! ¡No entiendes nada! ¡TAMBIÉN HAY GRISES!

La cosa se complicaba.

-Cariño. También hay grises y lo sé perfectamente. Pero yo decido qué veo blanco, qué veo gris y qué veo negro y en este caso...

-¡Ese es tu problema! ¡Siempre ves las cosas como *a ti* te da la gana! ¡No sabes ponerte en el papel de los demás! ¡Egoísta!

Notaba como alguna cosa templada se estaba

generando en mi estómago y subía hacia mi garganta.

-Mira, guapa, si no me hubiese puesto hoy en tu lugar, se habría pasado dos horas cocinando el pollo RITA LA CANTAORA, ¿ME ENTIENDES? ¡Joder!, que vale que estés con la regla, pero ¿no puedes entender que yo me estoy esforzando todo lo que puedo y que te has levantado cabreada sin ser culpa mía? ¿Tienes que proyectármelo a mí todo?

-¡A mí no me analices que yo no soy uno de tus programas!

-Bueno, mis programas funcionan…

Gran cagada, hermanos. Se me escapó. Quería decir que son predecibles, que sabe uno a qué atenerse, que… en fin, ya era demasiado tarde.

-Ah, o sea, ¿que *yo* no funciono? Que estoy loca, ¿no? Pues sabes lo qué te digo, ¡que te vas a librar de la loca! ¡ME LARGO!

No, si sabía yo que nuestra relación corría peligro. No era la primera vez.

-Amor, llevamos once meses juntos y ya me has dejado once veces. ¿Eso no te dice nada?

-Sí, ¡que no sé cómo te soporto!

Ya me cansé de hacer el gilipollas. Todos tenemos un límite.

-Pues mira, esto no se trata de soportarse, se trata de quererse. Ya sabes donde está la puerta. Yo no te he echado del sillón. Tú haz lo que te dé la gana.

-¡Pues me voy! ¡Se acabó para siempre! ¡Ya no vas a tener que ECHARME más!

-Cariño, que yo no...

No la había echado. Otra vez esa horrible sensación. Una verdad clara y simple desapareciendo bajo toneladas de estiércol. No entendía la manía de la gente de enterrar la verdad bajo mantos de basura. El mundo al desnudo era extraordinariamente bello, ¿por qué cubrirlo de mierda? O quizás no era tan bello para todos y con la mierda tapaban vete a saber qué... lo malo es que esa mierda también caía sobre mi mundo. Y yo no la quería ahí, apestándolo todo. Me había costado media vida limpiar mi propia basura y ahora todo el mundo se empeñaba en echarme la suya encima.

Parecía que iba en serio, se había levantado y se había puesto los vaqueros. Intentaba ponerse el jersey. Aún estaba descalza. Me encantaba verla descalza, tenía algo muy hermoso. Era como si, al estar cubierta de ropa, toda su belleza no cupiese ahí dentro y tuviese que escapar por algún lado, y se le saliera por los pies.

No soportaba verla irse de mi lado, pero yo ya había tenido suficiente. Tampoco era plan de estar todo el santo día sometiéndose a los demás. No me iba ahora a arrastrar por el barro suplicando; sería aceptar que la culpa era mía, que yo la había echado, que lo blanco era negro.

-¡No me vas a volver a ver en la vida, NIÑATO!- cuando se ponía en *bersek* ya no había nada que hacer.

-Sabes que me toca bastante las narices que juegues con nuestra relación. Para mí es sagrada. Te juro que si cruzas esa puerta va a ser la última vez que me veas -le dije, desafiante.

Me fulminó con la mirada, cogió su bolso y desapareció por el pasillo. Esta vez era la definitiva. Oía sus pasos. Rápidos, iracundos. Bueno, tam-

poco era para tanto. Sobreviviría. Me había pasado casi un año soportando este tipo de historias. Ella tenía un carácter irascible, mucho odio acumulado, muchas inseguridades que siempre me proyectaba a mí. Se fue dando un portazo. A la mierda, no me importaba lo más mínimo.

Cuando se apagó el eco del portazo mi apartamento quedó en silenció y de pronto recordé lo miserable que era el mundo sin ella. Así, de golpe. Como si un enorme monstruo peludo se abalanzase sobre mí y me reventase las pelotas.

Sonó el portero electrónico rompiendo el silencio. Vaya, parece que ha reflexionado a tiempo. Corrí a contestar.

-¿Sí?

-¡NO QUIERO VOLVER A VERTE NUNCA MÁS!

Colgué. El monstruo seguía dándole a mis pelotas. Necesitaba relajarme, hacer algo constructivo, edificante. Volví al salón, quité el puto CD de chill out y enchufé el *Ace of Spades* de Motörhead. Toqué un poco la guitarra de aire, luego me puse a cantar y, cuando empezó el solo, cogí la bandeja de

pollo al curry, la elevé sobre mi cabeza y la reventé contra el suelo con todas mis fuerzas.

3

Pues nada. Vuelvo a ser soltero, por no querer admitir algo que no era cierto. El lunes voy y le digo al gordo que es un inútil y que el workflow por el que la empresa le ha pagado tres salarios cuya suma daría de comer a una familia numerosa durante varios años es una birriosa caja de huevos, y a la puta calle. Si sigo fiel al dos y dos son cuatro, en breve viviré bajo un puente.

Esto es la maldición del sentido común. Uno ve un cuadrado y dice *mira, un cuadrado*. Y resulta que las normas sociales, lo políticamente correcto, los sistemas educativos, las carreras profesionales, en definitiva, la humanidad entera parece estar edificada sobre el pilar de que aquello es un círculo y te lo tienes que llevar rodando, calladito y sin rechistar, con iniciativa y motivación propia. Y como se te ocurra ni siquiera mencionar que aquello pa-

rece cuadrado, miles de años de moral se te echan encima con la fuerza del *big bang*. Eres un radical egoísta soberbio anarquista conflictivo que cree ver un cuadrado por motivos de inmadurez, cobardía, odio a la humanidad, envidia, resentimiento.

Realmente es difícil. Uno sólo pretende seguir su camino, pero parece que siempre obstaculiza el camino de alguien. ¿Por qué? Tal vez muchos de los caminos de los demás estén previamente construidos sobre la libertad de uno.

Nota: tengo que ver a un psiquiatra. Estoy empezando a pensar en grandes conspiraciones.

Y es que la lógica me había ocasionado siempre graves problemas. Me sobraba tiempo para un flash back así que me quede mirando a la pared con expresión nostálgico-confusa hasta que todo empezó a volverse blanco y acuoso.

De pronto tenía ocho años. Estaba en el colegio, una tarde, dando clase de ciencias. Monotonía de lluvia tras los cristales. Sacaba las mejores notas, mi conducta era ejemplar. La profesora nos estaba hablando sobre los minerales. Yo la admiraba, tan

alta, tan lista; ella siempre tenía respuestas para todo. Y yo siempre tenía muchísimas preguntas.

Algún niño preguntó:

-Profesora, ¿de dónde sale la lluvia?

Yo lo sabía, lo había visto en la tele. Levanté la mano, pero ella dijo:

-La lluvia la hace Dios.

Yo no lo entendía. Los profesores no podían equivocarse. Dije:

-Pues yo he visto en la tele que el agua del mar se evapora y se hace nubes y, luego, se las lleva el viento y se enfrían y se hacen otra vez agua que es la lluvia.

Fue con la mejor de mis intenciones. Yo sólo quería resolver aquel misterio, aquella ilógica contradicción. El concepto de Dios siempre se me había escapado.

-¿Eso es verdad, profesora?- preguntó otro niño.

Ella sonrió de una extraña manera que yo no comprendí.

-Sí y no -dijo.

Toda mi forma de pensar se basaba en el pre-

cepto de que el sí y el no eran incompatibles. Cuando terminó la clase, me entregó una carta para mis padres. Algo se avecinaba y yo no sabía por qué.

Mis padres leyeron aquello. La profesora quería hablar con ellos acerca de mi conducta. *Su hijo interrumpe mis clases y no muestra respeto*. Mi padre me preguntó qué había pasado y yo se lo expliqué. Él agarró un cabreo de cojones. Con la profesora, no conmigo.

Al día siguiente se presentaron en el colegio después de las clases. Fueron al despacho de la profesora y exigieron que yo estuviese presente. Intercambiaron formalidades durante un rato y luego entraron en materia.

-Señora, haga usted el favor de explicarle a mi hijo de dónde sale la lluvia -dijo mi padre.

-Él ya lo sabe *perfectamente* -la misma extraña sonrisa que parecía culparme de algo.

-Pues si tiene razón, ya me dirá usted cuál es su queja respecto a él.

-Es que *yo* soy la profesora y *yo* imparto las cla-

ses...

El primero de mis innumerables conflictos con la autoridad.

-Mire, este es un estado laico. Usted es muy libre de creer lo que le dé la gana el domingo en misa. Pero como de lunes a viernes usted es la profesora, a mi hijo le imparte usted clases de ciencia, que es su trabajo.

-Es que *las continuas interrupciones de su hijo* entorpecen mi trabajo.

Aquello era muy injusto. Yo no había hecho nada. Y de pronto comprendí la sonrisa: ella sabía que no tenía razón y trataba de ocultarlo. Era una sonrisa de autodisculpa. Allí, a tan tierna edad, me prometí a mí mismo desconfiar de cualquiera que expusiese sus verdades con una sonrisa de imbecilidad autocomplaciente.

Lo cierto es que desconfío de casi todo el mundo.

4

En fin, tendría que adaptarme a mi nueva vida de soltero. Para empezar, mi vida sexual iba a volver a ser en dos dimensiones y mi vida sentimental se iba a reducir a sacar a mear a mi perro.

El vibrador del teléfono móvil ventoseó dos veces. Tenía un SMS. Era de ella. *HASTA NUNCA, NIÑATO*. No sé exactamente por qué, pero aquello me conmovió. En realidad, eso simplemente quería decir *estoy aquí*. Ella se había largado, pero yo me sentía como si la hubiese abandonado a su suerte, tan rubia y tan indefensa.

Miré al móvil y luego al pollo al curry esparcido por el suelo y luego de nuevo al móvil. Seguí así un buen rato, mientras me decía a mí mismo: píldora roja, píldora azul, píldora roja, píldora azul...

La llamé. Si miles de yanquis se habían arrastrado por el barro en Vietnam por una causa estúpida, yo podía arrastrarme un poco por ella. Cogió mi llamada:

-Qué... -estaba llorando.

-Cariño, siento haberte echado del sillón. ¿Po-

drás perdonarme? -toneladas de barro. Iba a tener que ducharme de nuevo.

-Ohhh... ¡no sé! -se reía alegre y lloraba a la vez.

No tengo ni idea de cómo lo hacía. Sólo se lo había visto hacer a ella. Llorar y reír a la vez de esa manera. Era como un sí y un no juntos. Absurdo, imposible. Pero bonito.

Al parecer ese iba a ser el trato. Yo me quedaba con el dos y dos son cuatro por cojones y ella con su mundo de color en que las mesas baratas de contrachapado eran monumentos al amor. Para mí era una gilipollez, pero de su mundo ella sacaba un algo que compartía conmigo y que me hacía la vida más agradable. Yo utilizaría mi sentido común y mi mala leche para que nadie le jodiese a ella la inocencia. Esa inocencia que yo había perdido hacía mucho, cuando me llevé mi primera ración de hostias.

No sabía cómo iba a resultar a largo plazo, pero en principio no parecía mal trato. De vez en cuando tendría que reventar alguna bandeja que otra; menos mal que los Motörhead habían sacado

bastantes discos.

-Anda, perdóname, guapa. Vente a mi casa.

-¡Bueno...! *Si te portas bien*...

Esa sí que la entendía. Significaba rascarse la cartera.

Total que reserva uno mesa para dos en un restaurante caro y romántico. Charlamos y nos miramos y reímos a la luz de las velas y la vida vuelve a ser maravillosa. Hasta la próxima vez que *toca pollo*.

El pirita

Nos llevaban diciendo todo el año que la empresa iba viento en popa. Todo eran gráficas ascendentes: cada vez más clientes, más facturación. También cada vez más trabajo; por eso contrataban personal de ventas continuamente. Cada diez o doce días veíamos aparecer caras nuevas, aunque a mí me parecían los mismos perros con distintas corbatas. Ese traje, ese portátil, esa sonrisa agresiva, esas prisas, esa manía de vociferar obviedades al teléfono, ese insufrible tono de "*esto es de vital importancia*" en cada email.

El que siempre llevaba corbata rosa nos había escrito hacía unos días para indicarnos que debíamos cambiar el tipo de letra de la firma de nuestro programa de correo. La carta de Einstein al presidente Roosevelt advirtiéndole de la posibilidad de que Hitler estuviese a punto de desarrollar la bomba atómica estaba redactada en un tono más desenfadado.

Lo que los ingenieros no nos explicábamos era

por qué, a pesar de los inmejorables resultados financieros del año, nos habían reducido drásticamente el *bonus* de Diciembre. Casi todos esperábamos recibir una explicación en la reunión. Era otra de esas interminables reuniones en las que nos cuentan lo chulos que somos y lo gorda que la tenemos. El de la corbata rosa no llevaba hablando ni diez minutos y yo ya estaba totalmente saturado. Me abstraje, se me fue el santo al cielo y muy oportunamente me acordé del *pirita*.

En los primeros dos o tres años de colegio ningún niño hacía nada. No éramos nada, sólo lienzos en blanco dispuestos a ser engorrinados miserablemente. Por lo general callábamos y nos mirábamos. Al tiempo las personalidades de cada uno empezaron a dibujarse; muchos niños comenzaron a actuar, a expresarse, a diferenciarse. Uno hacía reír, otro cantaba, otro corría más rápido que nadie, otro saltaba más alto, otro hacía agudas observaciones sobre las cosas, otro siempre respondía correctamente a las preguntas de los profesores. Había un niño que era capaz de chu-

parse su propia nariz, otro que escupía por la ventana y llegaba al edificio de enfrente, e incluso uno que se había leído un libro entero, sin dibujos, y al parecer le había gustado. Se estaban gestando nuestras identidades.

Otros niños siguieron simplemente callando y mirándose. De ellos no se hablaba; se hablaba de los que por algún motivo destacaban. Destacar era bueno: mucha gente sabía tu nombre, te sonreía, te saludaba. Ya no te sentías un lienzo en blanco; eras algo. Algo bello, o quizás algo original, o puede que simplemente algo, pero algo eras. Y se te reconocía. A veces conseguías una caricia o un beso furtivo, y entonces sentías algo grande que no alcanzabas a entender, pero hasta la última de tus células gritaba: *por ahí vamos bien, chaval. La supervivencia de la especie está en juego*.

Un día se me acercó un niño de los que siempre callaban y miraban. Yo no sabía su nombre. *Mira*, me dijo con aire misterioso. Se sacó del bolsillo un pedacito de metal dorado y me lo acercó. Me quedé mirando la minúscula bolita dorada unos instan-

tes. Estaba mugrienta. Los dedos de aquel niño también. Levanté la mirada; su cara también estaba mugrienta. Me miró muy serio y me habló en voz baja, como si me estuviera revelando un importantísimo secreto:

-Esto no es oro –hizo una pausa-. Es *pirita*.

Se quedó inmóvil unos segundos y se volvió a meter el pedacito mugriento en el bolsillo. Me miró, arqueó las cejas y se marchó con una sonrisa. Yo me quedé pensativo, sospechando algo. No sabía lo que era la pirita; suponía que nadie con siete años lo sabría. Pero aquel niño sí. Y tenía un trozo. Tenía que ser un gilipollas.

No le pregunté su nombre, no me interesaba. Para mí aquel chaval anónimo paso a ser *el pirita*. A veces lo veía en el patio del colegio. Siempre andaba enseñándole a alguien su bolita mugrienta; los niños reaccionaban con interés, cogían la bolita para verla de cerca, se la pasaban unos a otros y se la devolvían al pirita, que sonreía satisfecho.

Tardé un tiempo, pero al final saqué mis conclusiones. El pirita también quería destacar, pero no corría más rápido ni saltaba más alto que nadie.

Cuando te enseñaba aquella bolita, automáticamente pensabas que era oro. Él te sacaba de tu error. *Oh, habría jurado que era oro*, te decías. Y si tú estabas equivocado y él no, él tenía que ser más listo que tú. Tú eras un alumno de EGB que despues del colegio se iba a casa a merendar pan con Nocilla viendo Barrio Sésamo. Al pirita lo recogía un helicóptero y se iba con sus padres, que eran unos científicos aventureros llamados Thomas y Linda, a explorar el Amazonas. En una de sus innumerables aventuras se habían perdido huyendo de la tribu de los temibles Potiguara ("comedores de hígados"), habían atravesado a nado el Orinoco sorteando cocodrilos y tiburones de agua dulce y luego se habían escondido en el volcán de las tarántulas pardas, donde encontraron por casualidad la entrada a la cueva del gran escorpión verde. Al fondo de aquella oscura gruta observaron un resplandor dorado. Se arrastraron por el suelo silenciosamente para no despertar a los sanguinarios murciélagos mutantes, y al llegar al fondo de la gruta se dieron de bruces con el escorpión, que medía tres metros, justo cuando el volcán entraba

en erupción. Thomas se aferró al enorme aguijón verde y Linda saltó por entre las pinzas del escorpión en dirección a la resplandeciente veta dorada. En una de las paredes se abrió una grieta que empezó a escupir lava incandescente. Linda dirigió una mirada rápida a la pared, pero se armó de valor y volvió a la veta dorada. Parecía estar poseída. De pronto se oyó:

-¡¡¡Mamá, no!!! ¡¡¡Es *pirita*!!!

Linda salió del trance y los tres huyeron a toda velocidad, perseguidos por un río de lava y un escorpión gigante. Se colaron por un agujero inesperado y acabaron cayendo por las cataratas cristalinas a lo más profundo del lago de las sanguijuelas sedientas. Ya en la orilla del lago se arrancaban las sanguijuelas y sonreían aliviados mientras caía la tarde sobre la jungla. *Pero, ¿como supiste que era pirita?*, preguntó Linda a su hijo. Él la miró, arqueó las cejas y se alejó en silencio hacia el crepúsculo.

Todo eso parecía insinuar el pirita, y la gente parecía creérselo. Yo pensaba que no era más que

un gilipollas que llevaba en el bolsillo una bolita de mierda.

El de la corbata rosa seguía hablando de motivación, de esfuerzo, de estrategias de venta: *es un mercado difícil y todos quieren un pedazo del pastel. Es una carrera, y hay que llegar el primero*. De pronto nos miró muy serio y formuló una pregunta:

-En esta carrera, ¿quién creéis que se lleva el pedazo más pequeño del pastel?

Segundos de silencio. Suspense, intriga. *El último*, susurró alguien. El de la corbata rosa sonrió maliciosamente, esperó unos instantes y dijo en voz baja, como revelando un importantísimo secreto:

-El *segundo* –hizo una pausa-. En esta carrera, el *segundo* no se lleva nada.

Más silencio. Expresiones de sorpresa. *Pues yo habría jurado que era oro*, me pareció oír.

-Somos muy buenos. Pero tenemos que ser l*os mejores* –sentenció.

Luego llegó otro tipo parecido al anterior pero

con corbata verde y nos hizo visionar un montón de gráficas en la pantalla mientras soltaba una monserga sobre el éxito de nuestro producto. De pronto apagó el proyector, nos obsequió con una sonrisa de complicidad y dijo:

-Tengo que confesaros algo.

Yo soy el hijoputa que os ha reducido el bonus, pensé. La gente se miraba intrigada. El tipo se sentó en la esquina de una mesa y cruzó las piernas dejándonos ver uno de sus calcetines. Respiró hondo y dijo:

-Somos una empresa *muy odiada*.

Pausa. Dios mío, quién lo hubiera dicho. ¡Esto es el fin! ¡Con lo chachi que nos creíamos! ¡Estamos acabados, vamos de cabeza a la cola del paro!

-Aunque no lo creáis, nos odian -pausa-. *Nuestros competidores* nos odian a muerte. Nos odian porque donde nosotros hoy estamos, ellos *sueñan con llegar*. Y cuando ellos lleguen, nosotros ya no estaremos: porque *habremos llegado mucho más alto*.

Nos sonrió y arqueó las cejas. La gente aplaudía. Él se encaminó lentamente hacia el crepúsculo.

Sin duda seguíamos estando en el patio del colegio. Solo que algo había cambiado: los ingenieros, contratados porque corríamos más rápido, saltábamos más alto, leíamos libros enteros y contestábamos correctamente a todas las preguntas, callábamos y nos mirábamos. Ahora los que destacaban eran los gilipollas con sus pequeñas bolitas de mierda.

Ellos habían llegado alto, muy alto. Habían sorteado tiburones y tarántulas, habían matado al temible escorpión verde y habían conseguido hacerse con un buen trozo de la veta dorada. Solo que la empresa no se había dado cuenta de que aquello era pirita. Se lo había comprado a precio de oro y lo había pagado con nuestro bonus de Navidad.

Mientras abandonaba la sala de reuniones sentí algo grande, muy grande. No sabía exactamente lo que era, pero hasta la ultima de mis células me gritaba: *mal vamos, chaval.*

El blues del minuto

Hoy analizaremos otro método recurrente de escaqueo y ocultación de incompetencia utilizado por ese personal altamente cualificado con amplia experiencia en *[pon aquí lo que quieras]* y que al final resulta no saber hacer la O con un canuto, pero que se las apaña para sobrevivir con una técnica parecida al ataque del salchichón, pero a la inversa: la técnica del *¿tienes un minuto?* Minuto en el que siempre preguntan exactamente aquello que les pagan por saber. Veamos una historia basada en hechos reales.

Anuncio en el periódico: "Director de orquesta líder en el sector precisa de cuatro instrumentistas senior (bajo, guitarra, percusión, armónica) y un técnico de soporte, para proyecto de blues. Contrato hasta fin de obra. Salario acorde con la experiencia aportada".

El día de las entrevistas somos cinco seleccio-

nados en la sala de espera: un individuo calvorota con un piercing en una ceja y una camiseta de Andy Warhol, una chavala con mirada de lechuza que no para de chasquear los dedos solfeando un tres por cuatro, un menda con cresta de pollo que sostiene en sus manos un libro titulado *"un acercamiento progresivo a la teoría de escalas filostras desde la perspectiva clásica"*, y otro colega pelirrojo con una sudadera de *Johnny K. Rebusqued* con la portada de su LP *Petulantic Forlayos*, conocido mundialmente en su casa a la hora de comer. Y ahí estoy yo con mi guitarra semi-acústica semi-cascada pensando: *vaya, doce años tocando en grupos y ni se quién es el Rebusqued, ni entiendo de escalas filostras, ni sabía que hubiese blues a 3/4. Estos tíos deben de ser el no va más...*

Después de un buen rato aparece el director de orquesta, con su pajarita, su resplandeciente batuta y su sonrisa de bienvenida. Da unos golpecitos de batuta en la mesa y nos habla:

-Buenos días y, ante todo, gracias por su asistencia. Somos una orquesta líder en el sector y ne-

cesitamos jóvenes talentos para desarrollar este proyecto...

Total que nos suelta todo el rollo. Hay que grabar un blues que se va a presentar a un concurso. Lo ha compuesto gratuitamente un estudiante de música, como proyecto de fin de carrera. A cada uno le dan su partitura y se graba en un día, se cobra por horas y hasta luego Lucas. Todo lo que se grabe es propiedad de la orquesta, nosotros cedemos cualquier derecho. Si la pieza gana algún premio o genera cualquier tipo de beneficio, no nos llevamos nada. Lo de siempre.

Nos entrega la partitura completa para que nos familiaricemos con el proyecto. Las hojas van pasando de mano en mano. Todos sonríen, asienten maravillados, comentan cosas. Yo me quedo ahí preguntándome que quién coño es "la orquesta", porque si la orquesta es la que se lleva los beneficios y nosotros que somos los músicos no nos llevamos nada, sólo me queda el espabilado de la batuta.

Le echo un ojo a la partitura. Un blues en Do

mayor de un minuto de duración, bastante resultón, por supuesto a 4/4 y de doce compases. El chaval del PFC ha hecho un buen trabajo, lástima que no le vayan a pagar nada.

Al rato el batuta nos dice que le hablemos un poco de nuestra carrera profesional y nuestra impresión acerca del proyecto. Primero le toca al calvorota Warhol:

-Llevo ya seis años como guitarrista profesional, toco con una Ortopedic Copón X25 de traste dorado y amplificador Klander Marsh de respuesta plana, utilizo metodologías hindúes de calentamiento metacarpiano y creo que mi experiencia puede aportar gran valor al proyecto, que me parece de gran calidad -comenta el tío. La hostia.

La siguiente es la lechuza del 3/4:

-Yo estoy terminando un master en percusión por la prestigiosa escuela *Endiñaqui Billetonis for Star-Wannabes*, y estoy realizando una investigación sobre los valses de Strauss. Estoy segura de que mis influencias clásicas pueden aportar gran

valor a este proyecto.

Vaya, estudiar en profundidad a Strauss debe de ser apasionante, quien tuviera un kilito suelto y un año libre para matricularse en la escuela esa... lo que todavía no me explico es cómo se fusiona un vals, que va a 3/4 que yo sepa, con un blues a 4/4. Ya veo que me falta mucho por aprender.

Turno del cresta de pollo:

-Mi experiencia asciende a cuatro años como bajista profesional. Me interesan y practico todo tipo de estilos. En la actualidad estoy trabajando en las novedosas escalas filostras, y creo que mi trabajo puede aportar una nota de frescura y modernidad al proyecto, ya de por sí bastante interesante.

Le toca al de la sudadera del tal *Rebusqued*:

-Yo hace cinco años descubrí a Johnny K. Rebusqued y desde entonces no he dejado de tocar la armónica. Mi estilo actual está muy influenciado por esa obra maestra que es Petulantic Forlayos, y creo que puedo dar un toque Rebusqued al proyecto que aportará gran valor.

Nota mental: tengo que comprarme ese maldito LP.

Finalmente me toca a mí:

-Yo llevo doce años tocando en grupos, al principio empecé con la batería pero más tarde me decidí por la guitarra. Ahora toco en un grupo de blues con unos amigos, a veces hago de bajista y a ratos toco la armónica. El tema a grabar me parece bastante bueno, creo que con unos cuantos arreglos y un buen solo puede quedar muy bien. No tengo experiencia profesional pero espero que este proyecto me permita introducirme en el mundo de la música, así que aceptaría cualquiera de los roles que ofrecen pues me considero capacitado. He traído mi guitarra y mi armónica para hacer una pequeña demo si no le importa...

-Adelante, por favor -me dice el batuta.

Me siento bastante cohibido ante semejantes profesionales, pero me armo de valor y me coloco la sujeción de la armónica, afino un poco mejor la semi-acústica, me pongo el tubo de metal en el me-

ñique y me lanzo a por una versión rápida del *You shook me*. Me sale bastante bien la cosa, el ritmo bien marcado entre guitarra y armónica, intercalando frases agudas muy inspiradas y me improviso un solo más que decente. Acabo con una pentatónica rápida a la vez con la armónica y la guitarra que no creo que pueda volver a repetir.

El batuta me mira y cuando está a punto de decir algo habla el calvo:

-*No está mal*, aunque un poco de calentamiento hindú te hubiera ayudado, y además el sonido no tiene comparación con el de una Ortopedic Copón...

-Sí, y un *aroma de vals* le habría dado un toque clásico inigualable -añade lechuza.

-Ese solo bastante apañado, pero usando una escala cromática filostra habrías conseguido mucho mas feeling -dice pollo.

-Me ha recordado al *Oportunistic blues for a commercial movie*, segundo corte de la cara B de esa obra maestra, *Petulantic Forlayos*. En ese tema *sí que hay* buenos solos de armónica -termina el Rebusqued.

Vaya hombre. Y yo que pensaba que me había lucido. Esto de la música no va a ser lo mío, visto lo visto. El batuta nos agradece la asistencia y nos dice que la orquesta se pondrá en contacto con nosotros.

A la semana siguiente recibo una carta de la dichosa orquesta: *Estimado Sr. Fuckowski, nos es grato comunicarle que ha sido seleccionado para el puesto "técnico de soporte" en el proyecto "blues", cuya grabación se llevará a cabo el día 22 del presente mes...*

En fin, me pagarán bastante menos que a los músicos pero tendré la oportunidad de aprender mucho.

El día 22 llego media hora tarde al estudio de grabación porque la bici no me arrancaba. Batuta, Lechuza, Calvo, Pollo y Petulantic están allí. Me pongo a conectar cables y enchufar amplificadores como un loco, mientras el calvo está sentado en la postura del loto golpeándose rítmicamente la palma de una mano con los dedos de la otra, dando

de vez en cuando una palmada sobre su cabeza para después cambiar de mano y vuelta a empezar. El calentamiento hindú es de un rollito un poco gay, pero debe de ser la repera por la cara que pone el tío. Lechuza está solfeando un 3/4 con la mano izquierda mientras en la derecha sostiene una partitura de Strauss. Pollo está inmerso en su acercamiento progresivo a las escalas filostras y Petulantic lleva la misma sudadera y escucha algo en su iPod. ¿A que adivino lo que es?

Me pego tres horas de curro mientras los demás siguen a su rollo. Cableado listo, sonido probado, todos en sus puestos y las partituras repartidas. Cada uno con su instrumento afinado y con sus auriculares colocados. Batuta se va al piso de arriba, se mete en la sala de mezclas y nos habla por el micro:

-Muy bien señores, grabaremos por separado. Comenzaremos por la percusión. ¡GRABANDO!

Suena la claqueta que da el *un, dos, tres, y*... Lechuza se pone nerviosa y arranca con algo que bien podría ser *el Danubio Azul*. Se para y golpea fuerte

la caja como cabreada.

-No se preocupe, usted siga que luego cortaremos lo que no valga -dice batuta por el micro.

La chiquilla mueve las baquetas nerviosa, sin golpear la batería. Me mira y me dice:

-Soporte, *¿tienes un minuto?* Siéntate a la batería y dame un 4/4 *para coger el ritmo*, ¿te importa?

-*¿Ehh?* No, vale.

Me siento, miro a la partitura y empiezo a interpretar el blues. Me gusta como va sonando y la toco entera.

-ESTA HA VALIDO, VAMOS A POR EL BAJO -dice batuta por el micro.

La lechuza sonríe y se da el piro. Aquí ha habido un lamentable error. Suena la claqueta seguida de la batería que *yo* he grabado. El bajista ya está tocando un nosequécosa que no pega ni con cola, pero con los ojos cerrados y una cara de concentración y placer tal que si interpretara perfectamente a Paganini. De pronto se para.

-Wow, esto va a ser la hostia, a ver si lo encajo. ¡Para y dame otra vez la entrada en diez segundos!

Soporte, ¿tienes un minuto? Coge el bajo y márcate una base de blues *normalita* y yo decido que escala filostra se adapta mejor.

-¿Eh? Bueno, vale.

Dan la claqueta y me marco la base de blues mientras el pollo hace extraños dibujos en el aire con su dedo índice.

-¡VALE EL BAJO, VAMOS A LA GUITARRA! -se oye. El pollo saca un Malboro y se larga.

No, no, no. Espera. ¿Pero esto que coño es? ¿Pues no que estoy haciendo yo todo el curro? Voy directo a la escalera pero se oye la claqueta, empieza a sonar lo grabado y resulta que el de la Ortopedic Copón pone el acorde de Do, y la puñetera guitarrita suena de puta madre. Algo es algo. A la de cuatro compases, cuando el calvo tiene que cambiar a Fa sétima, pone los dedos en una posición rara y no suena nada. La hostia, ¡¡este tío no sabe poner un Fa!!

-Corta corta. Esto no va -dice el calvo-. Soporte, ¿Tienes un minuto? Este Fa no me convence, no va aquí ni con cola, ¿tú que dices?

-¿QUEEEEE? ¿Cómo que no va ni con cola? A

ver, si es un blues en Do, ¡¡tendrás que cambiar a Fa!! -le suelto, irritado.

-No necesariamente. Yo siempre he estado en contra de los acordes en Fa. De hecho creo que están sobrevalorados. El Fa ya ha tenido sus veinte minutos de fama y debe desaparecer.

-¿Pero tú alucinas? ¿¿Quieres quitarle una nota a la escala?? ¡¡DADME LA PUTA ENTRADA!!

Le arranco la Copón Bendito de las manos, suena la claqueta y toco el blues. Ya se lo que va a pasar, pero necesito demostrarme a mi mismo que el calvo Warhol está delirando o algo.

-¡¡VALE GUITARRA!! ARMONICA Y YA HEMOS TERMINADO...

Ya puestos, ¿por qué no? Ahora cuando salga el batuta me va a oír. Se va a enterar de lo que está pasando aquí. Estos parias van a ir a la puta calle y me van a pagar a mí todos los cheques. Vamos hombre. Me voy directo al Petulantic y le suelto:

-Mira compadre, antes de que me digas lo del minuto, ¿tu sabes tocar la puta armónica?

Me mira con la cara de terror de un mal viaje de tripi:

-Pueeeees, ¿¿¡¡no mucho!!??

-¡¡PUES ANDANDO A FUMARTE UN FORLAYO Y ME DAS LA ARMONIQUITA!!

Ipso facto. Dan la entrada. *Arresoplo* la armónica y me improviso el *blues del pito del sereno*.

-VALE ARMÓNICA. ¡BRAVO, BRAVÍSIMO!. ESTO SE TERMINÓ, MUCHAS GRACIAS. ENSEGUIDA ESTOY AHÍ -se oye cerrar el micro.

Cuando batuta baja la escalera a mí ya me sale humo de los cuernos.

-¡¡Esto es una mierda intolerable!! ¡¡Me he cargado yo TODO EL CURRO!! ¡¡QUIERO HASTA EL ULTIMO CÉNTIMO Y A ESTOS TIOS NI AGUA!!

-¿¿Cómo?? ¿¿Esta usted *cuestionando a mis músicos*?? -me pregunta batuta con cara de espanto. Claro, si se demuestra que se le han colado cuatro pardillos, queda como un gilipollas. Además el tío ya tiene su grabación y lo demás le da igual.

-¡Eso, eso! -dice Petulantic- ¡Que te crees tu que te vas a quedar con *mi* dinero!

-Pero coño, ¡¡Si lo he hecho yo todo!!

-Hala chaval, relájate que te crees muy listo -in-

terviene pollo-, que tú lo único que has hecho aquí es *dar soporte*.

-¿Pero que soporte ni que hostias? -miro al calvo- A ver, ¿no me has pedido que toque yo tu instrumento?

-Bueno sí chaval, pero sólo ha sido un minuto...

-¡¡Joder pues claro que ha sido un minuto!! ¡¡Como que no hacía falta más que eso para hacer tu trabajo, y te has pegado ahí tres horas mareando la perdiz con la mierda esa hindú!! ¡¡Y NO SABES PONER UN PUTO ACORDE FA!!

-Ya, pero eso es porque *yo no quiero*. Son acordes muy lentos.

-¿EHHH? Serán lentos hasta que aprendas a hacerlos bien, ¿no?

-Mira chaval, yo no pienso aprender esos acordes porque no me da la gana, ¿entiendes? Además sin saber poner Fa yo consigo muchos mas empleos que tú...

-Joder, ¡porque siempre tendrás a algún pringado como yo que te haga el trabajo!

Lechuza se une a la fiesta:

-A mi lo que me parece es que tú de compañe-

rismo y trabajo en equipo andas muy mal.

-¡Anda la hostia! ¿El trabajo en equipo es hacer el trabajo *de todo el equipo*?

La termina de rematar el batuta:

-Parece usted un niño llorando porque no le dan algún caprichito.

Los demás se envalentonaron y ya me dieron la del pulpo:

-Es que éstos técnicos de soporte son todos *artistas frustrados*.

-Sí, que lo ha hecho todo él, dice.. ¡se creerá Mike Oldfield!

-Claro, no tienen estudios superiores, y pasa lo que pasa, que van por ahí creyendo que lo saben todo...

Su puta madre. Me siento impotente, como si me hundiese en un mar de mierda. Como no me espabile me la cuelan por la escuadra.

-A ver, solo pido una cosa. Dale a la batuta y a la de tres, que interpreten de nuevo la pieza. Todos a la vez. Si suena igual, cada uno se lleva su cheque y santas pascuas.

-Bien, démosle el caprichito al niño antes de

que le de la pataleta.

El batuta levanta la ídem. Y una, y dos, y tres…

Aquello sonó mas o menos como si a un cerdo le estuvieran quemando los cojones con un soplete. Durante un interminable minuto todo fue agonía y lamento y depresión y suicidio y gritos del cerdo castrado a fuego. Luego se hizo el silencio.

Batuta me miró y me espetó:

-Pues no, no ha sonado igual, ¡ha sonado mil veces mejor! ¡Una lástima que no estuviésemos grabando! Tendremos que conformarnos con la grabación anterior…

Pues nada, que me fui de allí con mi cheque de cien euros. Ahora llevo una mancha en mi expediente, pero al menos me quedé a gusto. Y además he salido en los periódicos:

LA VOZ DE CALATAYUD

EL PRESTIGIOSO DIRECTOR DE ORQUESTA ROBERTO GRACIA SE PRESENTA EN URGENCIAS CON

UNA BATUTA INCRUSTADA EN EL RECTO

Se necesita intervención quirúrgica con sesenta puntos de sutura.

"Ha sido un técnico de soporte" -repetía-, "todo sucedió en apenas un minuto".

La crisis de los huevos

1

Sucedió un lunes. Estaba hecho polvo. El fin de semana había sido corto: el sábado había tenido que ocuparme de unas "pequeñas incidencias" en el proyecto Porsche. *Refactorizaciones*, capas de pintura y apretones de tuercas hasta las tres de la mañana. Ahora ya era el proyecto Parche.

Era tarde. Como quería irme a dormir, las incidencias más surrealistas las resumí en un documento llamado "Posibles mejoras para la siguiente versión", que posteriormente fue renombrado por mi manager a "Proyecto Porsche v2.1.0, análisis funcional y técnico" y subcontratado a un equipo de desarrollo en la India por mil euros. Realmente nunca íbamos a salir de la mierda.

Me fui a casa tan preocupado por descansar que no pegué un puto ojo. Me molestaban las luces de los enchufes y tuve que taparlas todas. Luego era el

tic-tac del reloj de la cocina. Le quité las pilas y cogí una cerveza de la nevera. Volví a mi cama, encendí el televisor y Chuck Norris intentó venderme un *abdominaizer*. El tío había llegado lejos por los cojones.

Me dormí cuatro cervezas después y no soñé con nada. Desperté el domingo a las ocho de la tarde y no es que me encontrase mucho más descansado, así que me quedé tumbado viendo películas. Me puse "1984", "Abre los ojos", y para terminar "2001: Una odisea espacial". Luego me quedé mirando al techo, y cuando ya empezaba a conciliar el sueño, sonó el despertador. Era lunes.

Llegué al trabajo y revisé el correo. La empresa me daba las gracias por el esfuerzo suplementario en el proyecto Parche y me informaba de que la siguiente versión iba a ser subcontratada. Me asignaban como desarrollador jefe del proyecto WorkMatrix, una herramienta interna diseñada para agilizar el trabajo en la compañía. Vamos, otro workflow. A las doce se presentaba el proto-

tipo. Mi manager había estado "trabajando" en ello los últimos dos meses. Me iba a cagar.

No había nada más difuso, inútil, borroso y sangrante que un proyecto interno. Era una especie de orgía en la que participaba toda la empresa y a mí siempre me daban por el culo. Pasaba como en el chiste: faltaba organización.

Para matar el tiempo y no desmayarme me tomé tres cafés. Por fin dieron las doce y me fui a la presentación. Estaban todos sentados alrededor de la mesa de juntas, en el centro había una caja negra con letras doradas: WorkMatrix. La gran pantalla de plasma en la pared presentaba una diapositiva con el logo de la compañía sobre fondo azul, y una foto con gente sonriente. Nos condicionaban desde el principio.

Mi manager estaba allí de pie con su corbata torcida, su sonrisa, y su escoba bien ajustada. Mostraba amplias manchas de sudor en los sobacos y la enorme barriga le deformaba la camisa, que se abría y dejaba ver un ombligo peludo. El tío de verdad que era un poema.

-¿Falta mucho para que empiece la orgí... la presentación? -le pregunté.

-Estamos esperando a Ivon.

Ah, Ivon, Ivon. Jefa del departamento de consultoría. Supercorporativa que te cagas, o sea. Trajes de pantalón negro, tacones, siempre con sus prisas y su aire de importancia, como si todo el orden mundial dependiese de ella. Siempre parecía andar muy tensionada. Yo creía que follaba poco.

Ivon tenía algo que la situaba muy por encima del resto de los mortales: había hecho un master en EEUU. Siempre hablaba de su master en EEUU. Por lo visto hasta entonces había sido como los demás: instituto, universidad, libros, fotocopias, tiza. Incluso había echado algún que otro polvo. Pero luego se había ido a América seis meses y allí le habían revelado oscuros secretos celosamente custodiados por los caballeros de la orden del temple, que con el tiempo se habían hecho auditores. Y por lo que se ve, también la habían intervenido quirúrgicamente y le habían cambiado el chocho por uno nuevo, que era de oro.

Ella me odiaba. A mí me importaba una mierda.

Total que apareció Ivon con sus prisas y su chocho de oro y su PDA con mil funciones que nunca utilizaría. Tomó asiento, miró a mi manager y asintió solemne, como dándole permiso para comenzar. Él pulsó un botón en el mando a distancia y las luces bajaron de intensidad. Se hizo el silencio.

-Buenos días y bienvenidos a la presentación del prototipo WorkMatrix, una herramienta que agilizará nuestro trabajo, nos ahorrará costes y añadirá valor a nuestros proyectos mediante la automatización de...

De pronto me recordó a Chuck Norris. Siguió allí masturbándose largo rato y al final dijo:

-Y sin más dilación, permítanme presentarles la herramienta.

Marcó la combinación de la caja negra y retiró el cierre, que centelleó bajo los focos. Hizo una pausa y finalmente abrió la caja.

2

Allí dentro había un cartón de huevos. De cua-

tro por cuatro. En total dieciséis huevos. Yo me sentía confuso y el primer huevo de cada fila estaba pintado en azul. Ivon tomaba notas en su PDA. Los demás sonreían y asentían, complacidos. Yo no lo entendía.

Si alguien vio allí un simple cartón de huevos probablemente pensó que era culpa suya por no haber cursado estudios de postgrado y se tragó la mierda. Yo ni siquiera había entregado el PFC pero no me iban a dar huevo por liebre. El sentido común no te lo implantan en EEUU.

El gordo empezó a explicar las maravillas del cartón de huevos.

-Nuestros proyectos se componen de cuatro fases bien diferenciadas: análisis de requerimientos, diseño, implementación y pruebas. Hasta ahora no hemos tenido un *soporte persistente* para estos estados. WorkMatrix es la solución. ¿Ven este componente azul? Es un *indicador* o *puntero*.

El gordo o era un cínico o le faltaba un tornillo. Pintaba un huevo de azul, le llamaba *puntero* y se quedaba tan ancho. Siguió hablando:

-Cada vez que comencemos un proyecto, el *pun-*

tero será situado en la primera columna de la *matriz de trabajo*.

Tócate los cojones, Manolo.

-Cada vez que finaliza una fase, si el puntero está situado en la columna X, el jefe de proyecto intercambiará el puntero por el componente de la columna X+1.

Ivon, que había hecho un master en EEUU, preguntó:

-¿Recibiremos notificaciones de los cambios de estado?

-El prototipo aún no contempla la opción, aunque está diseñado para soportarla. En la *primera release* incorporará un *agente de polling* que comprobará periódicamente el *status* de la matriz y se encargará de notificar a los subscriptores.

Yo ya me veía yendo cada hora al CPD a ver como estaban los huevos y luego oficina por oficina: "Buenos días, soy su agente de polling y vengo a notificarle que se le ha movido un huevo". Mi madre podía estar orgullosa.

Un jefe de proyecto preguntó:

-¿Es el sistema tolerante a fallos? ¿Realiza co-

pias de seguridad?

-En la siguiente release el sistema creará *snapshots* periódicas del status en soporte digital y podrá hacer un *rollback* en caso de fallo.

Cada vez estaba más alucinado. ¿A que compraban una cámara digital? Además de *polling* tendría que hacer fotos.

-Si no me equivoco WorkMatrix puede manejar hasta cuatro proyectos en paralelo. ¿Cierto? -dijo Ivon.

Ivon sabía contar huevos. Lo había aprendido en un master en EEUU.

-Efectivamente Ivon, buena observación -dijo el gordo sudoroso-, cuatro ha sido la cota superior resultado del *análisis de concurrencia*.

Yo creo que se lo pasaban bien.

-Pero, si no me equivoco, el sistema reducirá costes y dejará recursos libres, así que probablemente podamos mejorar esa cota.

-Sin lugar a dudas, Ivon. En la siguiente *release* el sistema se *escalará* según necesidades de explotación.

Qué cachondeo. Yo quería participar, así que

pregunté:

-¿Y no podíais haber dejado sólo el puntero en cada fila, y simplemente haberlo cambiado de casilla? Nos habríamos ahorrado doce componentes por cada matriz de trabajo.

-Por supuesto que se contempló la opción, pero hemos optado por este modelo por motivos de *robustez* y *coherencia*.

Ciertas chorradas simplemente no se podían rebatir. Eso no me gustaba. Empezaba a sentirme mareado. Tenía ojeras.

Un lerdo-programador preguntó:

-¿Qué pasa con la fase de revisión?

Al tío le preocupaba porque ahí era donde se salvaba su culo.

-Lo cierto es que en el *feedback* inicial no se habló de fase de revisión.

Normal. Porque a mí no me preguntaron. Estaba ocupado revisando.

-Pero el sistema es *customizable* -siguió el manager-, así que podemos añadir la fase a la matriz. De hecho se me ocurre que...

Sacó del bolsillo una pluma y le pintó una X al

huevo puntero. Luego se dirigió a la audiencia.

-El *flag* indicador de revisión se hallará inicialmente *deshabilitado* y quedará en la parte *privada* del componente -le dio la vuelta al huevo azul dejando la X oculta-. Cuando el puntero salte a la casilla X=4, nuestro jefe de proyecto *habilitará el flag de revisión*.

Volvió a darle la vuelta al huevo puntero dejando al descubierto la X. Se oyeron *ohhs* y *ahhhs*. Ivon sonrió y siguió tomando notas en la PDA. El gordo dijo:

-Trucos rápidos -se golpeó dos veces la sien con el índice-, ésta es la clave del mercado del software.

Vamos, un genio que era el tío. Aquello era muy frustrante. Uno se devanaba los sesos con metacompiladores y luego un gordo sudoroso le ponía una X a un huevo y se llevaba toda la gloria. Por joderle un poco le dije:

-¿Por qué no pintas indicadores en los cuatro componentes? Así podremos codificar el status en binario según la posición de cada indicador, resultando dos elevado a cuatro combinaciones, o sea dieciséis estados posibles...

-No, añadiría demasiada complejidad al sistema -dijo el gordo-. La simplicidad es nuestra piedra angular. Además aquí no se trata de reinventar la rueda.

Matar. Quería matar a ese hijoputa. A sangre fría, con mis propias manos, lentamente. Verle sufrir. Llorar. Implorar.

-Sí -dijo Ivon-, no todos tenemos por qué saber binario. Si algo aprendí en EEUU es a tener en cuenta la perspectiva del usuario. La clave del éxito está en la *usabilidad*.

Algo se estaba derrumbando en mi interior.

-Es que estos informáticos lo ven todo desde el punto de vista de los informáticos. Es su problema: son demasiado estrechos de miras -concluyó el gordo.

Evidentemente algo se había podrido en el sector informático. Veinte capullos con PDA´s se podían reunir alrededor de una caja de huevos y hacerte sentir como un gilipollas.

El sudoroso pulsó otro botón del mando y la gran pantalla mostró la siguiente diapositiva:

Prototipo WorkMatrix. Retos futuros.

Cuidado. Ahora venía la apoteosis de la orgía. Ya todos se habían manoseado y rechupeteado convenientemente. Estaban cachondos. Iban a por mi esfínter.

Escalabilidad.
Transaccionalidad.
Sistema de polling.
Tolerancia a fallos.
Copias de seguridad.
Mensajería instantánea.

La diapositiva fue comentada por el gordo:

-WorkMatrix será completamente funcional en la próxima *release*, a tiempo para comenzar el nuevo año fiscal en un entorno centralizado y automatizado. La siguiente fase dará comienzo con carácter inmediato, y contará con el señor Fuckowski como desarrollador...

Todos al suelo. Avalancha de mierda.

3

El caso es que a mí el circo me parecía muy bien. Eso de reunirse todos con sus flamantes sonrisas y sus escobas y sus PDA´s, y chuparse y manosearse, y jugar al despiste, a la demagogia, a los líderes del sector, a los triunfadores emprendedores de actitud positiva... Espléndido, de verdad que sí. A poner la mano a fin de mes y a vivir la vida. Olé sus huevos, y sus masters y sus dotes de mando y sus loquefueran; yo sólo era un desarrollador indocumentado cuyo absurdo objetivo en la vida era llegar al punto de alienación cero. Ellos eran todo un modelo de negocio y yo un simple recurso humano.

Pero la gran ecuación de su modelo de negocio tenía un "pequeño" inconveniente: generaba un resto. De mierda. Mierda en grandes cantidades. Y toda la jerarquía, las estructuras internas, los contratos y los canales de comunicación formaban una gran red de alcantarillas que inexorablemente canalizaba hasta la última gota de mierda a mi mesa. Además la red tenía una doble función: también canalizaba hasta el último euro de beneficios a sus

salarios. Sublime. Sabían construir semejante monstruo y luego no tenían cojones de hacer un miserable workflow. Debía ser una especie de sabiduría hereditaria, instintiva, como la de las termitas o las ratas.

¿Qué había hecho yo? ¿Era mi karma? En tal caso yo en otra vida había el mismísimo Keops y ahora estaba pagando por los cien mil esclavos. Aquello no podía seguir así, tenía que hacer algo. Pensé en irme a vivir a la India y pasarme el día meditando. Pero no, al final tendría que buscar trabajo y seguro que me acababa comiendo el Porsche v2.1.0.

-¿Alguna cuestión, señor Fuckowski? -el gordo me sacó de mis elucubraciones.

-Pues si. Faltan sólo cuatro semanas para el nuevo año fiscal. Cuatro semanas son a todas luces insuficientes, teniendo en cuenta que hay que empezar de cero. Me gustaría...

Todos me miraron sorprendidos. Yo, por alguna razón, me quedé en blanco.

-¿Empezar de cero? Usted es un experto en programación orientada a objetos, señor Fuckowski,

¿nos está diciendo que no va a ser capaz de *reutilizar* estos componentes?

No tenía fuerzas. No había dormido y había abusado del café. Era demasiada presión. Sólo pude decir:

-¿Componentes? Pero… ¿¿Vosotros que veis aquí??

Me miraban de forma extraña. Me pitaban los oídos. El tiempo parecía haberse parado. Todo era amenazante. Me vino a la cabeza un pasaje de 1984: *¿Cuántos dedos ves aquí, Winston? ¿Cuatro? ¿Y si el partido dice que son cinco…?*

Ellos dijeron:

-WorkMatrix.

Y, finalmente, noté como algo en mi interior se rompía. Probablemente fuera el esfínter.

-Tengo que salir un momento. Disculpen. -dije.

Me levanté y anduve hasta la puerta, en la que estrellé mi nariz. Luego la abrí y salí al pasillo. Me apoyé en el depósito de agua. Estaba hiperventilando. Sudaba. Sentía pánico. Corrí al cuarto de baño, abrí el grifo del lavabo y metí la cabeza debajo. Cuando la levanté, vi mi imagen reflejada en

el espejo. Me había convertido en un monstruo deforme. Me acordé de "Abre los ojos" y grité: ¡¡¡QUE ALGUIEN ME DIGA LA VERDAD, JODER!!!

Caí hacia atrás y me golpeé la cabeza. Entonces comprendí la verdad. Yo era un monstruo. Un monstruo defectuoso, envidioso y resentido. Quería ver huevos donde había un WorkMatrix, porque quería sentir desprecio por ellos. Yo estaba enamorado de Ivon y por eso prefería pensar que follaba poco. Por celos. Yo quería haber estado a su altura, quería haber ido a EEUU a que me pusieran una polla de oro.

4

Decidí salir a tomar el aire y digerir mi nueva realidad. Ahora todo iba a ser más fácil. Me situé frente a la puerta del ascensor. Podía ver mi imagen borrosa reflejada en ella. Corbata, camisa blanca, tarjeta de identificación. Si no fuese por la abundante sangre en mi camisa parecería un feliz Minglanillas.

El ascensor se abrió ante mí. Dentro iban un electricista y una limpiadora. Me miraron con los ojos como platos. Ella tenía una escoba en la mano, no metida por el culo. Así era mejor. El electricista se dirigió a mí.

-Vaya, ¿Cuál es tu problema?

-Me sobran huevos.

Se rieron. La limpiadora le dijo al electricista:

-A que no sabes lo que he visto hace cinco minutos. Un montón de capullos aplaudiendo alrededor de un cartón de huevos.

-¡Irían a hacer una tortilla! -dijo él, y se rieron a carcajadas.

Tuve un orgasmo espiritual. Qué simple. Qué fácil. Los huevos son huevos. Dios, qué personas tan bellas. Esas risas sonaban a risas de verdad. Ellos eran de verdad. Comían, se reían, cagaban. Estoy seguro de que Ivon no cagaba nunca.

En mi cabeza comenzó a sonar *"Así habló Zaratustra"*. Brillantes y poderosas trompetas. Por detrás del horizonte asomaba lentamente un huevo. Brillaba como el sol. Yo estaba dentro, renaciendo.

El ascensor llegó a la primera planta y se abrieron las puertas. Quería abrazar a esas personas, besarlas, fundirme con ellas. El electricista tenía barba y me daba grima, así que me arrodillé, cogí la mano de la limpiadora, la besé, extendí mi mano libre hacia la puerta y dije:

-Después de usted, milady.

Se rió y salio. El electricista me miro raro. Dije:

-Milord...

Salió también. Las puertas se cerraron. El eco de sus risas aún resonaba en mis oídos. Esa era la diferencia. Ellos se reían. Yo ya sabía lo que hacer. Subí a la segunda planta. Iba a volver a mi pesadilla, pero renacido.

Crucé el pasillo pero no entré a la reunión. Fui directo a mi mesa, abrí el procesador de textos, y escribí:

Fuckowski. Memorias de un ingeniero.

Workflow de una tormenta de mierda

"Plantad la semilla de la avaricia en la infértil tierra de la estupidez y obtendréis la bella flor de la mierda"

Todo comienza con el delirio de grandeza de algún enano mental que siempre envidió todo aquello que no se merecía. Tal vez un complejo de inferioridad crónico, tal vez haber vivido a la sombra de un hermano mayor al que todo le fue bien, quizás una novia que lo dejó por un pijo flamante, o puede que demasiada televisión. El caso es que llega un fatídico día en que nuestro enano mental, con mucho esfuerzo, obtiene una licenciatura. Ese atardecer se sube a una loma, diploma en mano, el rojo crepúsculo a sus espaldas, levanta la vista y clama al cielo: "¡¡A dios pongo por testigo de que algún día seré alguien!!... ¡¡A dios pongo por testigo de que algún día daré conferencias!!... ¡¡A dios pongo por testigo de que algún día tendré un armario lleno de trajes de Armani!!... ¡¡A dios pongo

por testigo de que algún día, tomaré café con un presidente!!"

Entonces se produce el milagro de la metamorfosis, pero al revés. En este caso muere una frágil mariposa y nace un capullo. Demos la bienvenida a *Señor Don Capullo*, visionario, emprendedor, director. Una corbata, un poco de fijador, un maletín negro con cierre dorado, una escoba por el culo. Se acaba de crear un desequilibrio en el sistema: el alter ego Don Capullo comprará cosas que enano mental no podrá pagar. Y hasta que alguien se de cuenta, se crearán deudas. Deudas que *los de siempre* tendremos que saldar.

Don Capullo es un tipo muy culto. Ha leído esa gran obra maestra de la literatura universal, "¿Quién se ha llevado mi queso?". Le costó algún tiempo, pero entendió el mensaje: *maricón el último*. Don Capullo desea el queso. ¿Donde está ahora el queso? En Internet. La semilla en forma de modelo de negocio ha sido plantada dentro del maletín negro; la flor de la mierda no se hará esperar. Ha nacido *Smoke Solutions*. ¡Que empiece

la función!

Lo siguiente es montar el escenario. Se alquila alguna jaula barata en cualquier zoológico tecnológico y se registra un dominio con gancho, algo que sugiera crecimiento, valor, futuro, en definitiva "ahora somos pequeños pero en breve duplicaremos su inversión". Se recomienda darle un toque imperial (Roma, quizá Egipto) que sugiera grandeza cultural, y una pincelada anglosajona que sugiera nueva tecnología. *Entelequisys, Intelectis, Sinergius, Keopsolutions, Evolucius, Netsupreme*... las combinaciones son infinitas.

Ahora se necesitan los actores. El actor ideal es aquel que realmente se cree su papel. Los pollitos recién salidos del cascarón y los cuervos viejos y enfermos son los perfiles ideales. Don Capullo se rodeará de adeptos y les contará su verdad: "Yo soy el hijo del futuro, yo he visto la luz del mañana. Aquel que crea en mí hallará la vida eterna. Pero habréis de tener fe y nunca sucumbir a la tentación". O sea, que mientras nos creamos el cuento

tendremos un empleo para toda la vida (ja, ja) y si alguien alguna vez afirma "este tío no es mas que un enano mental y un farsante" le quemaremos en la hoguera. Es el demonio que se nos aparece en forma de programador listillo. Es el ángel caído, que quería llegar más alto que dios.

La historia nos muestra lo efectivo de estas estructuras basadas en el "se cambia pan y consuelo por fe ciega". Alguna va durando ya sus dos mil años.

Llega el día del gran estreno. Ya todos se saben sus papeles, que se repartieron en forma de Power Point, y les encantan. Aquel que compró el switch es el *experto en redes inteligentes*, el que arrancó el servidor el *experto en desplegado de proyectos distribuidos*, el que puso la "s" detrás del "http" nuestro *experto en seguridad de la información*, el que incluyó "encoding=UTF-8" en el XML nuestro *experto en internacionalización*, y el que escribió el JSP de mil líneas sin un solo include o usebean, nuestro *Java Gurú*.

Nervios. Se levanta en telón. El público, los po-

sibles inversores, abarrota la sala. Se apagan las luces, se enciende el proyector. F5, *ver presentación*.

Durante dos horas damos un paseo por el mañana. Automatización, inteligencia artificial, naves espaciales. Teléfonos móviles con videoconferencia holográfica en 3D. Teletransportadores dimensionales.

Le posicionaremos en el futuro. Le acercaremos a sus clientes. Le alejaremos de sus competidores. Mas aún, ¡desintegraremos a sus competidores! ¡Le meteremos en la cama de sus clientes! ¡¡¡Duplicaremos, triplicaremos, MILLONIFICAREMOS SU INVERSION!!! ¿HASTA DONDE QUIERE LLEGAR?

Fin de la función. Aplausos, lágrimas de emoción. Algunos inversores ya se frotan las manos. Se rumorea que viene de incógnito el asesor financiero de un presidente que quiere invertir parte de los fondos públicos en mejorar la calidad vida de

su país, tan sólo a cambio de un paquete de acciones a nombre de su cuñado que desviará el cinco por ciento de la inversión a manos amigas en el mismo instante de la salida a bolsa (a nadie le amarga una isla en el caribe; son las pequeñas ventajillas de sacrificar altruistamente la vida de uno en pos del bienestar del pueblo).

Rueda de preguntas. ¿De que color serán las naves espaciales? Platino con vetas doradas. ¿Que alcance tendrán los teletransportadores? De una punta a la otra del planeta en un nanosegundo combinando supercuerdas y agujeros de gusano. ¿Que autonomía tendrán los móviles holográficos? Ilimitada gracias a la fusión fría. *¿Y cómo van ustedes a hacer todo esto?* pregunta alguien. Incómodo silencio. Los pollitos y los cuervos miran a Don Capullo, que se pone en pie con su mejor sonrisa de autocomplacencia y les habla de las sinergias, las convergencias, David y Goliath, las pirámides, Apple y el garaje de Steve Jobs, Yahoo y la furgoneta de Jerry Yang y David Filo.

-La semilla está ahí -señala al maletín negro-, sólo necesita ser regada.

Pues nada, como el que no quiere la cosa ya tenemos cincuenta milloncitos de euros en una cuenta en las islas Caimán. Ahora hay que agudizar el ingenio y empezar a trincar. Cada pellizco al saco hay que justificarlo, así que echémosle imaginación. El primer canal de apropiación de fondos es el salario (ya me dirán ustedes si 8000 euros netos al mes no es un salario excesivo para una simple escoba engominada) . Pero al salario se acostumbra uno pronto, que el mantenimiento del mercedes es costoso y los chalets en la sierra no los regalan. Hay que trincar más y mejor.

Aquí se usa el sencillo método del "donete egipcio". Saca uno los donetes (esos cincuenta milloncitos) y le salen amigos por todas partes. Un amigo que nos hace un software, otro que nos vende unos equipos, otro que nos decora las oficinas. Luego se pone uno en postura egipcia y con la mano de arriba le acaricia el lomo al nuevo amigo mientras que con la de abajo trinca uno la comisión en negro. Si las comisiones se quedan cortas también puede uno comprarse directamente a sí mismo mediante empresas fantasma a nombre del primo

Eustaquio. Ejemplos prácticos: *proyecto de decoración de oficina* (un cuadro y dos macetas), doce mil euros. *Sistema de CRM* (una base de datos en *Access* hecha en una hora) cien mil euros. Suma y sigue.

Durante un tiempo la vida es maravillosa. Se dan conferencias, se lucen trajes de Armani, se toma uno algún café con el presidente. Escapadas a la sierra, al caribe, paseos en descapotable. *Ahí va un triunfador*. Pero los donetes no se multiplican.

Un día, a alguien le pica el bolsillo y pregunta: *¿Dónde están mis minolles?*. Se empieza a tirar del hilo y se llega al ovillo: el maletín. *Enseñe usted sus cartas, Señor Don Capullo. Abra el maletín*.

Don Capullo convoca una macro reunión. Empleados, asesores, directivos, inversores. No falta ni el primo Eustaquio. Se va a destapar la caja de Pandora. Don Capullo sube al estrado, coloca el maletín frente a un ventilador bien grande, marca la combinación, y abre.

Todos de mierda hasta las cejas. Ruedan cabezas, llueven sanciones, denuncias. Los peor parados son los pollitos, pues se les acaba el sueño del experto-en-derivación-de-forlayos. En la próxima empresa habrá que bajarse del burro, aprender a picar y sudar tinta. Algunos nunca lo superan.

Una vez desmontado el chiringuito y pasada la tormenta, hay que recuperar la pasta. Don Capullo se aferra al "Santa Rita Rita, toda inversión es un riesgo", y se lanza de nuevo a la búsqueda del queso, quizá en la patente de genes. Así que lo de siempre. Se informa a la prensa del clásico "HAY CRISIS EN EL SECTOR", "LA ECONOMIA ENTRA EN CICLO RECESIVO", "ETAPA DE DESCONFIANZA", etc. Que el inversor era un banco: baja los salarios a sus empleados y sube los intereses a sus clientes. Que era una telefónica: baja los salarios y sube los precios por llamada. Nos jodemos los de siempre con el chantaje de siempre: o nos apretamos el cinturón o se cierra la empresa.

Hay un caso extremo: cuando se trata de los fondos públicos de un país y el trinque ha sido a

gran escala, la flor de la mierda es regada en abundancia y finalmente da sus frutos: las cacerolas.

María

La recuerdo perfectamente, porque me dolía. Me dolía en el alma. Tendríamos unos ocho o nueve años, calculo. Yo era un niño tranquilo al que todos trataban bien. Ella era una niña feliz, pero yo intuía, por lo poco que sabía del mundo, que estaba destinada a sufrir. Aquello me mataba por dentro; la observaba y siempre me entristecía.

María era la personificación de la inocencia. No se podía adivinar si era guapa; su cara se ocultaba tras unas enormes gafas con un parche en uno de los cristales, y su gran sonrisa dejaba ver una dentadura mellada que le rompía el rostro. Sus andares eran torpes, despreocupados. Las demás niñas empezaban a preocuparse por su aspecto, jugaban a ser presumidas y arrogantes, se unían en grupos de los que María siempre estuvo excluida. Ella no parecía darse cuenta.

Siempre la recogía su madre a la salida del colegio. Era una señora de semblante serio, y a juzgar

por sus arrugas la vida parecía haberle pasado la factura. Mientras llegaba la hora de la salida los padres de los demás niños charlaban entre ellos, hablaban de las notas de sus hijos, de los listos que eran, de lo lejos que iban a llegar. La madre de María siempre guardaba silencio. Cuando salía su hija la besaba con ternura, la cogía de la mano y echaban a andar. Yo me quedaba mirándolas. Suponía que el padre de María había muerto y que ella en el mundo sólo tenía a su madre. Deseaba con todas mis fuerzas que a aquella señora nunca le pasase nada; sentía que María sin su madre estaba destinada a la más horrible de las soledades, algo peor que la muerte. Sólo imaginarlo me desgarraba por dentro.

Yo no le quitaba el ojo de encima. Era una niña muy frágil; a veces jugando en el recreo tropezaba y caía al suelo, y se ponía a llorar desconsoladamente llamando a su madre. Yo me acercaba a ella y me quedaba mirándola, sin saber qué hacer, hasta que llegaba algún profesor.

Recuerdo una vez que nos dejaron solos en clase de manualidades. Uno de los niños se acercó a María y le quitó su cuaderno de dibujo. Ella se limitó a mirarle sonriente; él empezó a pasar páginas y a reír con ganas. María no alcanzaba a entender que se estaba riendo de ella. Otros niños se acercaron, y el cuaderno fue pasando de mano en mano. María empezó a comprender: su eterna sonrisa comenzó a desdibujarse de su rostro y una mirada triste e interrogante asomó detrás de sus enormes gafas. Yo sentía que estaban violando su inocencia; fui corriendo hasta su mesa y me hice con el cuaderno. Pasé unas cuantas páginas llenas de mariposas, nubes, arco iris, perros, gatos, pequeñas poesías muy tiernas e infantiles. Los demás niños reían a carcajadas y me gritaban que siguiera con el juego. Yo cerré aquel cuaderno y se lo devolví a María.

Como era de esperar, los otros niños se rieron de mí. *Estás enamorado de ella*, gritaban. Yo no sabía qué hacer. Me encontraba entre dos mundos enfrentados: uno como yo quería que fuese, el otro como siempre había sido y siempre iba a ser. Traté

de escaparme de la situación conservando la dignidad. Miré al improvisado corrillo de niños y dije: *¡anda ya, con lo fea que es!*

En la última palabra se me quebró la voz y empecé a notar que algo se descomponía en mi interior. Salí corriendo de la clase, entré al cuarto de baño y vomité hasta el alma. Creo que fue una especie de reacción alérgica a la mezquindad: abrazado al váter vomité con ganas intentado expulsarla de mí para siempre. Me sequé las lágrimas y salí del servicio dejando atrás una dignidad estúpida y cruel.

Volví a mi mesa deseando que María no me hubiera oído. Nunca supe si me oyó o no, pero ella siguió sonriendo. Jamás he vuelto a traicionar a nadie.

El año pasado, una mañana lluviosa de navidad, iba paseando sin rumbo con mi perro cuando me crucé con dos mujeres. Una era alta, muy atractiva, con vaqueros ceñidos y larga melena. A la otra la reconocí al instante por su semblante serio. A pesar de su avanzada edad, se notaba que aún iba

a vivir largos años.

Con María sólo me crucé una mirada fugaz. No me reconoció, y yo no me atreví a decirle nada. Pasé de largo, pero no pude evitar preguntarme qué habría pensado al mirarme a los ojos. Quizás me tomó por otro de tantos hombres crueles y estúpidos.

La vida me ha puesto a prueba muchas veces, pero siempre he conseguido sacar fuerzas de flaqueza y seguir adelante. Porque sé que si consigo conservar mis valores y no caer en la mezquindad, en alguna parte María seguirá sonriendo.

Bailando con ratas

1

Mi cuerpo y mi mente estaban encerrados en mi cubículo documentando una arquitectura Java que había creado, en ratos perdidos entre parche y parche, para intentar no perder más ratos parcheando. Mi espíritu lloraba por salir de allí, e ir hacia el este a contemplar los anillos de humo entre los árboles.

And it makes me wonder...

Pero siempre que me ponía Stairway to heaven en el mp3 había algún indeseable deseando joderme la parte del solo. Esta vez fue Roberto, la rata. Me golpeó en el hombro, me giré, y me encontré con su plástica sonrisa autosuficiente. Me quité los auriculares.

-¡Fuckowski! ¡Que te está sonando el teléfono!

-Eh... gracias.

Cogí la llamada. Era la secretaria, para informarme de que mi mentor (ese individuo cuyo trabajo consistía en pintar la mierda de rosa) quería hablar conmigo.

-Vale, subo en cinco minutos.

Colgué. La rata me habló:

-¿Vas a *erre hache*? -le gustaba hablar con siglas. Así si alguien le preguntaba qué era *erre hache*, podía darse el gusto de gritarle *¡Pues Recursos Humanos, hombre!* y reír a carcajadas y alimentar un poco sus delirios de superioridad intelectual. En realidad el concepto no importaba, sólo saberse las siglas. Él pensaba que inteligencia y memoria eran lo mismo. Como todos los tontos.

Si tenías que hacer un juicio rápido sobre alguien con quien ibas a tener que trabajar, podías aplicar una sencilla regla: a más siglas, más incompetente.

-Sí, en cuanto suba esto al servidor -le dije.

-Vale, voy contigo.

Yo le llamaba la rata por dos razones. Una, por su nariz respingona y esos dos dientes de roedor

sobresaliendo de su insufrible sonrisa. La otra, por su actitud. Era de esos que, en el retorcido laberinto de la sociedad de consumo, vivían tan a gusto en algún agujero infecto que decoraban con pedacitos de sus propios excrementos, y cada día a la misma hora salían a buscar desperdicios, los clasificaban y ordenaban meticulosamente, y los atesoraban en sus oscuras madrigueras.

Había muchas personas rata. A la mínima oportunidad aprovechaban para contarte con todo detalle cómo ellos siempre eran los primeros en encontrar desperdicios, cómo se quedaban con los mejores pedazos, cómo se sabían cada atajo y cada resquicio del sistema. También acostumbraban a hablar largo y tendido sobre su museo de excrementos. Parecían felices.

Las ratas subsistían bien en el laberinto, estaba hecho a su medida. El problema era que no podían elevar su cabeza sobre él, sólo podían verlo desde dentro. Era su mundo. Yo no tenía alma de rata, tenía alma de pájaro. De pájaro triste de alas desperdiciadas. El sistema siempre me había producido claustrofobia; iba a echar a volar a la primera

oportunidad que tuviese. Lejos, bien lejos. Ya había dado algún que otro vuelo y había podido contemplar el laberinto desde arriba. No era más que una caja negra poblada por una colonia de ratas, que consumía recursos y acumulaba mierda. Una caja negra destructiva y contaminante, que hacía rico a algún hijo de puta que vivía lejos de ella. Y encima, por si las ratas se le cabreaban, les había escrito un libro explicándoles que protestar es de idiotas infelices, que lo inteligente es callarse y seguir buscando desperdicios. La biblia de la rata feliz.

¿Quién se ha llevado mi queso? Fácil. Un hijoputa retorcido. Pero de esto no se podía hablar con las ratas. La luz les hacía daño.

Subimos a recursos humanos. Dos pisos le bastaron a Roberto para contarme su plan con pelos y señales. Iba a solicitar que le redistribuyesen la nómina, quitando aquí y poniendo allí, aumentando las dietas de locomoción, para pagar un 2% menos de impuestos y blablabla…

Era bueno manejando desperdicios.

-¿Qué te parece, Fuckowski?

-No sé, yo soy un águila imperial.

-Ah. ¿Y en qué estás ahora, *águila*? -él pensaba que yo estaba pirado. Igual tenía razón.

-Un portal inmobiliario. J2EE.

-Ya veo, ¿has usado GLAS?

-Pueees, no.

Acrónimos, más acrónimos. Ni puta idea de lo que era GLAS, pero no le iba a dar el gusto de preguntárselo. Cualquier día iba a mandar a Roberto a tomar por C.

-Deberías considerarlo, la curva de aprendizaje es mínima y reduce tiempos.

Él se sentía superior a mí. Yo me sentía de una naturaleza distinta a la suya. No había conflicto posible.

2

Entré al despacho del mentor, esa habitación a la que llegabas contando que te estaban dando por el culo y salías convencido de que la empresa es-

taba combatiendo tus hemorroides. Estaba preparado para mi ración de pintura rosa.

-Buenas tardes, Sr. Fuckowski, siéntese por favor. ¿Va todo bien?

Pues parece ser que no, a juzgar por esa sonrisa de judas.

-Hola, sí, sin novedad.

-Bien, bien. ¿No va a ir el sábado a la cena de la comunidad?

Ah, copón, que era eso.

-No...

-¿Por algún motivo en concreto?

¿Qué tal "ya tengo una vida en otra parte"?

-Pues no, nada en especial, tengo otros planes. Es que es en sábado.

Demasiada tortura era estar encerrado en la caja negra de lunes a viernes.

-Nos lo vamos a pasar muy bien...

Sí, sí. Comeremos, beberemos, reiremos... desfilaremos y cantaremos canciones corporativas. Luego repartirán puros y billetes de 500 para todos.

-Ya, no digo que no, pero es que no me van

mucho estas cosas.

-Fuckowski, el no tomar parte en actividades de grupo perjudica su imagen...

-Ah. ¿Y que tal la jornada de veintidós horas seguidas del viernes pasado? ¿No compensa eso un poco?

-La empresa no tiene la más mínima duda acerca de la calidad de su trabajo, señor Fuckowski. Es una simple cuestión de actitud. Tiene usted un brillante futuro en ésta compañía.

Sí, y un presente más negro que los cojones de un grillo.

-Bueno, de eso no estoy tan seguro. Entré en condiciones infrahumanas con la promesa de una "carrera profesional". Pero mis responsabilidades crecen a pasos agigantados, y mi salario tan sólo un poco más rápido que el IPC. O sea, que entré muy mal y cada vez estoy peor.

-Debería usted darle una oportunidad a la gente.

Eso es salirse por la "tan-gente" y lo demás son gaitas. No podía explicarle a él que yo no la tenía tomada con toda la gente, si no con la que todavía

quedaba allí. La empresa llevaba funcionando 5 años. Todos los buenos ya se habían largado. Yo llevaba allí trece meses y a veces pensaba en el suicidio. Los que quedaban, parecían felices. Estaban completamente locos.

-No es la gente. A mí me gusta vivir a mi manera.

-Tendría que considerar adaptarse un poco a su entorno, le reportaría más de una satisfacción.

Por supuesto. La satisfacción del conformismo. La aceptación del rebaño. El NO de la razón consolado por el SI de los tontos. Ni pensarlo.

-¿Puedo seguir diciendo que no?

-Ah, tiene usted un perfil difícil...

Ya estamos con la historia de los perfiles. Nos contaban una mentira, y nos clasificaban según la posición que adoptábamos dentro de ella. El emprendedor, el conciliador, el motivado, el comepollas.

Yo no tenía perfil. Yo afirmaba que todo era mentira y me sorprendía que los demás se lo creyesen. Al tiempo todo reventaba, y las ratas en vez de aprender de sus errores simplemente se iban a

buscar otra mentira metida en caja negra con desperdicios para todos, y vuelta a empezar. Aún tendríamos que ver varias guerras mundiales.

Quince minutos después ya empezaba a sentirme mareado. Parecía que los cursos de *mentoring* estuviesen diseñados específicamente para darle la brasa a la gente como yo. Al final cedí por puro agotamiento.

-Bueno, me pasaré -dije.

Iría, me emborracharía a costa de la empresa y comprobaría una vez más por qué quería largarme de allí.

Salí de aquel despacho untado de pomada hemorroidal, bajé a la cantina y me serví un café. Era casi la hora de salida.

De camino a mi cubículo me crucé con Libertad. Su nombre era lo que yo buscaba en la vida. Ella bien podría ser lo que yo buscaba en una mujer.

-¿Qué tal, Lib? ¿Vas a la cena del sábado?

-¡Hola! Sí, iré, no tengo planes.

-Vale, allí nos veremos. Me voy a recoger mis cosas...

Lib y yo habíamos salido varias veces desde mi ruptura definitiva con la rubia. Era probable que cualquier día empezásemos una relación seria, pero por alguna razón nunca nos habíamos sentido obligados a ello, lo que hacía único cada uno de nuestros encuentros.

Recogí mis cosas, y antes de apagar mi PC me metí en la Intranet y busqué "GLAS":

GLAS. Ground Level Architecture System.
Framework J2EE de bajo nivel.
Know how: Fuckowski.
Desarrollo interno.
En fase de documentación.
Funcionalidades: encapsulamiento de acceso a datos, integración con http, validación de formularios, parseo de XML.
Observaciones: Curva de aprendizaje mínima. Reducción de tiempos de desarrollo.

Mi arquitectura. La rata me había chuleado con

mi propia arquitectura, porque yo no sabía como coño la habían bautizado. Tenía cojones la cosa. Algunos brillaban con reflejos del talento ajeno. ¿Sería eso el "valor añadido"?

3

La cena. Todavía no habían llegado los primeros platos y Lib y yo ya estábamos medio borrachos. Ella era mejor con la gente que yo; al menos tenía paciencia para escuchar. Yo me limitaba a quedarme ahí, observando, preguntándome por qué yo no sentía el impulso irrefrenable de contarle a todo el mundo cuántos canales de TV tenía en casa, cuántos cajones tenía mi congelador, cuántas capas tenía el papel con el que me limpiaba el culo. Yo no tenía televisión por cable, mi congelador siempre había estado vacío, y normalmente me limpiaba el culo con los análisis funcionales de Monchito.

Para cuando acabó la cena llevaba unos tres li-

tros de cerveza encima. Lib era atractiva, pero a esas alturas estaba del todo irresistible. El personal del hotel abrió el bar y nos indicó que teníamos barra libre.

Pasamos al bar, y yo me fui directo a por dos gin-tonics. Cuando volví, Lib charlaba con Roberto, o más bien ella prestaba atención al monólogo de él. La rata sostenía un papel con una mano, y con la otra le señalaba algo a Lib:

-Y aquí me voy a hacer un despacho, para cuando me lleve trabajo a casa...

Le di a Lib su cubata.

-Voy al servicio, ahora vuelvo -dije.

Exposiciones del museo de la mierda no, gracias. Fui al WC, me miré al espejo y me pregunté qué cojones estaba haciendo allí.

A la vuelta encendí un cigarro y me perdí entre la gente. Minglanillas y otros cuantos charlaban animadamente sobre algo. Me acerqué y pegué el oído:

-Yo le mataría sin dudarlo un instante. Y luego dormiría tan tranquilo.

-Pues yo creo que no tendría valor para hacerlo, aunque se lo tendría merecido.

-¿Y tú qué harías, Fuckowski? -me preguntó Minglanillas.

-Lo siento, no se de que habláis -le dije.

-Si pudieras retroceder en el tiempo hasta el año que nació Hitler, sabiendo lo que sabes ahora, ¿te lo cargarías? ¿serías capaz?

La historia de siempre. Discutían sobre la posición de cada uno en un planteamiento erróneo.

-Es una pregunta con trampa -dije-, una vez formulada no hay respuesta correcta.

Me miraban sorprendidos. Proseguí:

-Discutiendo sobre esto, estamos aceptando que Hitler nació Hitler, que si volviese a nacer volvería a suceder lo mismo. Le echamos a él la culpa de todo. El tío era un hijoputa, cierto. Pero, ¿qué me decís de la sociedad en la que vivió, de la educación que recibió, de la coyuntura política? ¿Qué le hizo ser así? Por no hablar de los que le votaron, los que le siguieron, los que cumplieron sus órdenes, los que echaron la vista a un lado hasta que ya fue demasiado tarde. Lo que planteáis no es una

pregunta, es una disculpa a la estupidez de la humanidad.

-Eres un aguafiestas, Fuckowski -dijo alguien, pero yo ya me estaba yendo.

Ese era mi perfil, el del aguafiestas. El aguafiestas de las fiestas de despropósitos.

Y por si no tenía suficientes despropósitos, el mentor se subió al estrado. Bajaron la música y le dieron volumen a su micro.

-Buenas noches. Ante todo, quiero daros las gracias por vuestra asistencia. Aprovechemos este momento para hacer un brindis por la comunidad A1...

En la empresa, los empleados estábamos divididos en secciones. En breve, cada individuo tendría su numero tatuado en la frente. A veces me arrepentía de haber leído 1984.

El mentor siguió con su discurso, que culminó en orgasmo:

-Y por último felicitaros por vuestra profesionalidad y esfuerzo. Al cierre del año fiscal, la comuni-

dad A1 ha facturado ¡un 32% más que el año pasado!

Aplausos, risas, vítores, silbidos. Yo no lo entendía. Parecía que ese 32% nos lo fueran a dar en efectivo al día siguiente. Todos cobrábamos casi la misma mierda, pero algún superior soltaba una felicitación y un tanto por ciento, y todos segregaban endorfinas. A mí ese concepto de la felicidad no me entraba en la cabeza. La recompensa al esfuerzo era una palmadita en el hombro y una hipoteca con despacho para llevarse trabajo a casa. Oscuras madrigueras. No entendía como lo soportaban.

De pronto subió el volumen de la música y nos obsequió con la moraleja de todo aquello:

¡No pares, sigue, sigue, no pares sigue, sigue...!

La gente empezó a bailar aquí y allí. Algunos se colocaron formando un tren agarrándose por las cinturas. La rata iba el primero, para variar. El tren fue creciendo. Una chavala me cogió de la mano y

me dijo:

-¡Agárrate!

-No gracias -solté la mano.

-Oh, eres un soso, Fuckowski...

Maldita sea. Yo había llorado escuchando a Mozart; su música me había partido el alma en dos y me había hecho llorar maldiciendo el hecho de tener que morir algún día. Y ahora, por no querer menear el culo al ritmo de un culo cantando, parecía que yo no sabía disfrutar la vida. Y te lo decía alguien que había oído *Tu frialdad* de *Triana* por primera vez en Operación Triunfo.

Finalmente el tren humano se convirtió en un gran círculo cerrado que giraba y giraba. El mentor estaba en el centro, bailando y sonriendo. Yo me había auto excluido.

Aquello representaba perfectamente la estructura de la sociedad: te pusieras donde te pusieras, siempre tendrías a alguien dándote por detrás. En el centro, algún cretino sonriente recitando su mantra de la felicidad: *Hemos facturado un 32% más, España va bien, Estados Unidos está devol-*

viendo la paz al mundo.

Y las ratas tan felices, mientras la gran caja negra agotaba recursos y amontonaba mierda. Yo no quería participar en el baile. Era un aguafiestas y un infeliz.

Libertad me cogió de la mano y me susurró al oído:

-Vámonos de aquí.

Me besó. *Vámonos de aquí*. Probablemente lo más romántico que me habían dicho nunca.

4

Era una bonita noche. Paseamos despacio en dirección a mi casa sin perturbar el silencio.

En el ascensor nos besamos delicadamente. Cuando se abrieron las puertas, saqué las llaves de mi bolsillo. Mi perro, Satán, reconoció el tintineo y empezó a ladrar. Al abrir la puerta de mi apartamento, cuarenta kilos de negra lealtad con forma de pastor belga se me echaron encima. Le dejé la-

merme la cara, y acto seguido saludó a Lib sin dejar de mover el rabo.

-Espérame en mi cuarto, si quieres -le dije a ella.

Fui a la cocina, le puse a Satán su comida y saqué dos cervezas de la nevera.

Entré a mi cuarto. Lib estaba tumbada en mi cama, fumando marihuana. Yo no podía abusar de la hierba. Me fumaba medio de esos y me pasaba tres días mezclando Java con C. Bueno, aún era sábado.

Me tumbé a su lado y me agarré a ella.

-¿Estás bien? -preguntó.

-Sí, ahora sí. Pero el trabajo, la gente... no se. Estoy harto de todo.

-¿Y qué quieres en realidad?

-No estoy seguro. Quiero volar por encima de todo esto.

-¿Volar? ¿Volar a dónde? ¿Qué quieres encontrar?

-Aún no lo se. Pero al menos quiero tener la oportunidad de salir a buscarlo. Me siento ence-

rrado. Tengo la amarga sensación de estar desperdiciando mi tiempo.

-¿Y si no hay nada más?

-Si no hay nada más, volveré. Pero tengo que comprobarlo.

-¿Tienes algún plan?

-Más o menos. He ahorrado algún dinero. Lo justo para coger un avión y empezar de nuevo en alguna parte. Quiero viajar, trabajar aquí y allí, ver el mundo...

-Me recuerdas al poema de Sabines. *Los amorosos siempre se están yendo, siempre, hacia alguna parte... Los amorosos son locos, sólo locos, sin dios y sin diablo... juegan a coger el agua, a tatuar el humo...*

Me encantaba aquel poema.

-Puede que yo sólo sea un romántico. Pero no entiendo otra forma de vida.

-Llévame contigo -me dijo.

Bebimos, charlamos, nos besamos, reímos describiendo sueños que quizás estuvieran al alcance de nuestra mano.

-Tenemos que ir a Florencia -dijo ella.

-Por supuesto. Desde allí le mandaré una postal al gordo que diga: *recuerdos a tu puta madre del David de Miguel Ángel*.

Yo también hacía mis pinitos con la poesía.

Trazamos nuestro itinerario. Florencia, Praga, Dublín, Helsinki, Tokio, Sydney... el mundo se nos quedaba pequeño.

Lib me pasó mi guitarra y dijo:

-Tócame algo.

Yo dejé la guitarra en el suelo, y me lo tomé al pie de la letra.

5

Me despertó Satán lamiéndome una mano. Era su hora de salir. Amanecía.

Lib dormía plácidamente. La dejé en la cama, me vestí, cogí el mp3 y las llaves y salí del apartamento. Satán me seguía moviendo el rabo.

La ciudad iba despertando. De camino a la

playa paré en un bar, y pedí un café sólo en vaso de plástico. Llegamos a la playa y Satán corrió a la orilla. Yo me senté, me quité los zapatos y hundí los pies en la fría arena.

A lo lejos sonaron las campanas de la iglesia. Me puse los auriculares y pulsé play en el mp3. *Stairway to Heaven*. Miré a mi alrededor. La arena, el mar, el horizonte. No había indeseables a la vista. Estaban en la iglesia, perdiéndose todos los milagros.

Contemplaba el mundo. Veía evolución, energía, equilibrios de fuerzas, fractales. No encontré a dios por ningún lado. Dios era el gran acrónimo sin sentido, el camino más corto a ninguna parte.

Las ratas bailaban al son de alguna imbecilidad mientras todo lo que en el mundo tenía algún sentido se iba irremediablemente a tomar por culo.

Bush había sido reelegido. Algún día, si el orden mundial se desmoronaba y se montaba una gorda, las ratas fantasearían con hipotéticos viajes en el tiempo.

Si pudieses volver al año en que nació Bush, sabiendo lo que iba a pasar…

Imbéciles. Bastaba con no haberle votado.

Satán jugaba con las olas, ajeno a la miseria del mundo. Una gaviota surcaba el cielo. Yo miraba al horizonte, preguntándome qué podía hacer yo.

El horizonte me respondió, alto y claro:

To be a rock, and not to roll...

El zen del éxito profesional (en veinte actos)

1

Terminó la tercera serie de abdominales y se metió en la sala de rayos uva. Se miró al espejo, y entonces supo que el puesto sería suyo.

Tenía una reunión al día siguiente. La corporación necesitaba un arquitecto con experiencia en filostros para el proyecto ShopMaster. Él había participado en varios proyectos de superficies cuadrúpedas.

El puesto tenía un nombre: Minglanillas. Arquitecto. El arquitecto Minglanillas. *Buenas tardes, soy Minglanillas, el nuevo arquitecto*.

Mientras le decía esto a su reflejo, ensayó un gesto de modestia, de condescendencia, dejando clara su posición de superioridad y a la vez abriendo un canal informal, de tú a tú. Llevó su mano izquierda, bien abierta, a la altura del pecho y la bajó lentamente con un giro (...*arquitecto*...),

como si acariciase su ego. Era un gesto muy metrosexual, con estilo. No podrían resistirse.

Minglanillas sospechaba que tenía un don.

Durante el baño de rayos uva soñó despierto. Se vio enfundado en un traje negro junto a un flamante descapotable rojo; el sol hacía brillar su tarjeta de identificación nueva. Él abría la puerta del coche y hacía entrar a una rubia.

Se duchó y se fue a casa. Se metió en la cama y leyó un capítulo entero de la *Guía Zen del Éxito Profesional*. El mensaje era claro: *no basta con ser el mejor, también hay que parecerlo*. Estaba a punto de quedarse dormido cuando reparó en algo que había pasado por alto: para la tarjeta de identificación necesitaría una foto nueva.

Era hora de cambiar de peinado.

2

Despertó a las 6:00. Se dio una ducha y se afeitó.

¿Cómo se peina un arquitecto? ¿Sobrio con un toque informal? ¿O quizá informal, como los genios, pero con un toque de elegancia que sugiera respeto por el deber?

Probó varias combinaciones; usó agua, gomina, laca, peine, cepillo. Al final optó por un peinado sin raya, muy formal alrededor de la cabeza, y un poco alocado y chisporroteante por la parte de arriba. Parecía un sobrio ejecutivo que no dejase de tener chispeantes ideas. Era perfecto.

3

-Es usted uno de los mejores, señor Minglanillas. Su expediente es intachable, su actitud es un ejemplo para todos -dijo el señor Smith. Se pasó la lengua por la encía superior emitiendo un chasquido, y siguió:

-No hay más que mirarle para darse cuenta de que es usted serio, responsable, y con buenas ideas. Es el candidato ideal para el puesto. Esta es una gran oportunidad para su carrera, ¿se ve ca-

pacitado para afrontar el reto?

Era el momento. Ahora o nunca. Dijo:

-Considero que tengo el perfil adecuado -levantó la mano e hizo *el gesto*-, pero usted sabe mejor que nadie si estoy o no capacitado.

Mostrar confianza en sus superiores. Era otro de los principios de la Guía Zen del Éxito Profesional.

-Yo apuesto por usted, señor Minglanillas. Será el *Pretending Architect* de ShopMaster. El lunes le desplazaremos a la capital.

El pretending era una de las innovadoras medidas introducidas en la corporación por el señor Smith. Antes de ser ascendido, cada empleado pasaba una temporada no inferior a seis meses desempeñando las nuevas funciones sin modificación de su contrato. Esto incrementaba la velocidad de reacción de la empresa, pues en caso de urgencia se podía disponer de nuevos perfiles sin necesidad de pasar por los siempre engorrosos trámites de Recursos Humanos. Además motivaba a los empleados, pues durante el periodo *pretending* tenían

que demostrar su valía para el nuevo puesto. Sentían que ya casi tenían el ascenso y se dejaban la piel.

Aún había una tercera ventaja: al cliente se le cobraban las horas al precio del puesto desempeñado, y al empleado se le pagaban al precio del que aún figuraba en su contrato. El 70% de la plantilla trabajaba en modalidad de *pretending*, lo que significaba un sustancial ahorro en salarios y un jugoso incremento de los bonus mensuales de la directiva. Había empleados que pasaban al borde del ascenso más de dos años. El señor Smith era un genio de los negocios.

Minglanillas aceptó sin dudarlo. Todo gran avance implica un gran sacrificio.

El señor Smith hizo unas llamadas.

-Ya tiene habitación reservada. Le estamos preparando la tarjeta de crédito, su nueva identificación, y el kit de viaje. Enhorabuena.

Le tendió la mano.

-Es un honor. No le defraudaré.

Minglanillas estrechó la mano del señor Smith.

-Estoy seguro de ello. Ah, se me olvidaba. Llévese mi *Business Card*. Ante cualquier eventualidad, tiene línea directa conmigo.

Línea directa. Minglanillas ya vislumbraba la dorada luz de las altas cumbres.

4

El vuelo se le hizo muy corto. Apenas tuvo tiempo de revisar unos PDF's. *ShopMaster; el más novedoso centro comercial jamás construido. Fondos públicos. Proyecto adjudicado por unanimidad a TeddyBear Consulting. Finalizada fase de cimentación. Comenzando fase de diseño. Pretending Architect: Minglanillas. Support Analyst: Fuckowski.*

Minglanillas tenía que diseñar el edificio. Cerró los ojos, dejó la mente en blanco y trató de visualizar los planos. Sin darse cuenta, se metió la mano en el bolsillo y acarició la tarjeta del señor Smith.

Solo consiguió ver un descapotable rojo y un pendón en minifalda. El piloto indicó que iban a

proceder al aterrizaje. Se ajustó el cinturón de seguridad, procurando no arrugarse la camisa.

A la media hora abandonaba el aeropuerto, con la pequeña maleta en una mano y el paraguas de empresa en la otra.

Paró un taxi y preguntó al conductor:

-Disculpe, ¿se puede pagar con tarjeta corporativa?

-¡Suba, amigo...!

Entró al vehículo, indicó al conductor la dirección del hotel y sacó unos cuantos documentos de la maleta.

-En viaje de negocios, ¿eh?

-Bueno, sí, me quedaré dos meses. Es un proyecto muy importante; *yo soy el arquitecto*.

Había soñado tantas veces con pronunciar esas palabras... era un gran momento. Una gran cagada de paloma se estrelló contra la luna delantera.

-Me cago en la leche. Estos bichos parece que lo hagan aposta, amigo...

Minglanillas miró al cielo a través del cristal e intentó de nuevo visualizar los planos. El taxista

accionó el limpiaparabrisas y la mierda de paloma fue esparcida por toda la luna.

Cuando se hubo disuelto la cagada Minglanillas estaba inmerso en sus documentos. Gráficas, análisis de requerimientos, comparativas de sinergias y simulaciones 2D.

A fin de cuentas toda la fachada estaba ya diseñada y el suelo totalmente cimentado. Sólo faltaba lo de dentro; tenía que ser trivial.

Llegaron al hotel. Era de cinco estrellas.

-Pues ya estamos. ¿Le hago un recibo, amigo?

-Sí, por favor -le pasó la tarjeta al conductor.

-Hay un par de clubs *interesantes* por la zona, por si se aburre el fin de semana -el taxista le guiñó un ojo.

-Bueno, los fines de semana vuelo a casa.

-¡Coño! ¿Todos los fines de semana?

-Pues sí...

-¡Vaya, amigo! Aviones, hoteles, tarjeta de crédito... ¡debe usted estar forrado!

-No nos podemos quejar. Esto... ¿no le sobrará un cigarro?

-Sí, cómo no -el taxista le pasó un pitillo al arquitecto.

Se puso el cigarrillo en la boca, cogió el recibo, su maleta y su paraguas y se encaminó al hotel. Justo cuando el taxista arrancó, Minglanillas se dio cuenta de que no tenía fuego.

5

A las diez llegó al complejo ShopMaster. Mostró su identificación a la recepcionista, una rubia de ojos azules y sonrisa de porcelana. Charló un rato con ella, y luego cruzó las instalaciones a la búsqueda de las oficinas.

Gente yendo y viniendo, grúas, tractores, cables, ruido. Por todas partes se respiraban prisas. De pronto Minglanillas sintió pánico; todo aquello le pareció una especie de enorme monstruo metálico que amenazaba con devorarle, y lo único que tenía para defenderse eran unos rollos de papel en blanco.

El éxito es de los valientes. Trató de combatir el

miedo repitiéndose la frase una y otra vez, pero no funcionó. Atravesó rápidamente el bullicio sin dejar de mirar su reloj y se perdió entre las múltiples oficinas prefabricadas que Teddybear había habilitado en el solar.

Necesitaba esconderse un rato, relajarse, meditar, ponerse a punto. Revisar la guía Zen. Pero al llegar a la puerta de su despacho, alguien le estaba esperando.

-¿Minglanillas? -preguntó el tipo. Llevaba un abrigo largo, negro. Se había aflojado el nudo de la corbata y desabrochado el cuello de la camisa. Parecía serio, pero se le adivinaba una sonrisilla un tanto pretenciosa. Con esa pinta oscura, tenía que ser uno de esos fanáticos de Matrix. O peor aún, un Jedi.

-Sí, soy Minglanillas, el arquitecto -ejecutó *el gesto*.

El oscuro observó el *gestoarquitecto* y sonrió de medio lado.

-Fuckowski, el pito del sereno -dijo, haciendo una exagerada reverencia.

Así que ese cretino era el tal Fuckowski, el programador maldito. Había oído hablar de él. Batía todos los records de actitud negativa, pero por algún motivo no le despedían. Al parecer, técnicamente era bueno, así que la empresa simplemente le toreaba.

-Encantado -dijo Minglanillas, incómodo.

-Igualmente. Espero que tengas listos los planos, acabo de terminar con los cimientos y tengo que pasar a la siguiente fase.

Los planos no eran ningún problema, solo le hacía falta un poco de tiempo.

-Los planos... sí, ahora mismo están en fase de conceptualización.

-¿Cómo que "conceptualización"? ¿Quieres decir que aún no son un concepto? O sea, ¿que no tenemos nada?

Pues sí que era negativo el tipo. Nada más empezar, y ya estaba montando el numerito.

-Los planos estarán listos en breve -dijo Minglanillas, con aire autoritario.

-En breve. Pues mientras llegan los planos, ya me dirás que hacemos con los albañiles. ¿Los man-

damos a casa hasta que tengan algo que hacer?

Eso nunca, se dijo Minglanillas. ¿Qué dirían en la corporación si se enterasen de que los recursos humanos habían abandonado la obra y se habían ido por ahí a hacer el vago, como si fueran un puñado de hippies?

-Aquí nadie puede estar sin hacer nada. Que vayan adelantando trabajo.

-A ver. El problema es muy simple. Tenemos unos cimientos, unos albañiles, y un puñado de ladrillos. Hay unos documentos donde se relacionan las tres cosas; indica al albañil "A" el punto "X" donde colocar el ladrillo "Z". Los planos. Cuando me entregues los planos, asignaré a cada albañil sus tareas. No hay planos, no hay trabajo.

El tal Fuckowski dibujaba pequeños esquemas en el aire mientras hablaba. Ese tipo se creía muy listo, con sus ideas simplonas; se notaba que nunca había derivado un forlayo. Minglanillas estaba visiblemente molesto.

-Ya he dicho que los planos estarán en breve. Mientras tanto, que se dediquen a la *autoformación* -dijo Minglanillas, haciendo ademán de entrar

al despacho. Quería dar la conversación por terminada.

-¿Autoformación? ¿No se te olvida un "pequeño" detalle? Todos nuestros albañiles son becarios; se les paga una mierda porque, en teoría, aquí les enseñamos a hacer las cosas. Decirles que aprendan solos es reírse de ellos; no seré yo el que se lo sugiera.

Carajo. ¿Habría algo a lo que aquel tipo no pusiera pegas? Minglanillas intentaba imaginar el motivo de esa actitud tan negativa. Tenía que ser odio, frustración... o envidia. Eso, seguro que era envidia. Ese tío no tenía ningún estilo, no había más que mirar su peinado. Era uno más del montón, y la única forma que encontraba de llamar la atención era con sus protestas. Ah, ese Fuckowski le caía mal, pero que muy mal. Era un muro interpuesto entre él y su ascenso, iba a tener que derribarlo como fuera.

-Mira, todos estamos en el mismo equipo. Tenemos que cooperar. Yo voy a trabajar duro con los planos. Vosotros id empezando la construcción de la forma habitual.

-¿¡¡La forma habitual!!? Mira, según tengo entendido, ShopMaster incorpora novedosas técnicas de derivación de filostros, y nosecuantas filigranas más de quinta generación. Yo de filostros no entiendo, te lo filostreas tú y a mí me hablas en el lenguaje de los ladrillos. Y te digo otra cosa: mi análisis técnico está estimado en dos semanas. Hoy es lunes 4; el Lunes 18 empiezo mis vacaciones. Tú te puedes retrasar con los planos si quieres, pero yo no voy a retrasar mi viaje a Suiza. Ya tengo los billetes.

Minglanillas no podía soportarlo más. Entró al despacho y dijo:

-Fuckowski, vas a tener que aprender a confiar en tus superiores.

-Hazme un favor. Conmigo deja los mandamientos de la biblia profesional del todo a veinte duros. Yo soy ateo.

Se oyó un fuerte portazo y un silencio blanco se apoderó de todo. Blanco como los planos de ShopMaster.

6

El martes a primera hora recibió Minglanillas un correo del señor Smith solicitando un *status report*. Minglanillas empezó a sudar. Le presionaban por todas partes, y encima ese Fuckowski… así no se podía trabajar.

Lo intentó con el viejo método de la patata caliente. Hizo un forward del mail del señor Smith a *fuckowski@teddybearconsulting*. A los diez minutos recibió un mail en blanco. El asunto decía:

>>*Vigila tu Chotus Notes, que se te están escapando los correos*.

Vaya. Encima el tipo se creía gracioso. Desde luego que no le faltaba un detalle; era el perfecto gilipollas.

Los planos, los planos, los putísimos planos. A ver. Vamos a empezar por lo fácil. Minglanillas se quedó mirando la simulación 2D de la fachada de ShopMaster largo rato. Finalmente envió un correo:

A: Fuckowski
Asunto: Análisis funcional
Componente: Tejado
Dimensiones: Idénticas a los cimientos
Color: Rojo
Inclinación: 30 grados
Impermeabilización: Estándar
Realícese el análisis técnico a la mayor brevedad.

Luego envió otro correo al señor Smith:

Status: Iniciado análisis funcional.
Solapando análisis técnico.
El proyecto avanza suavemente.

Suavemente. Sugería un avance a velocidad reducida, pero sin problemas. Indicaría al señor Smith que debía disminuir la presión, para no correr el riesgo de provocar un avance brusco. Estaba claro, Minglanillas tenía un don.

Recibió otro correito jocoso del Fuckowski.

>>Pues nada, empezaremos la casa por el tejado

No le importó; ShopMaster era pan comido.

Bueno, estamos en racha. ¡Vamos a por lo de dentro! Veinte tiendas. Bien, diseñamos una tienda, y copypaste. Tirado. La cuestión es: ¿cómo mierda se hace el análisis funcional de una tienda? Ese capullo de Fuckowski seguro que lo sabía. Pero claro, no cooperaría, por mucho que Minglanillas se lo pidiera.

A no ser que...

7

En recepción, Clarisa discutía acaloradamente con Álvaro.

-Es que ya no es como antes -decía ella-. Ya casi no salimos, no nos divertimos...

-Pero cariño, esto es temporal... en cuanto esté acabado este maldito ShopMaster, me harán finalmente coordinador de mantenimiento, dejaré de

ser pretending y se acabará el echar horas, estoy seguro. Entonces todo volverá a ser como antes.

-¿Te das cuenta de que llevamos así casi un año? Yo lo único que sé es que nunca tienes tiempo para mí. ¡Le prestas más atención a ese husky siberiano!

-Amor, ya me gustaría a mí no tener que trabajar doce horas al día, ni tener que venir a éste puto sitio los fines de semana. Pero es esto, o la calle. Es un proyecto de vital importancia para todos, según dicen. Y a Tara le dedico justo la atención que requiere, el resto de mi tiempo es tuyo...

Clarisa no parecía prestar mucha atención. Se colocaba una y otra vez los rubios cabellos detrás de las orejas con la mirada perdida.

-Creo que me he equivocado contigo. Tú no tienes ambición.

-¿¡QUE!? -a Álvaro se le hincharon las pelotas- Pero, ¿se puede saber a qué viene eso? Oye, que tú eres recepcionista, eh...

-¡Ya estás otra vez! ¿Qué pasa, que no soy suficientemente buena para ti? ¿Por eso me hiciste ir a esa gilipollez de curso, no?

-Yo no he dicho eso. Es sólo que no es justo que te comportes como una princesita; todos tenemos que arrimar el hombro. Yo estoy más jodido que tú.

Era inútil, habían tenido la misma discusión cientos de veces. Él no tenía más remedio que aguantarse con su situación laboral; ella tenía serias dificultades para ver las cosas desde otro punto de vista que no fuera el de su propio bienestar.

Clarisa se quedó pensando que en realidad él no era el tipo de hombre que ella necesitaba. A ella le iba más alguien que estuviera por encima de toda la mierda, un triunfador, alguien con estilo.

En respuesta a su plegaria, sonó el teléfono.

-TeddyBear Consulting, división Shopmaster, dígame...

-¿Clarisa? Le habla Minglanillas, el arquitecto... Escuche, veo en su ficha que tiene usted un curso de desarrollo. Necesito a alguien para hacer un trabajito... puede ser una buena oportunidad. ¿Alguna vez se planteó ser consultora?

Quedaron a las 19:00 en el despacho de Minglanillas. Clarisa se disculpó con Álvaro; había surgido un imprevisto y tenía que preparar unos documentos. Le acompañó a la puerta, le despidió con un frío beso y volvió a la mesa.

Al sentarse, resbaló en la silla y casi cayó al suelo. Tenía el chocho hecho agua.

8

Se encaminó al despacho de Fuckowski intentando recordar todo lo que le habían explicado. Estaba oscuro, era ya bastante tarde. Llovía a mares.

Llamó a la puerta.

-¡Adelante, está abierto! -se oyó.

Entró a la oficina, tan sólo iluminada por una pequeña lámpara de escritorio. El tipo la recibió de pie junto a su mesa, sonriente.

-Señor Fuckowski, soy Clarisa, ¿puedo hablar con usted?

-Claro, cómo no. Por favor, siéntese -señaló a una silla situada en la esquina del despacho.

Clarisa tomó asiento, se obligó a sonreír, y dijo:

-Señor Fuckowski, como sabe soy recepcionista, pero tengo un diploma de desarrolladora. Verá, ha surgido un puesto de consultoría; quiero presentarme al examen y me gustaría aprender de usted…

Se tocaba continuamente el pelo para ocultar su nerviosismo. Fuckowski volvió a sentarse en su mesa. Su cara quedó iluminada por la pequeña lámpara, dándole un aire tenebroso.

-Oh… ¿Y qué desea aprender exactamente? -preguntó, mirando fijamente a Clarisa.

-Bueno, lo usual… he traído unos casos prácticos que me gustaría que resolviera.

Clarisa le pasó un montón de papeles. Él empezó a ojearlos a toda prisa, con ademán desinteresado.

-Si pudiera tenerlos resueltos para mañana, le estaría infinitamente agradecida… -le indicó.

Fuckowski acabó de leer el último folio y dijo:

-Dígale al subnormal de Minglanillas que si quiere sacarme un análisis funcional, va a tener que darme la mitad de su salario. No basta con enviarme esta mierda de especificaciones y una rubia

que me toque el ego -soltó los papeles sobre la mesa.

-¡Oh! ¡Señor Fuckowski! ¿Cómo puede usted pensar que...?

-¿Cree que me chupo el dedo, Clarisa? ¿Qué pensaban? ¿Que me iba a poner cachondo y le iba a hacer su trabajo al de los pelos chisposos por la posibilidad de echarle a usted un polvo? -dijo, y le guiñó un ojo.

-Me parece que es usted un paranoico, señor Fuckowski.

-Ah, ¿sí? Pues, ¿sabe lo que me parece usted, Clarisa? ¿Sabe lo que veo tras esa sonrisa de porcelana y esos tics tan estudiados? Veo un pendón. Un pendón descerebrado que quiere aparentar clase. Trabaja usted en una gran corporación, sí, pero me apuesto que le ha costado un par de revolcones, ¿eh? Se ha tenido que comer un par de forlayos -puso la boca en forma de O, y con una mano hizo ademán de meterse algo con forma de tubo.

Clarisa le miraba con los ojos como platos.

-Cada tarde al llegar a casa -siguió-, se quita usted su traje corporativo, deja la tarjeta de iden-

tificación al lado del pintalabios, y se dice a sí misma que ha llegado lejos. Pero apuesto a que a veces se despierta sudando en mitad de la noche, después de soñar con los forlayos, y ahora piensa que si aprueba ese examen dejará de sentirse un pendón, y entonces los forlayos callarán para siempre...

Clarisa se levantó de un salto y gritó:

-¡Es usted UN MONSTRUO, Fuckowski! ¡¡Un monstruo fascista y misógino!!

Corrió hacia la puerta.

-¿Me escribirá, Clarisa? ¿Me enviará un mail cuando guarden silencio los forlayos?

-¡¡¡Váyase usted a tomar por culo, desgraciado!!!

-Hala, hasta luego Lucas.

Salió del despacho dando un portazo y echó a correr. Sus lágrimas se mezclaron con la lluvia.

Iría a casa a toda prisa, se daría una ducha, se tomaría un Valium y se metería en la cama. Los forlayos habían empezado a gritar de nuevo.

9

Minglanillas se dio por vencido. Asumió la situación y empezó a trabajar duro; grapó diferentes vistas de la simulación 2D de ShopMaster a la pared de su oficina y empezó a trazar líneas en sus papeles en blanco.

Aquí se ven seis escaparates, pues tienen que estar separados por cuatro paredes. Aquí pongo otras cuatro, entonces en medio pongo el pasillo. Puertas. Aquí pongo las puertas. Esto irá en moqueta roja. Aquí un cuarto de baño, aquí un trastero... en este hueco pongo una columna para sostener el tejado.

Ocho días pasó Minglanillas encajándolo todo. Envió a Fuckowski el desglose de los planos: Diez columnas, veinticinco puertas, treinta claraboyas, cuarenta secciones de pared, ciento veinte secciones de moqueta, veintidós ventanas correderas, y multitud de accesorios. Fuckowski comenzó el análisis técnico, y sugirió que se nombrara a un sustituto para cubrir sus vacaciones.

El lunes a primera hora Fuckowski embarcaba a Zurich por la puerta A69 mientras Monchito recogía el equipaje en la cinta 13.

10

Monchito no tenía la más puta idea de aproximadamente nada en absoluto, pero su actitud era muy positiva. Minglanillas estaba encantado; jamás obtuvo un *no* por respuesta. *Haz esto ahora, esto tiene que estar mañana a primera hora, esto es máxima prioridad, esto también*. Monchito no rechistaba; por cada difusa especificación del arquitecto se pegaba cuatro o cinco horas navegando por la red, descargaba algún análisis técnico parecido, cambiaba medidas y cantidades, lo imprimía todo y entregaba un folio a cada albañil.

Nunca llegaba al hotel antes de las doce de la noche. Clarisa tampoco; al terminar su turno de recepcionista se iba al despacho de Minglanillas y le ayudaba en todo lo que podía. Ellos sí que sabían lo que era el trabajo en equipo.

Diecisiete coma dos maridos maltrataron a sus mujeres, el precio de la vivienda subió un ocho por ciento, los tipos de interés un tres, veintidós moros se ahogaron en el estrecho, Enriquito fue expulsado de la casa de Gran Hermano, y finalmente, para gloria de la humanidad, ShopMaster estuvo terminado.

11

Al regreso de Fuckowski estaban dándole la última capa de pintura a la fachada; había quedado idéntica a la simulación. El primer gran proyecto de Minglanillas ya era una realidad.

Dio comienzo la fase de pruebas: Fuckowski debía inspeccionar todo el edificio y listar las más que improbables incidencias. Minglanillas le abrió las enormes puertas con una gran sonrisa, pensando: *a ver qué tienes que objetar ahora, pequeña cucaracha sabelotodo.*

Fuckowski salió de allí a la hora y media con un ataque de risa histérica. Intentaba decirle algo a

Minglanillas, pero no podía pronunciar palabra. Rió, lloró, se revolcó por el suelo y a punto estuvo de ahogarse.

Le trajeron un vaso de agua, y finalmente pudo hablar:

-Bueno, en principio tres incidencias menores. Nada, poca cosa. A) Las puertas se abren hacia fuera y bloquean el pasillo, B) no hay tuberías que desalojen los residuos, la mierda, vaya, y C) no hay instalación eléctrica. Creo que voy poner una tienda de pilas alcalinas aquí al lado; en dos meses me compro una isla en el Caribe.

Dos palomas picoteaban a los pies de Minglanillas. La cosa estaba jodida.

12

La reunión de crisis duró tres horas y media. Minglanillas exigía una estimación del tiempo necesario para solucionar las incidencias, y Fuckowski sostenía que lo que necesitaban era una demoledora porque aquello no lo arreglaba ni

Perry Mason. Dieron vueltas y más vueltas sobre lo mismo, hablaron de reusabilidad, refactorización, las pirámides de Egipto, los esclavos, se mentaron a las respectivas madres y se arrojaron documentos con sus pisapapeles, pero no consiguieron llegar a un acuerdo.

Minglanillas, el Niño de las Chispas, se puso la montera y sacó el capote, y Monchito y Clarisa subieron a lomos de sus caballos con sus sombreros de picadores, pero Fuckowski (setenta y cinco kilos, ganadería de Pito del Sereno) tenía ya los cuernos retorcidos y luego de un par de verónicas abandonó la plaza sin que le pusieran ni una sola banderilla. Minglanillas dio la vuelta al ruedo y se fue a su oficina a ponerle una velita a San Cipriano.

En la soledad de su despacho, Minglanillas abrió la guía Zen buscando iluminación. Leyó y leyó desesperadamente, pero no encontraba la respuesta. Estaba a punto de perder la esperanza cuando de entre las páginas algo cayó al suelo.

Se hizo la luz. Era la Business Card del señor Smith.

Con un dedo tembloroso marcó el número, respiró hondo, carraspeó, y una vez intercambiados los saludos de rigor, Minglanillas expuso la situación de la forma más objetiva que pudo.

Fuckowski lo había jodido todo. Su actitud había sido reticente desde un principio, no había colaborado en nada, se había mostrado inflexible, se había negado a echar horas, había sido extremadamente grosero con el equipo, se había ido de vacaciones cuando más se le necesitaba, y ahora se negaba a solucionar las incidencias. Estaba cometiendo el peor de los pecados: la no creencia en el proyecto. ShopMaster corría peligro.

La respuesta del señor Smith le heló la sangre. Minglanillas le dio las gracias, colgó el teléfono y rompió a llorar.

Le enviaba al Escorpión Rojo.

13

Muchos pensaban que el Escorpión Rojo era

una leyenda urbana. Todos habían oído hablar de él, pero pocos lo habían visto.

El Martes a primera hora multitud de curiosos acudieron a recepción. Minglanillas, Monchito y Clarisa esperaban en la entrada con sus mejores sonrisas.

A las ocho cero cero las puertas automáticas empezaron a abrirse lentamente.

Se hizo el silencio. Ante ellos, el mito: Estela, Mike y Marc, la división Escorpión Rojo, elite de la consultoría, en perfecta formación triangular. Estela al frente, toda ella gabardina azul de tres cuartos a juego con sus tacones y sus guantes de cuero; Marc y Mike detrás, elegante simetría de chalecos negros y zapatos italianos. Una sola palabra lo inundaba todo: *escoba*.

Clarisa les dio la bienvenida. El Escorpión Rojo, sin romper nunca la formación, atravesó las instalaciones justo por la bisectriz, desfilando en dirección al recién construido edificio. El sepulcral silencio fue perforado por el armónico rodar de las tres pequeñas maletas y los autoritarios taconazos

de Estela, precisos cual metrónomo japonés. Comparada con Estela, Ivon era una palurda con calculadora.

Entraron a ShopMaster. Los tres consultores miraban rítmicamente a izquierda y derecha, comprendiéndolo todo a su paso. De vez en cuando intercambiaban alguna frase en inglés o alemán, a pesar de que los tres eran de Soria. Estela era la más entusiasta: caminaba con los ojos abiertos de par en par, se fijaba en cada detalle y todo le maravillaba. Mirad, ¡ventanas de doble acristalamiento! Oh my god! A cada paso soltaba un *¡oooh!* y un *¡ah!* Parecía que llevase unas bolas chinasmetidas en el chocho.

Mike llevaba largas patillas y un peinado con cresta que le daba un aire de diablillo ingenioso. Cuando hablaba Estela, Mike asentía sonriente con una ceja levantada, como si siempre llevase un as en la manga. *Nada como el PVC*, decía ella. *Si supieras por dónde van ya los alemanes*, replicaba él.

Marc, cabello rubio barnizado, solía responder a ambos simplemente con un gesto. Extendía las

dos manos y las bajaba lentamente. *Tranquilos, niños (algún día dirigiré todo esto)*. Minglanillas le observaba con absoluta admiración y pensaba: *mierda, ese gesto… ¡ese tipo es doble arquitecto!*

Ninguno de los escorpiones era guapo, pero se comportaban como top models. En el siglo de la estupidez, todas las casas se empezaban por la fachada.

14

Después del *análisis ocular in situ*, los escorpiones se encerraron en un despacho. Cubrieron toda una mesa de juntas con documentos a color, acoplaron sus portátiles, y se pusieron manos a la obra.

Durante seis días y seis noches trabajaron sin descanso. Estudiaron la *casuística*, identificaron con éxito todos los *weak points*, listaron los *use cases*, conexionaron sinergias, corrigieron desajustes sectoriales, crearon métodos idempotentes,

aplicaron estrategias de convergencia, generaron documentación *IEEE compliant*, y pidieron pizza.

¡Oh! Nada como la mozarella holandesa…
Si supieras por dónde van los italianos…
Tranquilos (algún día dirigiré todo esto)

Una tarde, Estela salió a dar un paseo. Se sentó en un banco del jardín, encendió un cigarro y fumó despacio. Su mirada atravesaba el rimel y se perdía en el infinito de sus reflexiones.

Allí donde la mujer quiere llegar, de allí parto yo… Todo lo que la mujer desea se da en mí. Yo soy la ambición y el éxito, yo soy el fin del camino al futuro.

Pronto me saldrá polla.

Y será más grande que la de Mike.

Clarisa la miraba desde recepción. Anochecía. Tenía que aprobar ese examen.

15

La solución óptima a las incidencias fue enviada a todo el equipo en formato Power Point.

SOLUCIONES ESTRATEGICAS
PROYECTO SHOPMASTER
División Escorpión Rojo

PUNTOS CLAVE:
1. Apertura inversa de puertas delimitadoras de sectores
2. Sistema de desalojos residuales divergentes no integrado
3. Suministro energético no inherente a la infraestructura

SOLUCION:
Aplicar metodología Smart Shopping®

1. En el mercado de la convergencia, la información es el valor añadido. Por ello se hace cada vez más necesaria la protección de datos. Smart

Shopping® incorpora el sistema Protected Space®, que bloquea el acceso al canal común (el pasillo) en todas las operaciones de entrada/salida, asegurando así la total privacidad de los datos en cada sector. Tan sólo es necesario un sistema de semáforos que controle los accesos concurrentes al canal común para evitar interbloqueos.

2. La ineficiencia de los sistemas integrados de desalojo de residuos ha sido recientemente demostrada. En Smart Shopping® se aplica la tecnología Garbage Collector®, que elimina residuos de forma externa y bajo demanda. Garbage Collector® solo opera cuando se le necesita, consiguiendo un uso eficiente de los recursos. Debe implementarse un sistema de semáforos que indique cuándo deben desalojarse residuos de cada sector, sincronizado con el sistema de señales de Protected Space®

3. Los suministros energéticos inherentes a infraestructuras provocan una total dependencia de la plataforma, debiendo situarse el hardware

siempre cercano a los puntos de acceso al suministro, vulgarmente denominados enchufes. Esto dificulta enormemente el cambio rápido del look and feel de cada sector, imprescindible para adaptar la decoración a las siempre cambiantes tendencias. Smart Shopping® incorpora el sistema Virtual Plug®, consistente en un set de baterías recargables fácilmente reposicionables. Con Virtual Plug®, la posición de los puntos de acceso es totalmente customizable. Se necesita un sistema de semáforos adicional que indique qué baterías se encuentran en estado crítico, sincronizado con Garbage Collector® y Protected Space®

Hoy por hoy, podemos asegurar que Smart Shopping® marcará las tendencias de los mercados del mañana.

Y el Escorpión Rojo se quedó tan ancho.

El feedback no pudo ser más positivo. Todos se deshicieron en elogios a excepción de Fuckowski,

que respondió con un mail en blanco con asunto: *>>CUÑAAAAAAAO!!!!*

16

Se implementaron las soluciones y se integraron los sistemas de semáforos. ShopMaster quedó repleto de pequeñas baterías con ruedas y lucecitas de colores. El pasillo se asemejaba al interior de una nave espacial, con todos esos centelleantes indicadores.

Se preparó minuciosamente el plan de pruebas. Decenas de becarios ocuparon las posiciones indicadas. Uno de ellos tuvo el honor de desempeñar el puesto de GarbageCollector®. Le dieron un cubo y una pequeña pala y se dedicó a hacer la ronda por los retretes recolectando residuos.

En la primera prueba hubo un pequeño percance: al atravesar el canal común, el GarbageCollector® tropezó con un VirtualPlug® y se estrelló contra un ProtectedSpace®, incrustando la cabeza en el cubo de la mierda. Salió de allí corriendo,

todo marrón, y nunca más se supo de él. Algunos le oyeron gritar: *¡que le den por culo al mantenimiento técnico!*

El siempre despierto Escorpión Rojo identificó la necesidad de diseñar un curso de formación para nuevos usuarios del sistema SmartShopping®, dado lo novedoso de la metodología.

El señor Smith consiguió que el curso lo subvencionara la junta, con lo que se embolsó quince millones a cambio de dar esperanza a cuatrocientos parados.

Minglanillas le hizo el examen a Clarisa. Fue un examen *oral*. Ella lo pasó sin problemas y se fue a comprar un chicle de menta.

17

En total cuatrocientas personas asistieron al curso impartido por la recién constituida división

Águila Dorada: Clarisa, Monchito y Minglanillas. Fuckowski, en su eterna necesidad de despreciar toda élite, los rebautizó como *el pollo amarillo*.

Casi todos los asistentes pensaron que la tecnología SmartShopping® era demasiado compleja; no entendían por qué tenían que esperar a que un semáforo se pusiera verde hasta para ir a cagar. Pero supusieron que la tecnología SmartShopping® era para empleados inteligentes, y como nadie quería parecer no capacitado para el posible puesto de trabajo, no se habló del tema.

Álvaro se encontraba entre los asistentes. A veces Clarisa, entre diapositiva y diapositiva, le echaba una mirada maliciosa y seguía hablando de la protección de datos y el uso eficiente de recursos como si toda la vida se hubiera dedicado a ello. A ella le encantaba estar por encima de él. A él no le gustaban esos ruidosos tacones nuevos.

Al finalizar el curso se repartieron cuatrocientos diplomas acreditativos. Uno de los desempleados fue contratado como Junior GarbageCollector® y al resto le fueron enviadas cartas agradeciéndoles

la asistencia, informándoles de que su currículum permanecería durante seis meses en la base de datos de Teddybear Consulting, y deseándoles suerte en todo lo que emprendieran.

El mismo día de la inauguración, ShopMaster salió a bolsa. Todos los directivos de Teddybear tenían en sus contratos una cláusula de opción de compra sobre acciones en más que ventajosas condiciones. En concreto el señor Smith compró quince millones en acciones de ShopMaster.

La inauguración fue apoteósica. Se habilitó un escenario frente al reluciente edificio. Junto a él se colocó un enorme cartel publicitario que mostraba el logotipo de ShopMaster sobre un fondo de nubes y un montón de gente feliz que señalaba al cielo como si lloviesen billetes de 500.

El señor Smith, situado entre el Escorpión Rojo y el Águila Dorada, obsequió a la audiencia con un elocuente discurso sobre la excelencia profesional, que culminó con un *"hoy por hoy, podemos asegurar que ShopMaster sentará las bases del fu-*

turo del comercio".

Cortó la cinta roja y todo termino en una orgía de aplausos y confeti.

18

En los meses siguientes el valor de las acciones subió y subió hasta casi quintuplicarse, el señor Smith vendió su paquete embolsándose cincuenta kilos, y un siete de Agosto a las tres de la tarde ShopMaster fue declarado oficialmente en quiebra. En Cuenca soplaban vientos del noroeste.

Se produjeron muchos despidos. Hubo un gran revuelo, el asunto incluso llegó a la televisión. Se retransmitieron imágenes de gente acampada frente a ShopMaster reclamando sus puestos de trabajo. Aguantaron casi cuatro semanas y finalmente volvieron a sus casas a intentar rehacer sus vidas.

El último en abandonar fue un joven que pasó treinta días y treinta noches acampado en el jardín

en compañía de un husky siberiano, que solo se separó de su lado para ir a buscar alguna botella de plástico y dejarla a los pies de su amo pidiendo juego.

19

Para adaptarse a las nuevas tendencias, Teddybear cambió de nombre y de domicilio fiscal. Corrió el rumor de que el cambio de nombre tenía algo que ver con la quiebra de ShopMaster; incluso se llegó a insinuar que las cuentas se habían estado maquillando durante meses para mantener el valor de las acciones hasta que la directiva hubiera vendido sus paquetes.

Los documentos nunca aparecieron. Alguien dijo que el Escorpión Rojo había llevado a cabo una operación secreta en la que se destruyó toda la documentación. Pero la mayoría pensaba que el Escorpión Rojo no existía.

20

Minglanillas olvidó pronto todo ese asunto lleno rumores malintencionados. Él vivía con la mirada puesta en el futuro. Muchos otros tenían que quedarse a vivir en el pasado de Minglanillas, pero a él nada de esto le importaba. *No hay que centrarse en lo negativo*, decía la guía Zen. Eso era lo que hacían los Fuckowskis, por eso vivían cabreados.

Salió del nuevo edificio de la empresa con su nueva novia y su nueva tarjeta de identificación. Abrió la puerta de su nuevo descapotable rojo e hizo entrar a Clarisa.

Minglanillas tenía un don, sí. Todo lo que tocaba se convertía en mierda. Clarisa también tenía el don; sólo dios sabía lo que podía pasar si les daba por hacer el sesenta y nueve.

Antes de entrar al coche echó un vistazo al nuevo cuartel general de la compañía. Era una preciosa fachada.

En el jardín de la entrada había una estatua en bronce del señor Smith. Sobre la enorme puerta giratoria, el nuevo logotipo en letras doradas:

FUTURE RAINBOW CONSULTING

Por todas partes revoloteaban palomas.

Microfábula

-No estás a mi altura -dijo el escarabajo pelotero al águila real.

Y así se fue, dándole vueltas a su bola de mierda.

El Commander

1

Entre mojito y mojito mi buen amigo Antonio me contaba el plan para el día siguiente: volar en avioneta hasta Almería desde el aeropuerto de la Axarquía. Pilotaría el señor David Peckham, un inglés de unos setenta años que había comprado una avioneta hecha pedazos y la había puesto a punto él mismo, destornillador en mano. Dicho así, el plan no me resultó muy atractivo; ya me veía a la Guardia Civil buscando mis piños por la playa de La Herradura. El cacharro de Mr. Peckham era de cuatro plazas; Toni también se unía a la fiesta. Decidimos apurar los vasos e irnos a dormir inmediatamente para estar despejados por la mañana.

-Buessentonces hasstabañada, tío –dije cinco mojitos después.

Me fui a casa y me metí en la cama a soñar con avionetas destartaladas, politraumatismos encefá-

licos y quemaduras de cuarto grado. Al poco rato sonó el despertador.

2

Salí a desayunar con Antonio. Dos zumos de naranja y dos bocatas de jamón serrano más tarde todavía no lo veía muy claro.

-¿Y cómo es eso de que le ha sacado las tripas a la avioneta y la ha reconstruído? Mira que una avioneta no es como un mechero, que o le falta gas o le falla la piedra... –dije.

-Nada tío, no te preocupes, que el señor Peckham ha sido ingeniero.

Ah, pues entonces sí. Algunos momentos de mis diez años ingenieriles desfilaron por mi mente: inspirados análisis, estupendos diseños, pomposidad, mucha documentación, grandes sonrisas de autosuficiencia, codificación impecable, infalibles planes de pruebas, y en la demo el cliente mete usuario y contraseña y zas, *Error de Sistema* y a casita con el rabo entre las piernas. Y una demo fa-

llida pues todavía, pero como el error de sistema le de a la avioneta en lo que es el mismo estabilizador de la biela del cigüeñal, ya me dirás tú…

-Como el tío lleve corbata echo a correr sin mirar atrás–dije.

Toni nos recogió en su coche. Llegamos al aeródromo en pocos minutos, salimos del vehículo y esperamos a pie de pista a que llegara la avioneta.

Yo esperaba que en cualquier momento apareciese de detrás de los hangares un cacharo destartalado, vibrante y saltarín dejando un reguero de tuercas entre chirridos de engranajes oxidados, petardeos humeantes y toques de claxon con la musica de La Cucaracha. De pronto se descolgaría la hélice y saldría de la cabina un entrañable abuelete parecido a Harpo Marx, colocaría la hélice en su sitio, nos sonreiría con cara de *aquí no ha pasado* nada y nos indicaría que subiésemos con un par de toques de su bocina.

Pasaban los minutos y yo preparaba mentalmente las últimas palabras para mis seres queridos. ¿Cuántos SMS´s me daría tiempo a enviar

durante una caída en picado? Algunas frases se iban formando solas en mi cabeza: *"que sepas que siempre te quise aunque toda la vida fui un poco capullo", "adiós, gracias por todo, por favor, nunca dejéis que mi perro se sienta solo"*, cosas así.

Al momento apareció, flamante, el Commander (así había bautizado el señor Peckham a la criatura). Por fuera estaba como nuevo. Mister Peckham se apeó del avión y nos saludó efusivamente. Antonio hizo las presentaciones:

-Toni, Alfredo, este es David Peckham. Habla muy poquito español.

-He empezado a aprender ahora –dijo.

Con dos cojones. Yo dejé las clases de alemán con veinticuatro años porque pensaba que ya era demasiado tarde.

La mirada de David rebosaba inteligencia. Era una mirada limpia, profunda, valiente, afirmativa. En David la edad se convertía en una mera cuestión técnica, una cifra escrita en alguna parte. No había en él nada de lo que normalmente se asocia con la denominada "tercera edad". (Mira que nos

gustan los eufemismos: hombre Paco, cuánto tiempo, ¿como está tu mujer? Pues ya ves, dos años lleva ya en la quinta edad, ahora mismo iba a ponerle flores...)

Nos fuimos al bar mientras David cargaba combustible y le hacía el chequeo rutinario a la avioneta. Entré directo al servicio y mientras meaba eché un vistazo al ventanuco y consideré seriamente darme el piro. Tiré de la cadena y descarté la opción.

3

David entró al bar: había llegado el momento de la verdad. Apuramos nuestros cafés y volvimos a pista. Todo estaba preparado para el despegue. Subimos al Commander.

El trasto comenzó a rodar muy despacio. Encaramos la pista. David hizo una serie de comprobaciones de última hora. Verificó indicadores, ajustó controles, se aseguró de que las puertas estuvieran debidamente bloqueadas y nos indicó que nos

abrochásemos los cinturones.

-¿Estáis preparados? -preguntó.

Volví a mirar a la pista. Parecía interminable. Tuve la sensación de tener frente a mí el resto de mi vida. Y entre ella y yo, el miedo. Entonces lo vi claro. Cerré los ojos, respiré hondo y me dije: este es el momento de echarle valor al asunto. Quiero volar.

-Preparado -dije.

Antonio y Toni levantaron los pulgares. David agarró los mandos. Rodamos por la pista ganando más y más velocidad. El Commander empezó a vibrar y a rugir, majestuoso, como un gran tigre justo antes de saltar sobre el fuego. Yo apretaba los dientes. Mi corazón latía con fuerza.

De pronto toda la potencia contenida del Commander se liberó. Las ruedas se despegaron de la pista y comenzamos a elevarnos. Vitoreamos a David y aplaudimos con ganas. Estábamos en el aire. El miedo se había quedado en tierra.

David maniobraba con una habilidad pasmosa. Consultó el plan de vuelo, ajustó el rumbo y soltó

los mandos.

-Esto va sólo -me explicó-, simplemente hay que corregir la dirección de vez en cuando.

Claro, todo va sólo. Una vez que le has echado cojones y has conseguido despegar. Así es la vida. La vida es lo que hay después del miedo.

4

Fuimos bordeando la costa. Sonreíamos y disfrutábamos de las vistas. Allí arriba el cielo y el mar se fundían; el horizonte lo teníamos que imaginar nosotros. Jugué a adivinarlo entre las nubes, a darle forma mentalmente. Al final me decidí por la nada: era la forma más bella.

De vez en cuando me volvía hacia mis amigos. Nos hablábamos sin decir nada; bastaba con mirarnos y asentir levemente. Sí, todos estábamos flotando en la misma sensación. Son muy pocas las veces en las que dos almas se encuentran de verdad en el mismo sitio, y allí estábamos los cuatro, compartiendo una única sonrisa.

En algo más de media hora sobrevolábamos Almería. Comenzamos la maniobra de descenso. Era una tarde limpia de Agosto; la luz del sol reposaba sobre un mar verdoso, minúsculas hormigas circulaban por las carreteras, un crucero descansaba en el puerto. La vida seguía su placentero curso y nosotros flotábamos sobre una calma espesa y templada.

David aterrizó con maestría. Mientras recorríamos la pista caí en la cuenta de que no estábamos en ningún pequeño aeródromo. Cuando nos bajamos del Commander vimos despegar un avión de Iberia.

Llegamos a la terminal y nos metimos por entre las cintas de equipaje. Varios operarios ataviados con monos de trabajo y chalecos reflectantes cargaban maletas, y allí estábamos nosotros, en bañador y chanclas, toallas al hombro cuales domingueros. Atravesamos un corredor, y al ir a cruzar la puerta de salida nos asaltó un vigilante de seguridad que nos miraba con los ojos como platos.

-¡Oigan! ¡Oigan! ¿Pero ustedes dónde van?

-A ponernos hasta el culo de cigalas, buen hombre.

Nos acompañó a un mostrador y nos hizo rellenar unos papeles. Salimos a la calle y cogimos un taxi. Al chiringuito, por favor.

5

Las cigalas sabían a mar, a verano, a victoria. Una brisa salada se colaba por la ventana. Una brisa con regusto a arena húmeda, a madera vieja curtida por las olas, a restos de pescado, a gaviotas. Vaciábamos doradas jarras de cerveza y charlábamos animadamente.

Entre bocado y bocado David nos contaba su vida: nacido en el 41 en Inglaterra, se hizo ingeniero aeronáutico, trabajó allí algún tiempo y luego le destinaron a Oriente Medio. Escuchamos con especial atención mientras nos relataba cómo después de catorce años en Kuwait había tenido que salir cagando leches el día de la invasión.

Dicen que tras la jubilación con frecuencia so-

breviene una crisis. El día que se retiró, David se fue a Alemania con su buen amigo Ian Whittle, hijo de Sir Frank Whittle, el inventor del motor a reacción, a comprarse una avioneta. Acto seguido se vino a vivir a España (a una casa en el monte donde no llegan las líneas telefónicas), le sacó las tripas al trasto y se pegó dos años para reconvertirlo en el Commander. Hacía un par de semanas había hecho la Vuelta Aérea a España con él.

-Ahora estoy pensando en comprarme un barco, pero antes quiero pasar una temporada en el Sahara -nos contó.

-¿En el Sahara? Pero ahí la cosa está un poco jodida -le dijo Antonio.

-La vida es para vivirla; si te estrellas, recoges los pedazos y empiezas de nuevo.

Decidí a tatuarme esa frase en el alma.

Tras una prolongada sobremesa nos fuimos a la playa a tomar un rato el sol. No teníamos mucho tiempo, había que volver con buena luz. Tumbados sobre la arena hablamos de mujeres. David era viudo; un cáncer se había llevado a su esposa hacía

muchos años. Aquello le destrozó. Él recogió los pedazos.

6

Aterrizamos en la Axarquía en medio del crepúsculo. En el hangar nos esperaba Annee, la guapa compañera de David, con unas cervezas bien frías. Brindamos y nos sentamos a beber con los últimos rayos del sol.

Sentado en aquel hangar los minutos pasaban lentos. Eché una mirada al Commander y no pude evitar pensar en mí mismo, en cómo en ocasiones me sentía viejo, gastado, oxidado, incapaz de remontar el vuelo. Qué ridículo. La próxima vez que me sienta así me sacaré las entrañas y me reconstruiré pieza por pieza: aquí un poco de sol, allí un poco de arena, una capa de brisa salada y espuma de mar, un atardecer azul salpicado de buenos recuerdos.

Bebíamos despacio mientras la noche caía sobre

nosotros. El cielo se iba poblando de estrellas, los grillos empezaban a cantar tímidamente. La vida renacía, y el horizonte seguía sin tener forma.

Alas de barro

1

Las seis de la mañana. Al hijoputa que inventó el despertador deberían torturarlo hasta morir. Al cabrón de su primo, el que inventó la resaca, también. Y al subnormal que se fue ayer a un bar irlandés y se calzó siete pintas teniendo hoy una presentación, a ése... bueno, a ése le iba a tener que perdonar.

Me dediqué a maldecir el mundo al pie de mi cama diez minutos más y luego me di una ducha, me vestí apresuradamente y salí a la calle.

No había tenido tiempo ni de mirar por la ventana. Llovía a mares. Pero no volví a por el paraguas. La lluvia me gustaba, me recordaba algo. Creo que era el olor a tierra mojada. Era el olor de la esperanza. Me hacía sentir que el mundo alguna vez podría empezar de nuevo, y esta vez salir bien. Todavía había algo, algo latiendo, dormido, bajo el barro y el cemento.

Así que iba sin paraguas, mojándome la cabeza, respirando profundamente, intentando que ese algo me llegara dentro. Mi tren estaba a punto de salir. Entré en el último segundo, y el olor de la esperanza fue sustituido por una mezcla de aromas: sobacos, papel mojado, y perfume barato de putón verbenero. El que más me jodía era el de papel mojado, por el doble sentido.

A ver si los chinos sacaban ya un reproductor de mp3 con olores. O mejor no. Que seguro que empezarían a circular correos electrónicos con olores adjuntos, titulados "FW: rosas silvestres del Tibet", y que después de diez segundos de embriagadoras fragancias y música chill te sorprenderían con un repentino pestazo a mierda de burro y al final una voz diría "Jajaja, manda esto a seiscientas personas o tendrás una semana de mierda".

El tren llegó a su destino. Ya no llovía.

La presentación era a las nueve. Aún tenía que retocar la demo y el power point, pero la resaca me estaba matando. Necesitaba echarme algo al estómago. Bajé a la cantina.

Allí estaba Lourdes, la recepcionista. Nos saludamos y puse a preparar un café. No estaba en condiciones de entablar conversación. Saqué de la máquina un sándwich de pollo, y entonces Lourdes rompió el hielo:

-Veo que sigues comiendo cadáveres para sobrevivir.

Se me había olvidado que ella era una de esas vegetarianas coñazo.

-Sí, ya ves.

-¿No te remuerde la conciencia?

-Pues... lo justo. Supongo que lo mismo que a una araña o un gato.

-Ay, yo no podría...

-Bueno. Cada uno es cada uno.

No quería empezar a hablar de carnívoros y herbívoros, fumadores y no fumadores, dios y el diablo. Me fui de allí con mi sándwich de cadáver y mi café. Decidí salir al parque a despejarme un poco.

Paseando por entré los árboles que circundaban el edificio me pregunté por qué carajo se empeña-

ban en rodear las cárceles de bonitos espacios. Era publicidad engañosa; te daban el espacio y te quitaban el tiempo. Ellos salían ganando.

Un leve movimiento al pie de un árbol me sacó de mis reflexiones. Era un pájaro negro. Un pichón. Estaba muy quieto, me miraba con cautela. Yo también me paré, y me quedé mirándolo. Era bonito.

Empecé a aproximarme al él muy lentamente, haciendo el menor ruido posible. Quería comprobar cuánto me dejaría acercarme sin huir volando. Quizás se diese cuenta de que yo no pensaba hacerle daño. Quizás, si me dejaba rozarlo, significaría que conmigo había hecho una excepción, que a mí me había considerado distinto. Que parte de ese algo de la lluvia sí que se me había quedado dentro, haciéndome mejor.

Me acerque más y más. El pájaro no se movía. Al final lo tuve entre mis pies. Pero lo que vi me descorazonó. Aquel pájaro no podía volar; se había caído del nido. Tenía sangre en las alas. A todos los efectos, ya estaba muerto.

No sabía que hacer. Me sentía miserable. Para mí no podía haber peor visión que aquella. Tenía que hacer algo, no podía abandonarlo allí.

Intenté cogerlo, pero dio unos pasos y se volvió a parar. Me miró de nuevo, y esta vez me pareció que estaba asustado y a la vez necesitado. Pero ¿qué cojones podía hacer yo? Tenía delante el símbolo de mi propia tragedia y no se me ocurría ninguna solución. Realmente era horrible la sensación de impotencia. Ahora entendía que la gente llegase a suicidarse. Era como si la sangre se te convirtiese en veneno, sentías que todo era una mierda y que la culpa era tuya. Que en realidad todo estaba ya perdido. La única opción era abandonar. Nihilismo, suicidio, consultoría de forlayos.

Lo intenté de nuevo y el pichón volvió a huir. Rodeó el árbol y se ocultó de mi vista. Pensé que si lo cogía le haría más daño. Mi presentación iba a empezar en breve. Me bloqueé y empecé a sudar tinta.

Concluí que no podía hacer nada. Cosas así pasaban a cada minuto, era ley de vida. No era culpa mía. Además como llegase tarde a la presentación

se iba a montar una buena.

Dejé atrás el parque y entré al edificio. Lourdes estaba en su mesa, mirando su pantalla, con esos auriculares con micrófono incorporado. Pura realidad virtual. En ese momento no me hubiese importado ponerme un casco de VR yo también. Enchufarme a alguna realidad alternativa que me hiciese olvidar lo asquerosamente rata que me sentía.

Entré al ascensor. De hecho, me parecía que había otra realidad de la que me estaba desenchufando para siempre. La del bosque y la lluvia. Aún me unía a ella una especie de débil cordón que las puertas del ascensor iban a cortar en dos segundos, dejándome solo en la realidad del cemento y el cristal, donde ya nada olía a esperanza.

2

Le podían dar por culo al cemento. Puse el pie

entre las dos puertas y volvieron a abrirse. Dejé mi café y mi necro-sándwich en la mesa de Lourdes. Salí del edificio y volví al parque. El pichón aún estaba detrás del árbol, inmóvil. Yo seguía sin saber qué hacer, pero al menos haría algo, que era mejor que nada.

Me costó seis intentos y dos vueltas al árbol agarrar al pajarito. Me lo acerqué para verle las heridas y se me cagó en la corbata. Bien. Me dejaría la mierda ahí siempre. Hacía juego con mi empleo.

Sentía una extraña mezcla de miedo y valor. Aquello estaba bien. El pichón se quedó quieto entre mis manos. Las manchas en las alas bien podían no ser sangre. Tenía que intentar limpiarlo. Con el reverso de la corbata froté aquello todo lo delicadamente que pude. El pájaro no se quejó; al parecer sólo era barro. Debía haberse manchado al caer.

Pero no volaba. Ni siquiera intentaba mover las alas. ¿Tendría algo roto? Si no me lo llevaba de ahí, estaba condenado. No tenía otra opción: el pichón se venía a mi casa. Después ya veríamos.

Necesitaba una caja. Lourdes me ayudaría.

Entré a recepción, y la vegetariana coñazo se me quedó mirando con cara de espanto y me soltó:

-Ni se te ocurra acercarme ese bicho asqueroso, seguro que tiene mil enfermedades.

De puta madre. O sea, que no era una ecologista vegetariana. Era una gilipollas haciendo una dieta.

-Lourdes, voy a llevármelo a casa. ¿Puedes darme una caja grande?

A regañadientes sacó una caja vacía del armario de artículos de oficina y la puso en su mostrador. Cuando me acerqué con el pájaro, ella se apartó. Metí ahí a la pobre criatura, y le hice unos agujeros con un bolígrafo a la tapa. Cerré la caja.

-Gracias. Por favor, llama a Paul y dile que no voy a poder estar en la presentación.

Ella me miró asombrada.

Salí de allí. En el mundo del cristal y el cemento se quedó una gilipollas a dieta de ensalada limpia-conciencias mientras yo atravesaba el parque con la corbata llena de mierda.

Me puse la caja bajo el brazo izquierdo y con la otra mano saqué el móvil y llamé a mi amigo Rafa, que era de campo, a ver si tenía idea de lo que hacer. Le expliqué la situación, le describí al pájaro con la mayor precisión que pude.

-Pues, por lo que dices, parece que simplemente es aún joven. Le calculo un mes, así que en dos o tres semanas, si no se muere de sed o de frío, podrá volar -dijo.

Me tranquilizó. Era cuestión de que el pichón aguantara. Si se me moría en casa iba a ser un drama, pero al menos podría decirme a mi mismo que había hecho lo posible.

Rafa había tenido docenas de pichones. Se morían con facilidad, me dijo. Me explicó cómo darle los cuidados básicos. Si Lourdes hubiera oído aquello, le hubiera dado un telele.

-Te agradezco los consejos. Me has quitado un peso de encima. Mañana me voy a ganar una buena bronca, ahora tendría que estar en una presentación... ya me puedo imaginar al Monchito recochineándose...

-Nada -respondió Rafa-, te llevas al pichón y

que le saque los ojos al Monchito. Por cierto, que le podías llamar Rockefeller, no sé si me explico…

-Jajaja, sí, lo acabas de bautizar. Bueno, te dejo, que estoy llegando al tren. Gracias otra vez.

-De nada, hasta luego chaval.

Colgué, y me reí un buen rato. Me sentía bien, me sentía parte de algo grande. Debía ser la tierra mojada.

Una vez en casa me puse manos a la obra. Saqué a Rockefeller de la caja y lo dejé encima de mi mesa. Seguía inmóvil. Llené la caja con calcetines viejos, metí al pájaro de nuevo dentro, y éste se acomodó. Me miraba fijamente, pestañeaba con cara de interrogante.

Salí a la calle y compré trigo. A la vuelta, Rockefeller estaba durmiendo. En mi móvil había cuatro llamadas perdidas. Lo apagué, me tumbé en la cama, puse Las cuatro estaciones y me dejé llevar.

3

Desperté a media tarde y ya no tenía resaca. Era de puta madre poder dormir lo suficiente.

El pájaro se había cagado repetidas veces en el improvisado nido. Ahí estaba, metido en su caja, asustado, hambriento, y lo único que tenía era su propia mierda. El perfecto desarrollador de software.

Rockefeller tenía que alimentarse. Puse trigo mezclado con pan y agua en una taza, y se lo acerqué. Ni puto caso. Luego le acerqué un vaso de agua, y tampoco. Pues sí que estamos bien. ¿Y ahora qué?

Recordaba como mi madre había sacado a Satán adelante. Lo habíamos encontrado en un desagüe, moribundo. Sus cinco hermanos de camada ya se habían ahogado. Aún tenía el cordón umbilical colgando. Mi madre siempre sabía lo que hacer, cómo y cuándo darle de comer; se lo pegaba al pecho para que se durmiese oyendo los latidos de su corazón... Lo sacó de la muerte y ahora pesaba cuarenta kilos y era una de esas pocas cosas

que de verdad daban sentido a mi vida. ¿Cómo hacían las mujeres esas cosas? ¿Tenían una especie de voz interior que les decía qué hacer, o qué? Ellas tenían conexión directa con algún plano que yo desconocía.

Rockefeller no tenía tecla de "HELP" por ninguna parte. Estábamos jodidos. El sudor frío me volvió a pegar la camisa al cuerpo.

Tenía que beber, y según Rafa, si no sabía beber solo tendría que hacerle el boca a boca. En fin, en peores plazas habíamos toreado. Vamos allá.

Me llené la boca de agua, cogí al pichón con una mano, y con la otra le agarré la cabeza y le metí el pico entre mis labios. Suavemente le insuflé agua dentro. Noté una pequeña lengüecita succionando.

Repetí la operación tres veces más, luego escupí, me limpié la boca lo mejor que pude, y lo intenté con la comida. Cuidadosamente le agarraba la cabeza por detrás y con dos dedos le abría el pico. Con la otra mano le metía pedacitos de comida dentro. El pájaro se sacudía. A veces la comida se le salía y otras veces se la tragaba. Al

principio temía romperle la cabeza, pero poco a poco perdí el miedo y me fue resultando más fácil.

Bebió y comió bastante. Pensé que acababa de hacer algo así como insuflar vida. Era una sensación milagrosa.

4

Al día siguiente, a las 8:05, Paul me llamó a su despacho. Me dolía haberle fallado. Era de los pocos jefes competentes de toda la empresa, si no el único. Sabía lo que hacía, sus estimaciones estaban basadas en su experiencia y no en una hoja de cálculo. De vez en cuando te encontrabas que había estado trasteando el código fuente y que había mejorado los objetos; llegaba el primero a la empresa y se iba el último, y cuando viajaba aprovechaba los vuelos para adelantar trabajo con el portátil. También sufría la conjura de los necios.

Entré allí con la cabeza gacha. Su cara era un poema. La mía, supongo que también.

-¿Qué te pasó ayer, Fuckowski?

-Una emergencia. Siento haberte dejado todo el trabajo. Pero tenía que hacerlo.

-¿Emergencia? No es eso lo que he oído.

Vaya, la que no comía carne sabía sacar hígados.

-Paul, asumo la responsabilidad. Si me vais a despedir o a expedientar, lo comprenderé.

-Nada de eso. Ya sabes que valoro tu trabajo, y que por desgracia no puedo tenerte en todos los proyectos conmigo, como me gustaría. Pero ayer me sentí decepcionado. Quiero entender como fuiste capaz de abandonar tus obligaciones por un simple pajarito.

-Precisamente, lo que hice ayer fue, creo, cumplir con mis obligaciones. Si no lo hubiese hecho, hoy me sentiría como el culo.

-Tus verdaderas obligaciones son esas que están descritas claramente en tu contrato.

-Paul, yo paso la mayor parte del tiempo aquí metido, y es fácil acostumbrarse a esa rutina. Pero a veces siento cosas...

-¿Cómo que “cosas”?

-Mira, en mis últimas vacaciones pasé dos semanas en Suiza y dejé a mi perro en casa de mis padres. Nunca había estado tanto tiempo sin verme, y a la vuelta, cuando fui a por él, yo me esperaba su típica fiesta de bienvenida. ¿Y sabes qué hizo?

-No...

-Nada. No hizo nada. Vino hacia mí lentamente, se sentó a mis pies, y se me quedó mirando fijamente con una expresión de asombro tal, que el cabrón me arrancó las lágrimas. Su mirada casi quería decir *¿pero de verdad eres tú?* Luego ladró una vez, porque yo me había quedado paralizado, y cuando reaccioné y me agaché para acariciarle la cabeza, se pasó lamiéndome diez minutos. Me hizo sentir tan vivo que pensé que la mayor parte del tiempo no soy más que un gilipollas congelado.

-Ah, ya veo. Mira, todas esas cosas están muy bien, pero no sé qué tienen que ver con tu falta de ayer.

-Tú bien sabes que no le tengo miedo al trabajo. Sudo mi miserable salario, curro entre cuarenta y sesenta horas, siempre ando metido en lo mío y

apagándoles los fuegos a los demás. Pero todo esto lo hago por poder llenarme la nevera y pagar el alquiler, y así seguir disfrutando de una vida a la que sólo esas cosas dan algún sentido. Ayer salvé una vida. Eso da sentido a la mía. Si no lo hubiera hecho, estar hoy aquí sería simple y llana esclavitud.

-Fuckowski, ¿no eres ya muy mayor para andarte preocupando por perritos, pajaritos, y todas esas mariconadas?

-Pues mira, si el precio a pagar por ahorrarme estas preocupaciones es que mi Satán pase a ser simplemente "un perrito", no me compensa.

-Joder. Eres un idealista. Muy bonito, pero eso no funciona en el mundo real.

Mierda. ¿Cuántas veces había oído ya eso? ¿En qué momento exacto de la historia el término idealista había pasado a considerarse despectivo?

-Bueno, aquella señora negra que un día decidió sentarse en el autobús en los asientos para blancos, no pensó que el mundo real fuese algo inmutable. Comenzó la liberación de toda su raza.

Aún quedaban muchos negros olvidados en al-

guna iglesia podrida del Harlem cantando desgarradas versiones Gospel del *I still haven´t found what I´m looking for*. Pero habíamos mejorado bastante.

Paul me miraba como si yo hubiese perdido por completo la razón. Yo no lo entendía.

-Fuckowski, te has equivocado de planeta.

Por un instante pensé en bosques, en lluvia, en el mar rompiendo al pie de un acantilado, la fría arena de la playa en una noche de verano.

-No puedo imaginarme un planeta mejor. Es sólo que está siendo invadido.

-¿¡Invadido!? -ahí era cuando Paul ya constataba del todo que yo era un paranoico- ¿¡Invadido por quién!?

-Por hombres pequeños y ciegos, con maletines y trajes, que siempre andan diciéndote cómo funciona el mundo real. Los peores tienen bigote.

-Está bien, está bien. Creo que podemos dejarlo aquí. Por favor, que no se repita lo de ayer. Supongo que con el tiempo acabarás madurando.

-Gracias, Paul. Intentaré que no se repita.

Madurar. Frutas maduras. Frutas que se caen del árbol y se pudren en el suelo. Pocos días antes había ido a un concierto. *Whitesnake*, en una sala bastante pequeña. Tenía a David Coverdale a diez metros. Cincuenta y siete años tenía ya el hombre, y allí estaba plantado, con su inmensa sonrisa, cantándonos el "*Here I go Again"*, llenándonos de toda la energía que le sobraba. A su edad no parecía andarse pudriendo en el suelo. Yo de viejo quería estar así de joven.

Toda mi vida había sido igual. Me desgañitaba exponiendo mis argumentos, mis ideas, mis sentimientos, y siempre se los cepillaban con una sola palabra. Idealista, inmaduro, mariconadas, romántico, loco. Parecía fácil menospreciar lo que nunca se había sentido.

A veces hasta me hacían dudar. O yo de verdad estaba loco, o loco era simplemente el término a aplicar al que no vivía en una determinada realidad, definida por vete a saber quien. Los de los maletines.

En ambos casos me importaba tres cojones.

5

Rockefeller se hacía mas fuerte cada día que pasaba. Y con él, mis convicciones. El día de la presentación había hecho lo correcto. Seguía teniendo que darle de comer directamente en el pico, pero ya me iba costando menos. Se esforzaba, algo en su interior iba despertando. Quería vivir.

Le tenía que limpiar la mierda del nido cada noche, para que no durmiera encima de ella. Hasta que un día, espontáneamente, aprendió a sacar el culo del nido y a echar su mierda fuera, en mi alfombra. Rockefeller ya era consultor.

Cada vez era más fácil. Cuando tenía hambre o sed, me piaba. Casi parecía que se enfadaba. Estaba claro que para todo bicho viviente la comunicación era una necesidad vital.

Una mañana, me despertó un batir de alas. El pájaro había volado hasta la otra punta de la mesa, se había posado en el filo de la taza del trigo, y estaba devorando los granos con avidez. Y al minuto,

como el que no quiere la cosa, dio unos pasos hasta el vaso con agua, metió la cabeza dentro y empezó a beber. A mí se me escaparon dos lágrimas como puños.

Fue sublime comprobar que los que los seres vivos llevamos cosas aprendidas dentro, cosas que no hace falta que salgan por la tele, ni que nos las escriban en contratos. Sólo hay que esperar a que afloren, y luego aguantar el chaparrón del menosprecio social y tirar para adelante.

Y una tarde, al volver del trabajo, me encontré un extraño cuadro en mi habitación. Rockefeller se había cagado en el nido, en la taza y en el vaso, había volado hasta la ventana y estaba picoteando el cristal.

Me recordó a mí mismo. Estaba listo para largarse.

El sábado por la mañana cerré la caja con Rockefeller dentro y me fui al parque central. Un silencio tan triste se apoderó de todo, que lo tuve que llenar con un LP de Vicente Amigo.

Camino del parque iba aterrorizado. ¿Sabría

arreglárselas sólo? Parecía fuerte. ¿Y si se moría de frío? ¿Y si me lo quedaba en casa para siempre?

No. Aseguraría su supervivencia pero le robaría su verdadera vida. Un delito.

Estaba claro lo que tenía que hacer. Recorrí el parque buscando algún sitio apropiado, donde pudiese refugiarse del frío, y donde hubiese palomas cerca para que se uniese al grupo.

Encontré el lugar idóneo entre unos arbustos, frente a un banco. Saqué a Rockefeller de la caja y me lo puse en el hombro. Anduve hasta una papelera, y tiré la caja. Rockefeller me picó una oreja.

Paseé por allí largo rato. Finalmente, el pájaro saltó. Dio un vuelo corto y aterrizó entre los arbustos. Me senté en el banco a esperar. Pero no se movía. No hacía nada. Tenía ante sí un mundo sin ventanas y no hacía nada.

Rockefeller parecía estar muy asustado. Llamé a Rafa de nuevo y le expliqué lo que pasaba. Su consejo fue muy clarificador:

-No te preocupes, pasa como con las personas. Ahora no hace nada, pero cuando empiece a pasar-

las putas ya espabilará...

Gran sabiduría la suya. Pues nada, a esperar. Yo miraba a Rockefeller, él me miraba a mí, y Vicente Amigo lloraba dulces escalas menores en un trémolo.

Por un momento cerré los ojos y no hubo más que una escala menor que lo bañaba todo de melancolía. Luego un Fa grave en suspenso y finalmente, para mi sorpresa, un fuerte golpe a un Mi mayor que cambió el sentido a toda la escala. Se hizo el silencio, abrí los ojos, y Rockefeller ya no estaba.

Me fui de allí con la sensación de que había pasado algo que no alcanzaba a comprender.

Y volví a ser un gilipollas congelado algunas semanas más. Luego a Paul le dio un infarto.

6

Aquella habitación de hospital olía a muerte y a desesperanza. Paul estaba tumbado en la cama.

Era una mañana nublada y gris. Llovía barro y polvo.

-Me recuperaré, no ha sido demasiado grave. Sólo un susto -me dijo.

-Sí, susto el que nos has dado a todos, tío. Pero vamos, ¡bicho malo nunca muere! -yo no sabía muy bien qué decir en estas situaciones, así que me decantaba por trivialidades.

La mujer de Paul había ido a comer. Estábamos solos. La vida podía ser una gran putada.

-¿Vas a volver? -pregunté.

-Claro. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Yo no lo sabía. Pero estaba seguro de que no quería sufrir un infarto a los cuarenta.

Entonces sucedió. Una paloma se posó en la cornisa exterior de la ventana. Estaba sucia de polvo y barro. Seguro que no era Rockefeller, pero el hecho de que perfectamente podría haberlo sido me llenó el alma.

Estaba quieta. Miraba al cielo. De pronto, por un claro entre las nubes se coló el sol. Por un instante todo se iluminó en un húmedo dorado. La

paloma se sacudió la mierda de un golpe, y echó a volar.

Mientras la veía perderse en el infinito lo entendí. Un golpe. Bastaba un solo golpe para quitarse la mierda de encima. De un golpe una escala menor se convertía en mayor, desaparecía la melancolía y todo se iluminaba.

El golpe era esa última palabra. La voluntad. Todo podía cambiar.

Miré a Paul, pero parecía habérselo perdido. Pensé en explicárselo, pero ya sabía lo que me iba a contestar: *mariconadas*.

Joder. Yo lo entendía y Paul no. ¿Y si me había vuelto gay?

Tenía que comprobarlo.

-Ahora vengo -dije.

Salí de la habitación y me puse a deambular por los pasillos sin saber muy bien lo que andaba buscando. ¿Cómo verifica uno su tendencia sexual?

Doblé una esquina y paré en seco. Una enfermera imponente con un culo que parecía estar hecho de pura roca se aproximaba a un mostrador

de información. Me escondí detrás de la esquina y me quedé mirando de reojo.

La mujer se puso a hablar con un celador sin ser consciente de que el culo podía hacer estallar su blanca minifalda en cualquier momento. Se agachó a firmar unos papeles y yo no pude remediar echarme la mano al paquete. La costurilla de la falda se le abría. Yo me frotaba la bragueta. La cosa se me puso bastante dura.

-Es usted un enfermo -me dijo una señora gorda que salía del ascensor.

-Señora, esto es un hospital, ¿qué esperaba?

Me largué de allí erecto y ruborizado. La vida era bella.

Volví a la habitación, me despedí de Paul, y salí del hospital. Paseé despacio. Respiraba profundamente. En la rama de un árbol vi pájaros posados. Eran David Coverdale, Vicente Amigo, Charles Bukowski. Y todos eran Rockefeller.

Había gente que escribía, cantaba, tocaba flamenco, pintaba cuadros. El motivo era muy sim-

ple: la vida estaba llena de cosas que valían la pena. Siempre nos lo andábamos recordando unos a otros, pero había que saber escuchar.

Yo no iba a tener un infarto a los cuarenta. De hecho, iba a tener un orgasmo a los veinticinco. ¿Cómo? Pues no lo sabía muy bien. Pero al menos iba a hacer algo, que era mejor que no hacer nada.

Quizá escritor, quizá músico, quizá actor porno. Puede que incluso informático, pero de los de verdad. O a lo mejor todo a la vez. Para empezar volvería a la facultad a terminar la carrera. Me quedaba poco pero nunca había tenido tiempo. Luego ya veríamos.

7

Volví al trabajo y escribí mi primer relato corto. Empezaba así:

Estimado señor,
por la presente comunico mi renuncia al

puesto de "Desarrollador Senior" que en la actualidad desempeño, haciéndose ésta efectiva en el plazo de cuatro semanas...

El resto era un poco ciencia ficción, pero tengo que reconocer que me quedó de puta madre.

Lo envié a RRHH. La noticia se corrió como la pólvora. A la hora del almuerzo muchos se acercaron a preguntar.

-¿Es verdad eso? ¿A dónde vas?

-Pues no lo sé. Simplemente me voy. Quiero hacer otras cosas. Viajar. Ver mundo.

-¿Y a estas alturas lo vas a dejar todo?

¿Todo? ¿Y qué era todo? ¿Un nido lleno de mierda y un vaso con agua? Pero no lo entendían. A la mayoría aún le daban de comer directamente en el pico.

-Pues sí. Voy a acabar la carrera, y en unos meses me largaré al extranjero.

-¿Y si no encuentras trabajo?

-Seguro que lo encontraré.

-¿Seguro? Tú no puedes estar seguro.

-Joder que no. Solo hay que mantenerse firme y

dar el golpe en el momento adecuado.

-Te vas a estrellar, macho...

-La vida es para vivirla. Si me estrello, recogeré los pedazos y volveré a empezar.

En mi puta vida me había sentido mejor. Notaba como algo en mi interior crecía, se desplegaba, desde muy dentro, y poco a poco se iba extendiendo hasta mis brazos y mis piernas. Era mi verdadero yo, que volvía. Había sido enterrado, a empujones: la vida no es así, idealismo, tú no puedes, tú no puedes, tú no puedes... Pues mira tú por dónde, yo sí puedo. Cojones, ¡cómo me había echado de menos a mí mismo!. Me sentía como justo después de afeitarme, ducharme, comer bien, tomar unas cervezas y echar un polvo.

No, más bien era como si en ese mismo instante estuviera echando un polvo. ¿Sería eso estar vivo?

La última hora de trabajo la dediqué a escribir la historia de Rockefeller. La imprimí y la releí. Necesitaba retoques, pero al menos no era papel mojado. Un poquito de belleza había quedado allí

capturada. Doblé las hojas, me las metí en el bolsillo de atrás del pantalón y me encaminé a la salida.

Caminaba deprisa. No me había dado cuenta de que estaba sonriendo. Bajé en el ascensor. Se abrieron las puertas. Con la mano le dije adiós a Lourdes, que estaba inmersa en su realidad virtual.

Aquel cordón, que una vez había estado a punto de romperse, tiraba de mí con fuerza.

Salí a la calle. Brillaba el sol. Me sentía ligero, muy ligero. Me había quitado toda la mierda de encima. Eché una última mirada al cristal y el cemento.

Y luego, amigos, eché a volar.

I.T. Pito del Sereno

-Póngase cómodo, señor Fuckowski. ¿Le apetece una cervecita? En esta empresa no nos gustan las formalidades, no nos van los estirados con palos de escoba metidos por el culo...

Coño. Pues sí que empieza bien la cosa.

-Esto... sí, por favor, negra, bien fría...

-Maika, por favor, tráigale una jarra de cerveza negra helada al señor Fuckowski. Estamos en la 237 -dijo por el intercomunicador.

Era un tipo de unos cuarenta años, con clase, algún mechón de canas, pero lucía una sonrisa de aspecto juvenil. Prosiguió:

-Bien. Ha superado usted tres entrevistas técnicas. Ésta será la entrevista final. Vayamos al grano. Veo por su currículum que tiene usted bastante experiencia. Pero no dura usted mucho en las empresas, ¿eh? -el tipo me guiñó un ojo.

-Pues... es que...

-No, no se disculpe. Sigue usted buscando el empleo ideal, en ese sitio donde las cosas se hagan

bien, ¿me equivoco?

-Eso, exactamente.

-Ocho años de experiencia. Está muy bien para su edad. Lleva usted diez años en la universidad, ¿cierto?

Joder. La pregunta del millón. A ver como le explico yo ahora el tema.

-Esto... sí. Tuve la oportunidad de trabajar, y consideré que... bueno... me quedan sólo seis asignaturas, y...

-No, no, por favor, nada de explicaciones. No le culpo por ello. Con la mierda de universidades que tenemos en este país... Pero no se preocupe, aquí no será prejuzgado por su expediente académico.

Entonces entró Maika y por poco no se me cayeron las pelotas. Una tía de mi estatura, morena, pelo sedoso, piel blanca, enormes ojos azules... ¡y qué cuerpo! La voluptuosidad hecha secretaria. Llevaba unos pantalones negros ajustados que se aferraban con fuerza a su imponente culo y bajaban justo hasta la mitad de las pantorrillas, tacones altos, y un top blanco que apenas podía contener

las tetas más inmensas que había visto fuera de internet.

-Aquí está la cerveza, señor Fuckowski -me dijo Maika.

Encima tenía voz de tontita, de no haber roto un plato, de chuparse el dedo, de tenerlo todo afeitadito, de no decir nunca que no, de disfrutar como una perra chupando y chupando y dejándose chupar y...

-Si no la quiere, me la llevo -me había quedado embobado mirándole las tetas; tenía la boca abierta y la lengua colgando.

Cogí la cerveza e intenté decir gracias, pero con la lengua fuera sólo pude emitir un nosequé estúpido y baboso. Maika salió de la sala sonriendo. Juraría que me había guiñado un ojo...

El director de mirada joven prosiguió:

-Uno de nuestros análisis iniciales reveló que el 99.5% de alumnos con expediente brillante son borregos mediocres que jamás se dan cuenta de si aquello que les exigen hacer es una memez o no, que no piensan por ellos mismos, que presuponen

a sus superiores el don de la verdad absoluta, que se autoculpabilizan de todo, y que son capaces de estudiar quince horas al día simplemente por miedo al fracaso, porque "así funcionan las cosas". Acaban devorados por las consultoras, son el perfil ideal. Los mandan a marear la perdiz al cliente y ellos no se dan ni cuenta. ¿Cree usted que un cliente, en su ignorancia tecnológica, sería capaz de concluir que está pagando una millonada para que cuatro chavales sonrientes con expediente de sobresaliente le cambien los colorcitos a la página web? No, sobre todo cuando los cuatro chavales sostienen, porque de hecho están convencidos de ello, que están "desarrollando un proyecto de reestructuración de *cascade style sheets* para adaptar los estilos subyacentes a la usabilidad de la quinta generación y así posicionar el producto a la cabeza del mercado". Y encima, como son unos mantas, pues tardan cien horas que se le cobran al cliente, y todos tan contentos. Así va el país…

Joder. Oír hablar a ése tío era como oírme hablar a mí mismo. Quería más.

-¿Y el otro cero coma cinco?

-¡Por el culo te la hinco! -me espetó el tipo a la vez que extendía el brazo y me señalaba con su dedo índice.

Yo no estaba preparado para aquello y se me quedó cara de absoluto gilipollas. Tenía que haber una cámara oculta en algún sitio.

-Bébase su cerveza, hombre, ¡que aún le veo un poco estirado!

Cuando el hombre termino de reírse a mi costa me explicó lo del otro cuatro mas uno:

-Los otros pertenecen al reducido grupo de los genios que no se han desmotivado porque desde siempre quisieron dedicarse a la enseñanza e investigación y tuvieron claro que un buen expediente era su única posibilidad. Saben que la docencia es deficiente, que emplear carísimas horas de clase en copiar al dictado es una estafa, que en realidad lo que hay que saber no son las respuestas correctas, si no las que el profesor de turno considera correctas, y que posiblemente luego lo tengan que reaprender casi todo, pero aún así hacen el sacrificio en pos del futuro. Luego, des-

pués de unos años como becarios precarios haciendo el trabajo sucio del departamento, preparando apuntes de asignaturas nuevas, corrigiendo exámenes en fin de semana, yendo a por café, tiza y tabaco, redactando brillantes artículos que firman todos los demás, y en definitiva haciendo todo el trabajo de algún espabilado que se pasa el curso viajando por los cinco continentes de conferencia en conferencia y de hotel en hotel, consiguen su plaza. Y ahí es cuando empieza el verdadero infierno: su forma de hacer las cosas, su talento, su entusiasmo, deja en evidencia a todos los demás, así que se ven sometidos a la conjura de los necios, al más cruel acoso laboral, son perseguidos, calumniados, ninguneados. Salvo excepciones, acaban aislados en algún oscuro despacho, sufriendo algún tipo de úlcera y preguntándose en qué han fallado.

-Terrible... -dije.

Yo en toda la carrera había tenido tres o cuatro buenos profesores. Tenía que acordarme de mandarles un mail agradeciéndoles sus clases. Le

pegué un buen viaje a la cerveza. Empezaba a sentirme como en casa.

-En fin. Le explico como trabajamos en esta compañía. Le damos un portátil con conexión por satélite a internet y a nuestra red privada. Un terabit. También le damos una tarjeta de crédito con la que podrá pagar billetes de avión, hoteles, restaurantes, y ocio. Sin límite. Usted se larga a donde le salga de los cojones: Teruel, Florencia, Estambul, Zihuatanejo. Cada viernes a las 14:00 GTM, se conecta con el cuartel general por videoconferencia para que sepamos que sigue vivo. Cuando corresponda, le enviaremos la lista de tareas y el plazo de entrega. Luego trabaja usted como le venga en gana, pero con una única condición: aquí no hay retrasos. Ante cualquier tipo de imprevisto, nos lo comunica inmediatamente para que alguien retome su trabajo, que debe estar perfectamente documentado y libre de bugs. Si el viernes no da usted señales de vida, alguien seguirá por donde usted lo hubiera dejado. Si no estaba usted en un hospital, estará despedido. Y si todo va bien, el 1

de cada mes le pagamos el sueldo base, y después de cada entrega nos repartimos los beneficios. Noventa por ciento a repartir entre los programadores y analistas, diez por ciento para mí que para eso la empresa es mía. Además, ¿no querrá que los tiburones que tengo en la pecera del salón se me mueran de hambre, no?

La polla me iba a reventar la bragueta.

-¿Dónde hay que follar? Digo, ¡firmar!

-Firmar, en el contrato. Follar, en la sauna.

Accionó de nuevo el intercomunicador.

-Maika, traiga el contrato, y prepárese para un masaje y una sesión de sauna.

No me lo podía creer. A los diez segundos entró Maika en bikini, toda ella inmensas curvas de piel blanca y carne prieta, con los pezones y el que te dije tapados por tres triángulos rojos de tela, cada uno del tamaño aproximado de un Dorito. Bajo el ombligo tenía uno de esos tatuajes tribales con forma de V, que no significan nada en chino, ni en sánscrito, ni hostias. Usan el lenguaje visual de las señales de tráfico y significan "por aquí se va al

chocho".

Dejó el contrato sobre la mesa y empezó a masajearme los hombros. Ocasionalmente sus tetas se posaban sobre mi cabeza. Me bebí lo que me quedaba de cerveza de un tirón.

Eché un vistazo rápido al contrato. Sin asteriscos, sin letra pequeña, sin cláusulas de abducción. Todo tal y como me lo habían explicado.

-Bueno, firrrme ssu contrrrato y sse da ussted una sessión de ssauna con Maika, con todo incluido...

De pronto el tío tenía acento rumano. Levanté la vista de los folios. Me ofrecía una pluma metálica con punta de aguja. Al tipo le habían salido unos enormes y afilados colmillos.

-Ssupongo que no le imporrtarrá firrmarr con ssangrre...

-Oiga, pero... ¿se puede saber qué clase de payasada es ésta? -dije, indignado, a la vez que me levantaba de mi silla.

El tipo guardo la pluma en un cajón, y sacó un bolígrafo. Se echó mano a los colmillos, se quitó la dentadura postiza y la dejó junto a la pluma. Me

pasó el bolígrafo y dijo:

-Bueno, era nuestro último test psicológico. Lo ha superado usted. Verá, hemos observado que en un mundo en el que impera la más absoluta tiranía laboral, muchos trabajadores sufren una especie de síndrome de Estocolmo. Cuando empiezan a trabajar para nosotros sienten culpabilidad, remordimientos, una especie de rechazo al placer, al bienestar. Acostumbrados a cobrar un sueldo mísero y a oír la cantinela de "hay que apretarse el cinturón que el sector está mal", cuando cobran un salario digno no pueden soportarlo. Al final se convierte en auténtica paranoia. Piensan que nos dedicamos al tráfico de armas, que somos mafiosos, o satánicos, que se van a quemar en el infierno. Es que la religión ha hecho estragos en las conciencias humanas...

Pero, ¿quién cojones era ese tío? Bueno, iba a tener la oportunidad de averiguarlo.

Firmé el contrato, se lo entregué, y dije:

-Entonces, lo del casquete en la sauna, ¿era parte del test, o...?

-No, en absoluto, Maika le acompañará a la sauna. Aquí somos *muy abiertos*, ¿verdad?

-Por supuesto... -respondió Maika. Me cogió de la mano y se encaminó a la puerta. La seguí al pasillo.

Era un pasillo largo de moqueta roja. La jarra de cerveza había hecho su efecto, tenía que ir al servicio urgentemente.

-Perdón, ¿hay un servicio cerca, Maika?

-Sí, es la puerta al final del pasillo. La sauna es aquí, te espero dentro. ¡No tardes!

Se quitó la parte de arriba del bikini y me la colgó del cuello.

-Ni dos segundos. Estaré ahí antes de que empieces a sudar.

Me dirigí al final del pasillo. Anduve y anduve y de pronto reparé en que el pasillo no se acababa nunca. Joder. No sería la primera vez que me iba a quedar sin casquete por algún retraso estúpido.

Me lo pensé un poco; luego me saqué la chorra, me apoyé en la pared, apunté al filo de la moqueta, y me dejé ir...

Entonces me desperté.

Era un uno de Octubre. Yo estaba en el paro: había dejado el trabajo y había decidido volver a la universidad, a terminar la carrera. Era mi primer día de clase. Tenía veinticinco años. Y me había meado encima.

Brindis por la última fila

1

Estoy en un pub, con el portátil y una cerveza bien grande. Todo a mi alrededor es madera y piedra; mi mesa está situada junto a una de las múltiples chimeneas. Las iluminación es tenue e indirecta.

Divagando, he acabado por recordar viejos tiempos.

Tuve una infancia atípica. Nací en el último año de la dictadura franquista. Mi padre me contaba a veces que se tuvo que pegar más de una carrera por llevar el pelo a lo Beatle o llevar bajo el brazo algún periódico de esos *cuestionables*.

Luego, la democracia. Mi padre estaba deseando hacer buen uso de ella. Por desgracia, al último sitio donde llegó la democracia fue a la mente de muchas personas.

Fui a un colegio público, laico, y bastante sal-

vaje. Yo era un espécimen raro. Contradictorio. Era un alumno ejemplar, mi comportamiento era intachable, sacaba las mejores notas. Pero nacido ateo. En mi casa jamás se habló de religión, ni para bien ni para mal. Yo no heredé a dios. Y como tampoco se me apareció nunca, pues ni siquiera me planteé la cuestión.

Un día, en el colegio, dios había salido a colación. Con la iglesia habíamos topamos. Una profesora gorda y canosa cuyo concepto del sexo era algo sucio y oscuro que se practicaba en Sodoma, en París y en el infierno, me hizo escribir en la primera hoja de mi libreta de matemáticas: *perdóname, señor, porque he pecado*. Yo no entendí ninguna de las tres partes de la frase.

Aquella tarde, al llegar a casa, le pregunté a mi padre qué era eso que había hecho yo. Según el, nada. Y él me conocía mejor que la gorda.

A partir de una animada conversación entre mi padre y la profesora canosa, mi familia pasó a ser

considerada “ese clan de fanáticos que quieren erradicar la religión de España”. Agárrate las pelotas.

En mi colegio tenían la pedagógica costumbre de colocarnos por orden de inteligencia. Los más listos en la primera fila, los más tontos en la última. En cada fila, los más listos más a la izquierda. Aunque a mí me parecía que no eran los más listos, si no los que mejor se portaban.

Yo era un ateo fanático que se negaba a escribir chorradas en su libreta de matemáticas, a rezar, o a estudiar el catecismo. Tendría que haber estado en la última fila. Pero me pasé nueve años sentado en el primer asiento de la fila primera. Los traía a todos de cabeza.

Era curioso lo de las filas. En la mía, el segundo era mi mejor amigo. Nos llevábamos bien. El tercero se pasó nueve años odiándome por algún motivo. Él y yo nos sacamos mutuamente todos los dientes de leche a hostia limpia. No recuerdo haber pisado un dentista hasta BUP.

El cuarto quería ser el tercero. El quinto quería ser el cuarto. Así sucesivamente. Yo, como a la izquierda lo que tenía era una ventana, me ahorraba todo ese stress y me quedaba tiempo para pensar. Pero bueno, a fin de cuentas éramos la primera fila, la fila blanca. La élite. No teníamos mucho de lo que preocuparnos.

Al fondo estaba la fila negra. Los casos perdidos. Los vándalos. Aterrorizaban a los demás. Casualmente, los de peor posición económica. Ropa sucia, zapatos rotos.

Y seis filas intermedias. La franja gris. Ahí había de todo. Desde gente absolutamente adorable hasta auténticos cabrones retorcidos. Pero por lo general, mucho gris.

Los grises eran curiosos. Les jodía no estar en la fila blanca y a la vez se alegraban de no estar en la fila negra. Una cosa compensaba la otra, así que ni bien ni mal. La mayoría no tenían nada que decir. Me aburrían soberanamente. Pero los de la última fila me atraían. Esos sabían *algo*. Cada vez que había un problema en la franja gris, lo solucio-

naba la profesora. Los de la fila negra se las apañaban solos. Eran apasionantes. Hablaban de cosas prohibidas. Cigarros, sexo, la calle. Yo siempre andaba con ellos. Los miraba con curiosidad, con admiración, no con desprecio. Ellos me aceptaron.

Las señoras pedagogas religiosas consideraron que a mi me podía afectar aquello de manera negativa y avisaron a mis padres, que todavía se estaban acordando de lo del pecado. Mis padres no pensaron que fuese un problema. Yo seguía siendo el mismo y sacando las mismas notas. Aunque, eso sí, empecé a decir tacos.

El profesor de matemáticas (don Ángel, que me regaló un ejemplar de *"Yo, robot"* que aún conservo) consideró que, de hecho, aquello quizá pudiese afectar a alguien de la ultima fila de manera positiva.

Aquel matemático tenía mas alma que todas las beatas.

2

Resultó que los negros no eran tontos. Sólo pobres. No tenían cuarto de estudio en casa, a veces ni siquiera libros. Algunos venían por mi casa y usaban los míos. Siempre andaban metidos en historias, en peleas, no aparecían por el colegio dos semanas... pero alguna vez pasaban por mi casa, merendaban con mi familia, y hacíamos los deberes.

Ellos tenían algo especial, algo bueno. Fueron grandes amigos. Leales. Sobre todo Julio, el más temido de todos. Era el líder. Mi madre me llevaba al colegio. Julio iba sólo. A veces nos encontrábamos y hacíamos el camino juntos.

Yo me había salido de mi fila. Alguno de los condenados también pudo salir de la suya. Julio aprobaba los exámenes. Pasaba de curso.

Aquello me lo pagaron multiplicado por mil. Hicieron por mí todo cuanto estuvo en sus manos. Me defendían, me protegían. Para casi todos los demás niños había zonas prohibidas. En especial,

la plaza de los gitanos. Ahí no se podía ni entrar. Pero yo jugaba en ella. Y me lo pasaba de puta madre. Vivía sin miedo.

Recuerdo la primera vez que fui a la plaza. Mi ropa no estaba sucia, la de ellos sí. Todos se me quedaron mirando. Julio dijo:

-A éste, hay que respetarlo.

Y no se habló mas.

Una mañana íbamos Julio, mi madre y yo, de camino al colegio. Era la fiesta de navidad. Mi madre paró en un kiosco y nos compró una pandereta a cada uno. Teníamos doce años.

Hace no mucho, a mi madre la paró un hombre por la calle.

-Yo a usted la conozco, señora.

-Ay, pues me va usted a perdonar, pero yo no caigo... y el caso es que me suena.

-Usted a mi me regaló una pandereta.

Se rieron un buen rato. Julio le preguntó por mí. El niño está bien, se ha hecho ingeniero, anda

viajando por ahí...

3

Cuando acabó el colegio, yo fui al instituto. Mis guardaespaldas no. En el instituto todo el mundo sonreía y decía venir de la primera fila. Los grises parecían haber desaparecido. Pero yo los veía por todas partes. Había muchas hostias a la salida. Sonrisas y hostias. Pero bueno. Hice un puñado pequeño de amigos grandes.

Luego, la tan ansiada universidad. Allí las hostias no se llevaban, quedaban mal. Se sustituían por puñaladas traperas. Me uní más a mis amigos y me separé más del resto.

Y finalmente, el mundo laboral. Sueños que se desmoronaban. La apoteosis del gris, la sonrisa, y la puñalada trapera. Y yo sin guardaespaldas.

Una noche volvía a casa sintiéndome gris. De pronto alguien me llamó por mi nombre y apellidos. Desde un coche me habló una voz que sonaba

a recuerdo lejano.

Julio. Me llevó a casa. No andaba mal. Montando persianas unas sesenta horas por semana. No le preocupaba mucho. Me preguntó como me iba. Y me recordó que si alguna vez yo tenia algún problema con alguien no dudara en decírselo. Que él me lo solucionaba. Que a mí se me respetaba.

Aun hoy se me hace un nudo en la garganta.

Han pasado los años y las cosas no han cambiado mucho a mi alrededor. El mundo está hecho una mierda. Muchos le echan la culpa a la condición humana. Pero yo se lo que es la lealtad. Yo la viví. Viví algo que muchos otros se perdieron y que me hizo como soy ahora.

Ando viajando por ahí, sí. Con una maleta llena de buenos recuerdos.

Así que aquí estoy, en mi bar, con mi cerveza, mi portátil y mis recuerdos. Miro a mi alrededor y veo mucho gris y mucha sonrisa. Sospecho que se esconden puñaladas.

En fin. Que por todos aquellos de la ultima fila, aquellos que tanto me dieron, va esta cerveza. A los grises del mundo, los de la dictadura, los de las puñaladas, los que roban el tiempo: que os den por culo.

EPILOGO

En Septiembre de 2003 llegué a Dublín persiguiendo mis sueños. Llevaba una maleta con ropa, un portátil y 800 euros. Y unos cuantos libros: Nietzsche, Bukowski, Pérez-Reverte, Hesse, García Márquez, Orwell… Pero yo no soñaba con ser escritor. Yo iba más allá: mi sueño era vivir una vida digna de ser escrita.

El arte es un arma de doble filo, y muy especialmente la literatura. Los libros nos prestan emociones, pensamientos, experiencias. Queda a elección de lector el dar a estas vidas prestadas uno de sus dos usos posibles: evasión o inspiración. Entre las páginas de un libro podemos encontrar refugio, pero con un poco de suerte podemos encontrar nuestro propio camino.

Idéntica disyuntiva se presenta al escritor: puede tratar de convertir una página en blanco en su vida soñada, pero con algo de valor puede convertir su vida en una página en blanco. El artista es dueño y señor de su obra; el ser humano es dueño y señor de su vida.

Mis autores favoritos siempre fueron almas valientes y transgresoras que agarraron las riendas de sus propios destinos, espíritus libres que volaron por encima de las alambradas que cercan nuestras vidas, mentes comprometidas que allanaron el camino del progreso, hombres generosos que nos permitieron acompañarles en sus viajes. Mediante a veces placenteras y a veces dolorosas catarsis sus párrafos causaron en mí auténticos estragos. Se colaron entre mis entrañas y me arrancaron amargas espinas, me hicieron darme cuenta de muchos de mis errores, despertaron a mis más temidos demonios y me obligaron a enfrentarlos, me mostraron infinidad de cosas bellas y valiosas y me brindaron el coraje necesario para derribar esos muros que el miedo y la ignorancia edifican en la mente. En definitiva, me hicieron más libre.

Ante estas grandes almas uno no puede más que sentir profunda admiración e infinita gratitud. Llevado por sus páginas uno consigue volar sobre el laberinto de la mediocridad cotidiana y adquirir perspectiva. Y en el mismo instante en que se cobra consciencia del verdadero potencial humano, se adquiere un compromiso ético: uno, en la medida de sus posibilidades, quiere

emular a sus maestros (¿no es la imitación el mayor de los elogios?) y continuar con la tarea. En mi opinión, todo ser humano que se precie de serlo habría de hacer cuanto estuviera en su mano por hacer arte de su propia vida. La creatividad es el ejercicio de la libertad, y la libertad (convenientemente limitada por la justicia) es la más noble causa.

Aquella tarde de Septiembre, al salir del aeropuerto, instintivamente miré al cielo y respiré hondo. Experimenté una agradable sensación de vacío: me estaba enfrentando a primera página en blanco. Paré un taxi y, sin darme cuenta, comencé a escribir.

Alfredo de Hoces García-Galán
Dublín, Mayo de 2007

INDICE

Prólogo 11

La delgada línea marrón 23
Proyecto bicicleta 41
Teddybear Consulting 53
La importancia de llamarse Monchito 59
Fuckowski y el sexo 77
El pirita 97
El blues del minuto 107
La crisis de los huevos 125
Workflow de una tormenta de mierda 143
María 153
Bailando con ratas 159
El zen del éxito profesional (en veinte actos) 181
Microfábula 225
El Commander 227
Alas de barro 239
I.T. Pito del Sereno 269
Brindis por la última fila 281

Epílogo 293